

Confesiones de Fraile

Confesiones de Fraile

**La labor de un agente
de la Seguridad cubana
que penetró el ala terrorista
de la Fundación Nacional
Cubano-Americana**

Percy Francisco Alvarado Godoy



**Editorial Capitán San Luis
La Habana, Cuba, 2002**

Edición dedicada a los trabajadores de la Corporación CIMEX

Edición: Ana María Caballero Labaut / Diseño interior y de cubierta: Francisco Masvidal
Gómez / Composición: Yariva Rivero Marchena y Norma Ramírez Vega / Realización:
Viviana Fernández Rubinos

- © Percy Francisco Alvarado Godoy, 2002
- © Sobre la presente edición: Editorial Capitán San Luis, 2002

ISBN: 959-211-247-9

Editorial Capitán San Luis, Ave.25 No. 3406, entre 34 y 36, Playa,
Ciudad de La Habana, Cuba.

Reservados todos los derechos. Sin la autorización previa de esta editorial, queda terminantemente prohibida la reproducción parcial o total de esta obra, incluido el diseño de cubierta, o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio.

Índice

Cuba necesita de ojos y oídos en La Florida / 7

Capítulo 1. Los oscuros presagios del terrorismo / 13

Capítulo 2. Los planes terroristas se esclarecen / 28

Capítulo 3. Hablando de motivos / 41

Capítulo 4. Un diciembre incierto / 52

Capítulo 5. La Isla prepara su respuesta / 66

Capítulo 6. Otros planes comienzan / 75

Capítulo 7. La amenaza se mantiene / 95

Capítulo 8. El enemigo prepara un golpe terrorista / 115

Capítulo 9. Los vínculos con la Fundación desaparecen / 133

Capítulo 10. El epílogo de una labor y el comienzo de una nueva vida / 148

Cuba necesita de ojos y oídos en La Florida

General Edward Atkeson, ex vice jefe del Estado Mayor del Ejército para Inteligencia

Cinco patriotas cubanos guardan injusta prisión en cárceles de los Estados Unidos por defender a su pueblo de la muerte. Los cargos esgrimidos contra Antonio Guerrero Rodríguez, Fernando González Llorit, René González Sechwerert, Gerardo Hernández Nordelo y Ramón Labañino Salazar fueron más o menos los mismos. Sin que la Fiscalía pudiese probar sus imputaciones, se les condenó por supuestos delitos de espionaje y de conspiración contra la seguridad nacional norteamericana, por uso de documentos falsos y por actuar como agentes extranjeros sin estar debidamente registrados para ello. En el caso de Gerardo Hernández, se le sentenció además por conspiración para asesinar, con lo que se le implicó así en el derribo de las avionetas de la organización contrarrevolucionaria Hermanos al Rescate que el 24 de febrero de 1996 violaron el espacio aéreo de la Isla.

Durante el proceso, donde depusieron testigos que debieron haber sido acusados, luego de deducirse testimonio, como terroristas confesos, se desestimaron declaraciones testimoniales o periciales. Se desestimó la verdad, como dijo, de manera escueta y brillante, el jurista cubano Julio Fernández Bulté.

Entonces poco importó la intervención de James Clapper, ex director de la DIA, cuando reconoció que el delito de espionaje se tipifica sólo cuando afecta la seguridad nacional y se obtiene información secreta, y dijo explícitamente que ninguno de los mensajes que se interceptaron ordenaban a los cubanos conseguir informaciones de este tipo. Tampoco se tomó en cuenta el testimonio del general (r) Charles Wilhelm que rechazó la posibilidad de que los cubanos hubiesen penetrado en el Comando Sur.

El perito de aviación George Buckner expresó ante el tribunal que las avionetas de Hermanos al Rescate violaron los límites territoriales de la Isla, lo que obligó al Gobierno de Cuba a ejercer el derecho soberano de defender su espacio aéreo y añadió que la decisión de derribarlas estaba en correspondencia con el peligro que dichas avionetas representaban, dada la justificada preocupación de Cuba por las continuas violaciones de su espacio aéreo.

El experto Buckner insistió sobre las características paramilitares de las avionetas de Hermanos al Rescate y aclaró que los lineamientos de la Organización Internacional de la Aeronáutica Civil (OACI) no se aplican a ese tipo de vuelos militares. Aseveró asimismo que, desde el punto de vista del Derecho Internacional, para interceptar un avión paramilitar no hace falta que llegue a afectar la soberanía de un país, y expuso ejemplos de aviones que, en otras partes del mundo, fueron derribados en circunstancias similares en virtud del concepto de “posible confrontación”.

George Buckner expuso ante el tribunal que, según sus cálculos, las avionetas de Hermanos al Rescate fueron derribadas, aquel 24 de febrero de 1996, a cinco o seis millas de las costas cubanas. El Gobierno norteamericano puede terminar las controversias sobre el lugar del derribo si divulga la información del satélite que ese día cubría el área. Pero, recalcó Buckner, si no lo ha hecho, es porque no le conviene o no le interesa.

Otro general retirado, Edward Atkeson, compareció también ante el tribunal que juzgó a los cubanos. Expresó ese testigo que Cuba no representa un peligro para la seguridad de los Estados Unidos; arguyó, sin embargo, que Cuba necesita de ojos y oídos en La Florida que la alerten ante una posible invasión.

Ojos y oídos de Cuba en La Florida fue Percy Francisco Alvarado Godoy, el autor de este libro. Ojos y oídos de Cuba en La Florida fueron Antonio, Fernando, René, Gerardo y Ramón. La ineludible necesidad de Cuba de mantenerse vigilante frente a la creciente hostilidad y beligerancia de los grupos anticubanos asentados en los Estados Unidos, se evidencia en estas confesiones de Fraile sobre su labor dentro del ala terrorista de la Fundación Nacional-Cubano Americana. Para defender a Cuba y a su pueblo de la virulencia de esos grupos trabajaron también, en silencio y heroicamente, en los Estados Unidos, Antonio, Fernando, René, Gerardo y Ramón. Así lo reconocieron, con valentía, ante

el tribunal que los sentenció. No actuaron por dinero ni por rencor, ni en el ánimo de ninguno de ellos cobró vida la idea de dañar al pueblo norteamericano. Jamás, con su actuación, pusieron en peligro la seguridad nacional de los Estados Unidos.

“No es Cuba la que ha venido aquí a los Estados Unidos a invadir, agredir o cometer actos terroristas de todo tipo; es todo lo contrario, y Cuba tiene simplemente el elemental derecho de defenderse, y es eso todo lo que hemos hecho, sin dañar a nadie ni a nada”, dijo Ramón Labañino en la Corte.

Y Gerardo Hernández precisó:

“Los principales responsables de lo ocurrido el 24 de febrero de 1996 son los mismos que no cesan en su empeño de provocar un conflicto bélico entre los Estados Unidos y Cuba para que el ejército de este país les haga lo que no han podido hacer ellos en cuarenta años. Ya sean flotillas, violaciones del espacio aéreo, falsas acusaciones o cualquier otro engendro, el objetivo es el mismo: que los Estados Unidos borren de la faz de la Tierra al Gobierno de Cuba y a quienes lo apoyan, sin importar cuál sea el costo en vidas humanas de uno y otro bando.”

Son muchas las agresiones terroristas que Cuba se ha visto obligada a encarar desde 1959 a esta parte. Quizás ningún otro país en el mundo haya sufrido tanto en ese sentido. Percy Alvarado pone en claro algunas de esas acciones y señala a los culpables. También lo hicieron los cinco patriotas cubanos en la audiencia.

Dijo Labañino: “Los fiscales, a quien han representado y muy bien, es al pequeño sector extremista de derecha cubano, a terroristas como José Basulto y a organizaciones como Alfa 66, Fundación Nacional Cubano-Americana, Comandos F-4, con quienes incluso se abrazaban y besaban aquí mismo, en esta propia sala, y ante los ojos de todos. Si algo me ha asombrado de este juicio es el afán enorme, el esfuerzo sin límites que los fiscales y sus asesores llevaron a cabo para representar fielmente y a toda costa a este criminal sector.”

René González, en tanto, apuntaba en su diario que el juicio se convirtió en un proceso contra el terrorismo, en el que quedó probada la responsabilidad de Washington en las agresiones contra La Habana y el empeño de los representantes de la Administración norteamericana de proteger a los grupos terroristas anticubanos que viven y operan en La Florida, y cuyos miembros —así se pone de manifiesto una y otra vez— son tratados siempre con benevolencia absoluta.

No fue ésa la suerte de los cinco patriotas a los que Cuba confirió el título honorífico de Héroes de la República.

Antonio Guerrero (nació en Miami, en 1958), Ingeniero en construcción de aeropuertos y poeta (Desde mi altura es el título de su poemario publicado) fue condenado a cadena perpetua, más 10 años. Fernando González (La Habana, 1963), licenciado en Relaciones Políticas Internacionales, a 19 años de privación de libertad. René González (Chicago, 1956), piloto e instructor de vuelo, a 15 años. Ramón Labañino (La Habana, 1963), licenciado en Economía, a cadena perpetua, más 18 años, y Gerardo Hernández (La Habana, 1965), licenciado en Relaciones Políticas Internacionales, a dos cadenas perpetuas, más 15 años.

La experiencia de Percy Alvarado, el agente Fraile, narrada en este libro, demuestra el derecho de Cuba, nación permanentemente agredida, a defenderse de sabotajes, incursiones armadas, ametrallamiento de instalaciones turísticas, cargas explosivas colocadas además en dichos centros... y de incesantes planes de atentados contra sus dirigentes; elaboradas y financiadas, todas esas acciones, por organizaciones anticubanas radicadas en Miami.

El mismo derecho legitima el quehacer de Antonio, Fernando, René, Gerardo y Ramón en los Estados Unidos. Su tarea ahorró dolor y sangre al pueblo cubano. Los que honestamente dicen oponerse hoy al terrorismo verán con simpatía este testimonio de Percy Alvarado, y, rendirán homenaje a los cinco héroes cubanos presos en los Estados Unidos y se sumarán a la cruzada mundial por su liberación.

CIRO BIANCHI ROSS

A los Órganos de la Seguridad del
Estado de Cuba.

A mis oficiales y compañeros.

A mi padre y a mi madre, dos
incansables luchadores.

A los héroes anónimos de la Patria.

A mi esposa e hijos; a toda mi
familia.

CAPÍTULO 1

Los oscuros presagios del terrorismo

Cuando desde lo alto del cielo vi a Miami por primera vez, no podía suponer que en esa ciudad tendría que convivir entre la nostalgia y lo malévolo. Hoy creo que realmente me impresionó observar, desde el asiento que ocupaba en el avión, el contraste entre el verde oscuro de los Everglades y las edificaciones que se levantan desde el mar hacia el interior de la tierra. Miami es, en verdad, una revelación que siempre nos recibe con cierta carga de incuestionables expectativas.

Desde que se asentaron en este territorio los primeros colonos, allá por la séptima década del siglo XIX, la ciudad se nutrió de inmigrantes de diversas regiones del mundo. Algunos opinan que esta urbe floreciente —cuyo centenario se celebró en 1996— apenas ha logrado construir una historia colectiva. Acaso su historia no sea más que la suma de todas las historias individuales de miles y miles de personas que han procurado, no siempre con felicidad, el hallazgo de un paraíso vencido por la desesperación.

Más de una vez hallé en las calles de esa urbe, cualquiera que fuera —Flagler Street, Le Jeune Road, la calle 8, Coral Way o la Collins Avenue—, evidencias de frustraciones y anhelos insatisfechos. No importa cuál calle sea, siempre en esas rutas la desesperanza anda entre las gentes sin procurarse un rostro específico, como si se contentara con usar las facciones de todos.

En cierta ocasión alguien me dijo que Miami no siempre fue lo que es hoy. Antes de 1959, la ciudad prometía llegar a ser una urbe *sui géneris*, un sitio tranquilo al que la gente viajaba para escapar del frío invierno del norte. Pero esta villa floridana, entonces serena y acogedora, renunció poco a poco a su destino natural, se latinizó aceleradamente y la población creció como resul-

tado de la emigración de América del Sur y América Central, que trajeron no sólo lo mejor de su cultura, sino también muchos males de sus naciones.

Lo peor en Miami es que la identidad no ha logrado florecer con el esplendor que soñaron sus fundadores. La incidencia de la multinacionalidad concentrada en su seno, le impidió llegar a alcanzar un sello legítimo, porque Miami siempre será una ciudad de disparidades; edificada sobre diferencias; sostenida por disimilitudes. Lo sabe muy bien quien allí vive. Y lo sabe porque lo vive, lo palpa y lo sufre a diario.

Sin embargo, he conocido muchas cosas positivas en Miami; traté allí con gente afable que llegó buscando cómo sobrevivir a la miseria que los acosaba en sus países y encontró allí un relativo espacio de bonanza que les permitió ayudar a los suyos desde lejos. Esa gente trabaja sin descanso por labrarse un porvenir en medio de un contexto adverso y discriminatorio. También conocí en esta ciudad al que salió de Cuba, no porque se sintiera perseguido, sino pensando acaso sólo en el estrecho universo de lo material, o porque no alcanzó a resistir tiempos difíciles de definiciones y necesidades, tránsitos complicados y enormes sacrificios, el digno precio que pagó el pueblo de la Isla por alcanzar un mundo pleno. A pesar de todo, esos emigrantes se fueron, es cierto, pero no olvidan a Cuba ni albergan odios hacia sus compatriotas. Con ellos compartí más de una vez, y en sus ojos vi cómo les aflora la tristeza. A más de uno le escuché confesar que se equivocó al partir para siempre de su tierra natal, lamentándose con no poco dolor por el paso que dio al alejarse de los suyos. Ahora sufren, dicen, por no volver a recorrer las calles de su barrio y suelen lamentar la asfixia de las cuentas y los impuestos, cuando en Cuba hasta la enseñanza es gratuita. Esos cubanos beben Bacardí y cerveza de allá, pero no cesan de hundirse en su lacerante soledad, nostálgicos del sabor entrañable del ron *peleón* y la cerveza *sata*. Son muchos los que escuchan a Silvio y a Pablo cuando llega la noche, y en el centro del pecho conservan a Martí lo más intacto posible.

Confieso que nunca odié a Miami. Esta gente me la hizo querida y respetada. Muchas veces, cuando viajaba a esta ciudad, llevaba en el alma la grata expectativa de poder reencontrarme con ellos, sólo para contarles cómo estaban las cosas en Cuba. Miami se me ha hecho dolorosa luego de haber viajado tantas veces a ella. Hoy extraño a todos esos amigos a través de los cuales logré confirmar cómo el cubano se apega a sus costumbres con una fidelidad admirable.

Por eso es triste que una insignificante minoría, integrada al reaccionario e intolerante grupo que controla la Fundación Nacional Cubano-Americana

(FNCA), haya convertido a Miami en su guarida. No en vano esa ciudad respira agresividad: desde ella se han tramado actos violentos contra la Isla y contra los cubanos honestos de allá; ellos también pagan un precio inmerecido por querer acercarse a su Patria. Desde los límites citadinos de la pujante urbe de La Florida se gesta el más cruel y salvaje terrorismo, siempre bajo la tutela y la tolerancia del gobierno norteamericano. Eso nadie lo puede negar.

La Fundación fue creada por el decreto presidencial 501-C-3 del presidente Ronald Reagan, siendo concebida inicialmente como una organización de corte humanitario y educativo. Desde el principio contó con soportes económicos y políticos propios, aunque recibió grandes sumas de dinero por parte del gobierno de Washington. Hacia ella se canalizaron amplios recursos, malsanas intenciones y una enorme caterva de criminales que encontrarían en su seno un favorable caldo de cultivo para sus insaciables ambiciones de dinero y poder.

A la Fundación le cabe el triste mérito de haber organizado en su interior a los millonarios cubano-americanos, haber pactado con terroristas y aportar al Partido Republicano una amplia base de apoyo y financiamiento en el importante estado de La Florida. Para ello se arrogó una falsa representatividad y ejecutó una permanente labor de proselitismo entre la comunidad cubana asentada en los Estados Unidos y otros países.

Nutrida fundamentalmente con los personajes más recalcitrantes de la ultraderecha, casi todos alguna vez vinculados a la CIA, sorteó su destino político mediante componendas, presiones y amenazas. La intolerancia y la mentira fueron sus herramientas para construirse un espacio dentro de la política interna de los Estados Unidos. Quien no pensara como ellos, pagaría las consecuencias de su atrevimiento. Ésa fue su ley.

De hecho, la Fundación asumió dos caras: una pública y otra oculta. La cara pública no titubeó en aparecer ante el mundo desde 1981 y se puso de manifiesto en los siguientes aspectos:

Su permanente labor de cabildeo dentro del Senado y el Congreso norteamericanos, con vistas a influir sobre la política yanqui hacia Cuba. Todo esto lo hizo sobre la base de comprar la voluntad de numerosos políticos; entre otros: Torricelli, Helms, Connie Mack y Burton.

La arbitraria presunción de erigirse en representante de la voluntad política de la comunidad cubana en el exterior, y arrogarse el derecho de gobernar en Cuba si ocurriera un cambio político en la Isla.

Su agresiva política propagandista sobre supuestas violaciones de los derechos humanos en Cuba, amplificando las campañas oficiales norteamericanas en ese sentido.

Las alianzas ejecutadas con partidos políticos y figuras de la política latinoamericana, que hallaron su expresión en las personas de Arnoldo Alemán, presidente de Nicaragua, y de Carlos Menem, ex presidente argentino, a quienes financió, entre otras figuras, costosas y controvertidas campañas electorales.

La cara oculta se gestó solapadamente desde sus primeros años de existencia, comprometida con la presencia de terroristas formados por la CIA y otras agencias norteamericanas, como los casos de Jorge Mas Canosa, Roberto Martín Pérez, Alberto Hernández, Feliciano Foyo, Francisco José Hernández Calvo, Arnaldo Monzón y otros.

Esta cara secreta de la Fundación, su brazo armado, que un día me tocaría penetrar y descubrir, fue conocida como Comisión Militar, Frente Nacional Cubano y otros apelativos. A través de ella se gestaron múltiples planes terroristas en la década de los 80 y los 90 del siglo xx. Estos planes hallaron su máxima expresión en los atentados terroristas contra hoteles cubanos entre 1996 y 1997. Más de una vez, también quedo demostrada su participación en diversos intentos encaminados a realizar un verdadero magnicidio asesinando a Fidel Castro. De ello daba fe su alianza con terroristas de la calaña de Orlando Bosch, Luis Posada Carriles y otros de similar clase.

Junto a la Fundación surgieron otras organizaciones que complementaron el contexto político de derecha predominante a partir de 1980, entre las que se destacaron Cuba Independiente y Democrática (CID) y el Partido Unidad Nacional Democrática (PUND), así como el grupo de “Hermanos al Rescate”, creado en 1991 con la aparente misión de rescatar balseros, y directamente vinculado a las labores de propaganda y terrorismo de la ultraderecha de Miami.

Al derrumbarse el campo socialista europeo y desintegrarse la Unión Soviética, en el interior de la comunidad cubana radicada en el exterior surgió un grupo de organizaciones empleadas como alternativas a las posiciones ultraderechistas sostenidas por la Fundación. Estas nuevas entidades, bajo la influencia de cambios ocurridos en el marco internacional— y siguiendo la tendencia socialdemócrata, liberar y socialcristiana—, surgieron auspiciadas por diferentes partidos europeos y el propio Partido Demócrata estadounidense. Para ellos había llegado el momento de presionar a Cuba en los foros internacionales, de organizar la oposición desde adentro mediante la disidencia y abrir las puertas al diálogo para impulsar un tránsito pacífico hacia una supuesta democracia. Estas nuevas organizaciones fueron: Comité Cubano por la Democracia, Plataforma Democrática Cubana y Cambio Cubano.

En todas ellas ha estado presente la pretensión de ubicarse en posiciones moderadas, laborando en un marco de acción caracterizado por un centrismo tímido, un pálido reformismo y búsqueda de protagonismo político. Con independencia del apoyo recibido por países y organizaciones, y haber aglutinado en su seno a algunos sectores a favor del diálogo y el tránsito pacífico, estas organizaciones con franca tendencia socialdemócrata no han conseguido desplazar a la Fundación, al menos hasta este momento, dentro del contexto político que protagoniza la comunidad cubana en el exterior.

Durante el período en que predominó la propaganda y la guerra biológica contra Cuba, simultáneamente con la caída del campo socialista y la fatídica desintegración de la Unión Soviética, reactivaron sus actividades terroristas los grupos de extrema derecha de Miami. Sin duda, entre fines de los 80 e inicios de los 90 se incrementaron estas acciones empleando el canal ilegal marítimo. Tales hechos, entre otros, fueron los dos siguientes:

14/10/90. Santa Cruz del Norte. Infiltración de los terroristas Gustavo Rodríguez Sosa y Tomás Ramos Rodríguez, pertenecientes al PUND, con el propósito de sabotear las torres de interferencia a la TV "Martí".

29/12/91. La Sierrita, Cárdenas. Infiltración de los terroristas Eduardo Díaz Betancourt, Daniel Candelario Santovenia Fernández y Pedro de la Caridad Álvarez Padrón, con el propósito de sabotear la papelera de Matanzas.

Mi objetivo, desde el primer momento, fue penetrar y desenmascarar al terrorista, acercarme al brazo armado de la Fundación, conocer sus planes y tratar de neutralizarlos con la ayuda y orientación de mis superiores.

La noche del 5 de noviembre de 1993 transcurría aparentemente tranquila en Miami. La esquina de la calle 8 y la avenida 27, ubicada en el South West, se encontraba llena de luces, como presagiando la todavía no muy cercana llegada de las Pascuas.

Para esta fecha la ciudad comienza a experimentar sus inquietudes. Se tensa ante la expectativa de un año venidero. La gente deambula, fascinada, ante las vidrieras llenas de productos que se pueden adquirir a costa de estrecharse la vida después durante muchos meses. Es el momento en que muchos hurgan tímidamente en sus bolsillos, y el tratar de evitar el desencanto ante lo que no se puede alcanzar se convierte en supremo desafío.

Por esos meses las luces brillan más en los ojos de las gentes, asumiendo una forma singular, casi dolorosa. Son jornadas nostálgicas en que la añoranza invade a los que la padecen casi como un castigo. Días de rescatar de la distancia mucho rostro lejano y querido, dejado atrás en esa marcha que algunos asumen por la vida y que nunca se sabe dónde terminará.

La enorme gasolinera, situada en la esquina de 8 y 27, cubanizando definitivamente la calle 8, ignoraba en aquellos momentos que en uno de sus parqueos se iniciaría otra de las batallas de la Seguridad del Estado de Cuba contra la más poderosa y recalcitrante organización contrarrevolucionaria radicada en el exterior, la Fundación Nacional Cubano-Americana.

Cuando el sol se encontraba en el cenit, yo había recibido una llamada telefónica de Abel Viera Leyva, un viejo conocido con el que había comenzado a relacionarme nuevamente desde unos pocos meses atrás.

—Hoy por la noche te encontrarás con la gente —me dijo Viera muy entusiasmado. Su voz sonó entonces como un augurio de importantes cambios para mi existencia.

Aquel antiguo vecino mío se había marchado de Cuba y vinculado a los sectores de ultraderecha radicados en Miami. Durante su estancia en la ciudad había accedido frecuentemente a las oficinas de la Fundación, hasta convertirse en uno de los diversos buscavidas que allí acuden en demanda de dinero, ansiosos de sumarse a una lucha obcecada por destruir a la Revolución Cubana que, según sus cálculos, habría de beneficiarlos materialmente.

Había logrado encontrarme con Abel, después de varios años de separación, y en principio conseguí transformarme en un puente entre él y su familia en Cuba. Siempre que llegaba a Miami lo contactaba. Solíamos sentarnos a conversar sobre la Isla en el pequeño dúplex en el que yo vivía, ubicado en la esquina de la calle 7 y la avenida 25. Con inusitada paciencia escuchaba entonces sus relatos sobre las supuestas hazañas que había protagonizado en su lucha contra Castro y su fe ciega en que algún día *aquello* se derrumbaría. Mientras Viera me hablaba su rostro se transformaba. Había dejado de ser el muchacho delgado y nervudo, con una incipiente calvicie y ojos soñadores que conocí en La Habana, para convertirse en un ser minado por el odio. Ya sus ojos no miraban hacia delante, como cuando soñábamos en las madrugadas y pensábamos en un mundo más promisorio para todos. La sonrisa había desaparecido de sus labios. Ahora había arrugas en su rostro que lo endurecían y le afloraban como amargas muecas de resentimiento. Ya no era mi camarada de combates; dejó de serlo porque la vida nos colocó en trinche-

ras diferentes. Abel trataba vanamente de destruir lo que yo amaba y, costara lo que costara, me disponía a evitar ese crimen.

Tal como lo prometió, Viera me recogió cerca de las once de la noche. En el breve recorrido hasta la gasolinera, habló de un importante miembro de la Fundación que quería entrevistarse conmigo. Cuando apenas había logrado interiorizar sus palabras, nos detuvimos en un parqueo situado al fondo de nuestro destino donde vimos un Toyota plateado parqueado en la oscuridad. Apenas nuestro auto se detuvo, nos encaminamos hacia donde aguardaba el todavía desconocido dirigente de la Fundación con el que habría de entrevistarme de inmediato.

Cuando me acomodé en el asiento delantero del auto pude observar aquel rostro que más de una vez había visto en la televisión hispana de Miami. Era el mismísimo Luis Zúñiga Rey, vocero de la Fundación y participante permanente en los actos que esta organización realizaba contra Cuba. Desde el primer instante calculé que trataba de escrutar en un punto más allá de mi fisonomía; se esforzaba por descubrir algo bien oculto dentro de mí a pesar de la penumbra.

—Mucho gusto de conocerlo —dijo simplemente, sin dejar de observar cada reacción mía.

—El gusto es mío —le respondí con respeto, devolviéndole el mismo cuidadoso examen indagatorio.

—Me ha dicho Abel que te conoce desde hace mucho tiempo. Dice que eres muy capaz y estás dispuesto a sumarte a nosotros. ¿Es cierto?

—Bueno, Luis, eso está en dependencia de lo que ustedes quieran de mí —respondí, cauteloso.

—¿Has escuchado hablar de nosotros, de la Fundación? —inquirió asumiendo un inequívoco aire doctoral.

—En muchas oportunidades. Casi todo en Miami tiene sabor a Fundación —respondí en tono de broma.

—Eso es cierto. Y nos ha costado conseguirlo. Hoy somos una organización respetada porque canalizamos los mayores esfuerzos por derribar a Castro. Como tú debes conocer, soy uno de sus líderes más conocidos. He llegado incluso a entrevistarme con presidentes y personas importantes. ¿Te das cuenta del espacio político que hemos alcanzado?

—No me cabe duda. El problema es que los cubanos de allá recelan bastante sobre lo que sucederá el día que Castro caiga. Muchos han recibido propiedades de manos de la Revolución. ¿Ustedes se las quitarán? Ellos se lo preguntarían. Por otra parte, usted sabe que los cubanos han sido obliga-

dos a colaborar con el régimen. ¿Qué va a pasar con esta gente? ¿Habrá, acaso, una venganza masiva?

—No, Percy, la Fundación ha elaborado un programa de transición que establece que no habrá venganza. A nadie se le quitará la propiedad adquirida. En esos casos buscaremos fórmulas para solucionar el problema. Quienes sí deben temer son los que han apoyado a Castro. Con esos seremos duros e inflexibles.

—Mire, Luis, no sé cuándo salió usted de Cuba. A Castro lo apoya mucha gente. Se lo aseguro. Ésa es una verdad que, en mi opinión, no puede ser negada.

—Nosotros lo sabemos muy bien. Lo que sucede es que, hasta ahora, no se le ha dado al pueblo la suficiente seguridad de que se quiere luchar de verdad. Fíjese en usted mismo, ¿es totalmente feliz en Cuba?

—Mi caso es distinto. Soy extranjero. Es cierto que los cubanos no pueden viajar a donde ellos quieran y es difícil encontrar cómo sobrevivir; pero yo puedo hacerlo. La gente de Cuba está llena de necesidades y quiere encontrar una solución. Lo que pasa es que los de aquí, se aprovechan de su desgracia. Salvo Playa Girón y la lucha en las montañas, ya hace mucho tiempo, no se ha hecho otra cosa más de importancia. Creo que el día que ustedes luchen hombro con hombro con el pueblo cambiarán las cosas.

—Sí hemos luchado, Percy, y mucho. Yo mismo estuve allá preso y no fue fácil para mí. Sin embargo, no me amilané. La experiencia nos ha demostrado que la guerra debe hacerse desde adentro. Por eso he querido hablar con usted, para que se incorpore a nuestra lucha y conozca de cerca cómo lo hacemos los hombres honestos.

—¿Entonces quiere decir que usted irá allá, a pelear directamente contra Castro?

—Por el momento no será así, desgraciadamente. A nosotros nos toca organizarle la guerra desde aquí. ¿Quién financiaría lo que se haga si no estamos aquí? ¿Quién buscará apoyo internacional para nuestra causa? Primero hay que empezar por los de allá. ¿Entiende?

—Claro, a los de allá nos tocará asumir los mayores riesgos por el momento. ¿No es así? Lo más triste es que corremos el riesgo de que, cuando triunfemos, la gente de aquí pretenda ir a gobernar y a echarnos a un lado —dije asumiendo un evidente tono dubitativo.

—Eso no debe preocuparlo. Todavía hay mucho que andar para lograrlo. Si usted nos ayuda, siempre tendrá el apoyo de la Fundación. En pocas

palabras, puede estar seguro que contará con dinero y poder. ¿No le gusta esa idea?

—No desprecio esas cosas, Luis. ¿Qué más puede desear alguien en la vida? Nada hay más atractivo. Dinero y mucho poder son estímulos muy convincentes.

—Entonces nos estamos poniendo de acuerdo —dijo—. ¿Qué le parece si le informo lo que queremos hacer con usted en Cuba?

De inmediato este hombre cincuentón abrió sus labios en una sonrisa a través de la cual mostró una hilera de dientes pequeños y gastados en la parte superior delantera de su dentadura. Traté de escrutar entre las sombras para llevarme una descripción lo más detallada posible de mi interlocutor. Vestía una camisa blanca y dejaba ver una cadena de oro sobre su pecho. La frente amplia le brillaba, consecuencia de una calvicie incipiente, mostrando sobre las orejas la presencia de algunas canas. Sus ojos pequeños no podían evitar que el recelo y la duda habitaran en ellos con el desparpajo evidente de las personas que siempre andan en las sombras, sumergidas en confabulaciones y tramas macabras. Sus finos labios mostraban a una persona astuta, capaz de vender su alma al diablo, si eso le permitía ascender de alguna forma en la vida. El reloj plateado en su muñeca mostraba una singular esfera color rojo vino. Eran las doce de la noche.

—Como ya le dije —empezó a hablar interrumpiendo mi rápido estudio de su persona—, pertenecemos a la Fundación Nacional Cubano-Americana. Nuestro propósito es derribar a Castro lo antes posible. Para ello no sólo recurrimos al combate político y a la denuncia, sino también a formas violentas de lucha. Por eso hemos creado el Frente Nacional Cubano, un rostro secreto de nosotros mismos. En él participamos varios directivos de la Fundación, lo que significa que no todos están involucrados en esto. ¿Entiende bien lo que le digo?

—¡Sí! Lo estoy entendiendo —le respondí sin aparentar demasiado interés.

—El propósito del Frente es realizar acciones violentas en Cuba; hablo de sabotajes y atentados contra objetivos del gobierno en la Isla. Estos hechos deben servir para destruir la base económica del régimen. No nos importa realmente el costo en sangre que esto represente en todos los órdenes. Lo importante es acabar de una vez con Castro.

—¿Eso quiere decir que ustedes mandarán a gente de aquí a ejecutar esos atentados? Le pregunto porque conozco que esto ya ha fallado muchas veces.

—Esos sabotajes contra hoteles y otros objetivos debemos realizarlos nosotros; gente nuestra. Sin embargo, fíjese bien en esto: debemos transmitir la impresión que es gente de allá la ejecutora de estas acciones. El Frente Nacional Cubano debe mostrarse ante la opinión internacional como un grupo integrado por personal de las FAR y del MININT, descontentos con el gobierno.

—Eso es simple, Percy —lo interrumpió Abel, quien hasta ese momento había permanecido en silencio—. Si empiezan a explotar las bombas por todos lados, el mundo pensará que la gente quiere botar a Castro y que hay una oposición fuerte adentro. Después todo será fácil para nosotros. El pueblo comprenderá que hay que apoyar a esta gente y se irá apartando del régimen.

—Es así, como dice Abel —prosiguió Luis con su hablar lento y pausado, como si declamara un discurso ensayado muchas veces—. En estos planes usted puede colaborar con nosotros. Nuestra idea inicial es que usted organice en Cuba una célula que realice estas acciones y, en la medida en que se vayan realizando, nosotros nos encargaremos de darle cobertura de acuerdo con nuestros propósitos. ¿Está de acuerdo en hacerlo de esta manera? Antes de continuar es importante conocer su disposición.

La pregunta no me tomó por sorpresa. La esperaba. De hecho, nuestra conversación iba dirigida a ese objetivo; no tenía la menor duda al respecto. Aparentando calma, analicé detenidamente la propuesta y respondí sin apresuramiento, como si midiera cada palabra. Sabía que caminaba en un terreno incierto en el que podía hundirme sin remedio. Una sensación de alerta afloró en lo más íntimo de mí. Traté a toda costa de conservar la calma; pero siempre sería una calma aparente. La oscuridad impidió que mis acompañantes pudieran observar el leve sobresalto que experimentaba. En esos momentos pensaba que era mejor responder de la manera más vaga posible; sin comprometerme directamente todavía. Y le dije a Zúñiga:

—Mire, Luis, como Viera le ha explicado, yo he crecido en Cuba y me sumé al proceso revolucionario absolutamente embargado de gran romanticismo. Hice lo que hicieron casi todos los jóvenes: alfabetiqué, fui al campo; incluso, fui dirigente sindical y de los CDR. Todo era muy bello al principio. Después, poco a poco, me fui desencantando. Me di cuenta que Fidel traicionó a los cubanos y allá la gente apenas tiene libertad para pensar y comer. Yo mismo, si no hubiese aprovechado mi condición de extranjero, habría continuado siendo un maestro que gana apenas unos pocos dólares al mes. Por eso, amigo Zúñiga, usted ha de suponer que estoy dispuesto a correr

cualquier riesgo, aunque en ello me vaya la vida, siempre contando con la comprensión de la Fundación. Pero no correré esos riesgos por gusto. Combinaré el amor a la lucha con el dinero. ¿Usted comprende? Quiero vivir con holgura y comodidad. Para mí eso es lo más importante en la actualidad. Los cubanos deben resolver sus problemas entre ellos. Si me toca ayudarlos, quiero ser bien recompensado. Ésa es la única forma de lograr mi cooperación. Lo demás no me interesa.

Luis me observó entonces brevemente y una sonrisa afloró a sus labios. Adiviné que esperaba esa respuesta de mi parte. Abel me había “vendido” a ellos como un individuo capaz y decidido, pero también amante de la buena vida y de los lujos. Para él acababa de quedar claro que podía contar conmigo. Posiblemente, en esos brevísimos instantes, haya tratado de compararme con los hombres del G-2 que había conocido en Cuba, cuando fue sorpresivamente detenido luego de una frustrada infiltración. Sin dudas, este locuaz y pequeño centroamericano que era yo, no le recordaba en nada a un agente de la Seguridad. Y eso lo hizo sentirse más tranquilo en apariencia; en el acto se relajó. Luego de un breve silencio que le sirvió para aspirar una larga bocanada de aire proveniente del exterior del vehículo, tomó nuevamente la palabra.

—Como usted ha visto, le he hablado con franqueza sobre nuestros planes. Le reitero: siempre usted se sentirá apoyado por nosotros; nunca desatendido. Si tiene algún temor, puede desecharlo. Por eso le pregunto nuevamente, y perdone que sea tan reiterativo, si está de acuerdo con unirse a nosotros.

Esta vez le respondí con rapidez, demostrando incluso cierto entusiasmo. Quería transmitirle la idea de que su oferta, aunque arriesgada y peligrosa, valía la pena. No podía ser de otra manera. Para ellos un hombre como yo podía ser cotizado en moneda constante y sonante; la clave estaba en determinar cuánto yo valdría.

—No le quepa la menor duda, Luis. Haré todo lo posible para no desencantarlos. Usted me irá conociendo. Podrá confirmar mi seriedad absoluta. No olvide, sin embargo, que me vendo caro... y ustedes deberán pagar mi precio.

El terrorista, minado por un entusiasmo que iba en aumento, puso una mano en mis hombros y continuó su perorata delante de mi rostro, invadiéndome con el olor desagradable del perfume dulzón que suele usar.

—Toda nuestra actividad está dirigida a destruir la base económica de Castro —insistió—. Sobre todo, el turismo. No queremos que quienes dis-

frutan allá de nuestras playas, continúen haciéndolo impunemente. Vamos a asustarlos de verdad. Tenemos ideas al respecto y usted va a desempeñar un papel importante en ese plan. Recibirá entrenamiento en el manejo de explosivos y medios incendiarios. ¿Para qué? Por supuesto, para realizar sabotajes en Cuba. Más adelante le informaremos cómo recibirá los explosivos y el armamento cuando llegue el momento indicado. Además, lo dotaremos de medios de comunicación indispensables para hacerle llegar nuestras orientaciones. Tanto Jorge Mas Canosa, como otros directores de la Fundación, consideran que ha llegado la hora de ejecutar acciones decididas para acabar de una vez por todas con el dictador. En este sentido, contará con nuestro apoyo total y abundantes recursos. No debe preocuparse por el dinero; será muy bien recompensado. Podrá contar en el futuro con muchos dólares y una buena cuota de poder.

—¡Eso sí me alegra muchísimo! —lo interrumpí.

Él, sin embargo, continuó su largo discurso como si hablara consigo mismo, indiferente ante mi repentina efusión de entusiasmo.

—Nuestro plan consiste en lo siguiente: todas las acciones que realicemos en Cuba deben estar dirigidas no sólo al propósito de dañar a Castro, sino de propiciar, a la vez, la división interna de sus seguidores. En la lucha contra el régimen no estamos solos; tenemos incontables amigos en muchos lugares. Ellos se han comprometido a ayudarnos de diferentes maneras. Se lo digo con la más completa seguridad porque usted mismo ha conocido que yo me entrevisto con congresistas e, incluso, jefes de Estado. Así tiene que ser. Estamos dispuestos a usar todos los recursos e influencias posibles. Percy, Castro quedará aislado del mundo. Nosotros lo conseguiremos.

Mientras Luis Zúñiga hablaba sin descanso, yo fumaba en silencio mi Marlboro y exhalaba el humo hacia el exterior del auto como intentando escapar de aquella atmósfera irrespirable que provocaba tanta verborrea. No era nada fácil escuchar en silencio tanta estúpida arrogancia. Permanecí callado por un instante. Luego, lo interrumpí simulando respeto.

—Entonces no hay problema... Pueden contar conmigo para lo que sea. Sin embargo, quiero ser claro: no estoy dispuesto a correr más riesgos que los normales en esta situación. Divulguen sólo lo estrictamente indispensable, mi participación en el asunto. ¡Me la pelan en Cuba, Luis, si me detectan! Ustedes están aquí pero yo estaré allá arriesgando el pellejo. En Cuba es donde está el peligro, y nunca me ha gustado el papel de víctima. ¿Eso se comprende?

—Descuide, Percy, usted puede estar seguro de que salvo Jorge Mas Canosa y otras pocas personas, nadie más conocerá su participación en estos acontecimientos —dijo Zúñiga, conciliatorio—. Algo más... debemos volver a encontrarnos mañana para seguir conversando. Abel lo llamará a su casa y le dará detalles. ¿De acuerdo?

—No hay problema —respondí simplemente y abrí la puerta del auto, no sin antes extender mi mano derecha hacia él.

—¡Hasta mañana! —se despidió, mientras ponía en marcha el potente motor de su Toyota.

De regreso a mi casa, Abel se mostró visiblemente feliz, aunque muy callado. Daba por sentado que habían terminado para él las tardes interminables en que deambulaba por las oficinas de la Fundación en busca de un espacio político o del más elemental reconocimiento. Disfrutaba, prematuramente, su triunfo. Sólo él, y nadie más que él, había propiciado este contacto que le consolidaba un mayor prestigio entre la gente cercana a Mas Canosa. Durante mucho tiempo había lamentado que, a pesar de su participación en la lucha anticastrista en Río Verde, en Boyeros, al llegar a Miami nadie le reconocía esos méritos. Ya cambiaría su situación más adelante, cuando *la cosa* empezara en Cuba, era una presunción que lo reconfortaba interiormente. *Entonces si seré respetado como merezco*, reflexionaba. Sin embargo, aún algo le inquietaba, era visible, y traté de conocer la causa de su desasosiego.

—¿Qué pasa contigo, Abel? Te observo muy callado —le pregunté al descender del vehículo, ya detenido frente al dúplex.

Me miró directamente a los ojos y, con una voz que recordaba el tono de una plegaria, me rogó:

—¡Coño, Percy, no te olvides nunca de mí! Estos desgraciados son capaces de dejarme fuera de todo y apropiarse la gloria que no les pertenece. Fui yo quien te los presenté, nunca pierdas de vista ese hecho. Tú realmente no los conoces; cuidate mucho de ellos. No hagas nada sin que yo lo sepa.

—Pierde cuidado, Abel, no permitiré que te ignoren. Tú eres un buen amigo; has confiado en mí en estos momentos, y eso es importante. ¿Crees que no soy agradecido?

—Los conozco, son capaces de pedirte que te separes de mí o me ocultes lo que hablarán contigo —me interrumpió, embargado por la misma inquietud.

—Eso no sucederá, amigo mío. Te lo aseguro.

Cuando Abel se marchó, penetré en la casa y traté de conciliar el sueño lo más rápidamente posible. Sin poder evitarlo, pensamientos encontrados flu-

yeron a mi mente embargándome con nuevas preocupaciones. ¿No había sido todo demasiado fácil? Resultaba difícil entender que esta gente, sin haber comprobado mi pasado, me comunicaran inmediatamente sus planes. Quizá en aquellos momentos, entusiasmados por los cambios que se producían en el mundo y el deseo desenfrenado de destruir a la Revolución Cubana, les resultara más importante la cantidad de agentes reclutados que la propia calidad del trabajo clandestino. Por otra parte, ¿habían confiado plenamente en la proposición de Abel? Esta posibilidad me ofrecía cierto nivel de dudas. Aunque no debía olvidar que yo disponía de una leyenda construida a lo largo de mucho tiempo y ellos, a su vez, contaban con numerosas fuentes en Miami para saber acerca de mí. Debo confesar una verdad: nunca pensé que fueran tontos, despreocupadamente ingenuos y crédulos y, por tanto, actuaran con total estupidez al reclutarme con tanta prisa. Era evidente, empero, que sobre mí estarían sus ojos y sus oídos, su vigilancia permanente. Incluso, su natural desconfianza. Sin la menor duda, sólo de mi ecuanimidad y prudencia dependía que pudieran conocer la verdad. *El fondo del corazón está más lejos que el fin del mundo* dice un refrán escocés, y desde ese fondo, donde tenía guardadas mis verdaderas convicciones, debía permanecer bien oculto ante los ojos de la Fundación. Sólo así sería posible conseguir algún resultado.

Cuando empecé a viajar con frecuencia a Miami, a principios de 1986, lo hice asumiendo la fachada de *paquetero*. Una vez al mes visitaba la controvertida ciudad norteamericana llevando en mi equipaje decenas de cartas que la gente de Cuba enviaba a sus familiares. No fue difícil, dada mi condición de guatemalteco, obtener una visa múltiple para entrar a los Estados Unidos. Esto me permitió abrir y cerrar ciclos de viajes. Apenas contactaba a los familiares de los cubanos en Miami, ponía en sus manos la correspondencia y luego retornaba a La Habana con cartas-respuesta, dinero y paquetes.

Al principio mucha gente dudó de mí, y deduzco que algunos me tildaron de agente cubano. Pero poco a poco fui venciendo sus conjeturas y empezaron a buscarme y a emplearme como un puente seguro entre ellos y sus familiares lejanos. También tuve por norma rehuir cualquier conversación que implicara la obligación de asumir una posición política abierta contra la Revolución Cubana. Me limitaba a escuchar las diatribas de algunos —los menos—, y en ocasiones lanzaba, acaso, un comentario mostrando un modera-

do nivel de descontento acerca de lo que ocurría en la Isla. Les decía, por ejemplo, *me va bien allá, pero hay cosas que no apruebo*. Cuidándome siempre de no entrar en detalle al respecto, por supuesto.

La leyenda que durante años construí se basaba en proyectarme como una persona amante de la buena vida, el dinero y un consumismo furibundo, es decir, esa misma fachada que muchas veces, en Cuba, me había conducido al submundo del mercado negro, ahora comenzaba a dar frutos. Muchos en Cuba, que me habían conocido en alguna oportunidad o habían escuchado hablar de mí, contribuyeron a dimensionar mi condición de potencial enemigo de la ley en nuestro país.

Varias personas me propusieron negocios que trascendían mi condición de eventual correo improvisado. Como resultado de ello, fui desarrollando un incipiente pero aparentemente rentable negocio como comerciante. Compraba cosas en Miami, muchas de las cuales obtenía a precios competitivos, y luego las vendía en Cuba.

Con tal fachada, siempre tentadora para quienes se encargan de reclutamientos, me dispuse a esperar la aparición del enemigo.

Al principio me desesperé pero fui comprendiendo que todo era cuestión de tiempo. *Nunca permitas que tus pies vayan por delante de tus zapatos*, repetía remedando un viejo refrán. Entretanto, mis viajes habían acelerado un acercamiento a decenas de cubanos residentes en Miami, la mayoría de los cuales sólo me utilizaban para comunicarse con sus familiares. Los menos, los que habían hecho algo contra Cuba en alguna oportunidad, se limitaban a rememorar “hazañas” pasadas que nacían de su imaginación y de su odio visceral a todo lo que les pareciera revolucionario. Así, guiado por mis oficiales y armado de paciencia —que a veces resultaba frágil—, aguarde el momento oportuno. Todo era, como ya dije, cuestión de saber esperar.

CAPÍTULO 2

Los planes terroristas se esclarecen

El día 6 de noviembre lo dediqué a recibir a mis clientes y a visitar algunas tiendas cercanas. Luego de almorzar opíparamente en el restaurante Ayestarán, situado en la calle 7 y la avenida 27 del South West, regresé a casa y reflexioné sobre los asuntos conversados con Zúñiga la noche anterior. Estaba claro de que la Fundación preparaba más de un plan terrorista contra Cuba y me había asignado un papel significativo en estas futuras agresiones. La cuestión, ahora, radicaba en esclarecer cuáles eran esos planes y hasta dónde llegaba su alcance global. También resultaba vital establecer qué esperaban ellos de mí. Como la respuesta a mis preocupaciones no llegaría hasta por la noche, me dispuse a aguardar el encuentro con una escasa cuota de paciencia. Lo confieso: en esa coyuntura me sentía muy preocupado; deseaba conocer cuanto antes las maniobras del enemigo.

El reloj marcaba las ocho en punto de la noche cuando el auto de Zúñiga se detuvo frente a la casa. Del vehículo descendieron Luis y Abel y se encaminaron de inmediato a mi puerta. Grande fue la sorpresa de Mayi y de Mayra, dos de las personas con las que yo convivía en mis viajes a la ciudad de Miami, cuando, inesperadamente, reconocieron al mismísimo Luis Zúñiga Rey plantado en la entrada del pequeño dúplex. Después de los saludos conversamos —en las afueras de la residencia—, justo frente al parqueo trasero del restaurante Bodegón de Castilla. Esta vez la plática fue más directa que la noche anterior. Algo había cambiado neutralizando reticencias. Mis interlocutores mostraban un evidente entusiasmo.

—Como dije anoche —acotó Luis, quien tomó de inmediato la palabra, temeroso, tal vez, que alguien le arrebatara la oportunidad de conducir el diálogo—, has sido seleccionado para ejecutar varias acciones contra los

comunistas. Creo oportuno recordarte algunas de las cuestiones que hablamos ayer para evitar errores. En primer lugar, el Frente Nacional Cubano operará como una cara oculta de la Fundación, no lo olvides, de ahí el carácter secreto de todo lo que hagamos contigo. Ello implica que no debes conversar acerca de esto con nadie en Cuba. Y tampoco aquí. ¿Entiendes?

—Sí, en principio... Pero no entiendo por qué ustedes no dicen directamente que la Fundación se encargará de organizar estas acciones. ¿Esto no les daría más prestigio y protagonismo ante los cubanos de aquí y los de allá?

—La situación no es tan fácil. La Fundación se muestra como una organización pública y de acción exclusivamente política. Si recurrimos al Frente es para movernos en las sombras, bien ocultos, y golpear de otra manera al régimen. Los norteamericanos nos apoyan, pero debemos guardar las apariencias. No nos da pena apelar a métodos violentos para lograr en Cuba un gobierno pluripartidista, una verdadera democracia. Si para lograrlo es preciso un derramamiento de sangre, muy bien, que corra la sangre. Lo importante, por el momento, es encubrir totalmente nuestra participación en estas acciones. ¿Está claro?

Lo observé de forma tal que le permitiera corroborar que me iba haciendo comprender cabalmente cada una de sus palabras. Para despejarle cualquier duda, hice también un gesto afirmativo con la cabeza.

—Para mantener todo esto bien protegido, hemos decidido darte un seudónimo. A partir de este momento serás el número 44 y así mantendremos protegida tu identidad. Cuando llegue la hora, recibirás nuestros mensajes a través de “La Voz de la Fundación”: ya hemos comprobado que se receptiona muy bien en Cuba.

Un nuevo gesto de mi cabeza le confirmó que iba entendiendo su discurso.

—En resumen, Percy, el plan consiste en sabotear varios centros turísticos en los últimos días de diciembre. Dentro de nuestros objetivos están incluidos el Hotel Nacional y otras instalaciones en Varadero. También restaurantes de La Habana Vieja. Van muchos turistas. ¿Te imaginas la que se armará cuando las bombas empiecen a estallar por dondequiera? Castro pudiera sufrir un infarto.

Al escucharlo, todos sonreímos maliciosamente. Luego, Zúñiga continuó:

—En la medida que las bombas vayan explotando, le daremos repercusión internacional a los sabotajes. Entonces el mundo sabrá que el Frente Nacional Cubano actúa como un grupo de militares descontentos, según te dije anoche.

—Todo eso lo entiendo, Luis —lo interrumpí—, pero dígame: ¿cómo recibiré las bombas que usted dice que debo poner?

—No debes preocuparte. Necesitamos que regreses a Miami en los primeros días de diciembre para darte instrucciones al respecto. También es necesario te impongas la búsqueda de gente en Cuba, personas de toda tu confianza, para realizar con éxito nuestros planes. Selecciónalas con mucho cuidado, así evitamos que se nos infiltre algún agente de Castro. Dentro de esas personas, procura un lanchero capaz de acompañarte mar afuera para recoger las armas y explosivos que vamos a entregar.

—¿Eso quiere decir que recibiré armas y explosivos en los próximos días? —pregunté haciéndome el ingenuo.

—¡Claro, hombre! Eso, precisamente, es lo que estoy diciéndote —respondió Luis Zúñiga.

—Entonces, esto va en serio —me atreví a decir.

—Pierde cuidado, es así mismo. Y para ratificarlo, aquí traemos cosas que te servirán para cumplir tu tarea.

No bien había terminado de hablar Luis, cuando Abel me entregó una bolsa de plástico que contenía una brújula pequeña, dos linternas con aditamento para luz infrarroja y dos radios portátiles de marca Realistic. Mientras yo examinaba aquellos objetos, Luis llamó mi atención para explicarme su empleo futuro.

—Estos medios te facilitarán el trabajo. Los radios, por ejemplo, debes usarlos para escuchar las instrucciones que te comunicaremos por “La Voz de la Fundación”. La brújula te servirá para orientarte hacia el futuro punto de contacto en alta mar. Y con las linternas nos harás señales desde el lugar seleccionado para ese encuentro. Todo te lo explicaremos en diciembre, cuando estés de nuevo en Miami. Ah, y aquí tienes doscientos dólares para que sufragues tus gastos. Como puedes apreciar —aseveró en tono terminante—, tanto Jorge como los otros directivos se sienten satisfechos con tu incorporación, y me pidieron te lo hiciera saber. Para comunicarte conmigo, apenas llegues a Miami, debes usar el teléfono de las oficinas de la Fundación. Eso es todo, Percy. ¿Alguna duda?

—No, todo está claro —respondí con una sonrisa.

Me despedí de ellos con un fuerte apretón de manos y marché hacia la casa, llevando conmigo los artefactos recibidos y los doscientos dólares.

Un rato después, mientras fumaba un cigarrillo en la cómplice compañía de las sombras, pensaba que al fin podría decirles a mis compañeros que tenía algo concreto en las manos. La larga espera había dado sus frutos; la

paciencia que ellos habían tenido conmigo quedaba recompensada por primera vez. Al fin el enemigo salía de su madriguera, sediento de sangre y dispuesto a dar un zarpazo mortal. Lo esencial ahora era prepararse para neutralizar su ataque.

Esa noche apenas pude conciliar el sueño. Trataba de organizar mentalmente todo lo acontecido en los últimos dos días. Quería retener en mi memoria hasta el más mínimo detalle. Luchaba por no olvidar cada palabra pronunciada por ellos y, en especial, intentaba descubrir el significado de cada gesto de Luis Zúñiga mientras estuve a su lado. Tenía la certeza de que todo era importante, que nada era superfluo, y esto me hizo repasar más de una vez lo sucedido. En esos momentos quise preservar del olvido cada seña física de Zúñiga y de Viera —identificar sus gestos, incluso caracterizar su voz— y, en especial, determinar el lugar que a cada uno de ellos le pertenecía en estos planes agresivos.

Otra vez surgió ante mí el rostro de Luis, casi inexpresivo, con las nacientes entradas en su cabeza y aquellos ojos ladinos y escurridizos. Sobre todo volví a escuchar su voz, llena de terca y obstinada defensa de la lucha contra la Revolución. Este hombre anodino desesperaba por descollar en un medio viciado por colosales y dañinas ambiciones de poder. Pero, en verdad, Luis Zúñiga me pareció un lobo metamorfoseado en cordero. Su actuar contradictorio como miembro del aparato internacional de la Fundación, aparente luchador por los derechos humanos y, a la vez, frío y criminal calculador de planes terroristas, me lo confirmaba. Decididamente, siempre había sido un camaleón con habilidades para disfrazarse según la ocasión. Casi abogaba en las pantallas de los canales hispanos de televisión por la libertad en Cuba y no vaciló en organizar violentas acciones y detestables crímenes en nombre de una supuesta noción de la democracia absolutamente alejada de la verdad.

Más adelante lo supe con toda claridad: Luis Manuel de la Caridad Zúñiga Rey cuenta con una larga historia de actividades contra la Revolución Cubana. Durante los últimos años ha participado en actos terroristas que le han abonado un incuestionable “prestigio” dentro de las filas de la extrema derecha cubana fuera de las fronteras de la Isla. Zúñiga, además, fue sancionado por actividades contrarrevolucionarias y fue prófugo de la justicia en el año 1970. Desde ese momento estaba claro que su propósito era marcharse hacia los Estados Unidos de América. La suerte, sin embargo, no le sonrió y

fue capturado en Baracoa, antigua provincia de Oriente, cuando intentaba penetrar en la Base Naval de Guantánamo.

Tres años después logró burlar la vigilancia de las tropas guardafronteras cubanas y entrar en la ilegal instalación militar estadounidense. Su destino quedaba establecido: al llegar a Miami el 31 de diciembre de 1973, se vinculó, de inmediato, a los sectores más recalcitrantes del autotitulado exilio cubano. Y sin darse tregua en su afán enfermizo de cosechar glorias ante los ojos de sus jefes, en 1974 se involucró en un frustrado intento de introducir armas y explosivos en Cuba. El 1 de agosto de 1974 fue capturado de nuevo junto a los también terroristas Miguel Sales Figueroa y Rodolfo Luis Camps Verdecia. Su suerte había cambiado. La Seguridad del Estado cubano contaba con pruebas suficientes para que fuera nuevamente condenado: en una lancha (*Mahi*), del tipo Thundebird, con matrícula No. 8722 de La Florida, Zúñiga, Sales y Camps transportaron varios fusiles AR-15 y diferentes medios explosivos. Los que lo vieron en el Tribunal —cuando fue condenado a veinticinco años de privación de libertad—, no pudieron imaginarse que catorce años después, en 1988, luego de ser puesto en libertad a petición de varias personalidades norteamericanas, Zúñiga se incorporaría a la Fundación Nacional Cubano-Americana donde se dedicó a organizar planes terroristas contra Cuba. Así, dirigió la participación de un canadiense, apellidado Trepanier, en planes dirigidos a la integración de grupos terroristas en Cuba en el año 1992, y participó directamente en el reclutamiento de los agentes 18 y 22 de la Fundación nombrados Orfiris Pérez Cabrera y Manuel de la Caridad Inda Ramos, quienes tenían la orientación de ejecutar actos terroristas contra instalaciones turísticas, sembradíos y otros objetivos económicos de importancia.

Durante el 54 Período de Sesiones de la Comisión de Derechos Humanos, celebrado el 13 de abril de 1998, Zúñiga no vacilo en lanzar insólitas diatribas contra la Isla cuando expresó:

Ahi tienen al pueblo cubano con miles de muertos, otros cientos de miles más con sus cuerpos y almas lacerados por el abuso y el maltrato en las prisiones, el 10 % de su población exiliada, las familias divididas por el extremismo y la intolerancia oficial. Definitivamente, no pueden la ilusión y la esperanza sustituir a la realidad y la verdad, como tampoco nosotros podemos esperar respuesta para todas esas denuncias porque no la van a dar. La única respuesta que podemos esperar es la difamación personal, porque es la forma habitual de desviar la atención del tema tratado. Simplemente, los agentes nunca pueden llegar a ser diplomáticos.

¿Puede Luis Zúñiga arrogarse el derecho de hablar por las supuestas víctimas de la represión en Cuba, cuando él directamente participó en planes de asesinatos y atentados contra nuestra población en varias oportunidades, y aún hoy lo hace? ¿Es que acaso realmente le preocupa el destino de nuestro pueblo trabajador, cuando yo mismo fui testigo de su participación directa en la planificación y organización de atentados terroristas? ¿Puede invocar a la justicia y la razón cuando, durante todos estos años, sólo ha recurrido a la fuerza y a la violencia criminal? Evidentemente, no tiene autoridad moral para hacerlo.

De igual forma, sus palabras lo traicionan ante la opinión de todos: él, un agente del imperialismo y de la mafia terrorista, nunca podrá en verdad asumir un cargo diplomático, ni hablar en nombre del pueblo cubano. Siempre le faltarán la verdad y la razón en sus argumentos, como le ha faltado el valor de dar la cara ante sus víctimas.

Por suerte, ante las constantes denuncias por parte de nuestro gobierno y el descrédito provocado por su participación en esta Comisión, usurpando un banco dentro de la delegación de Nicaragua, Zúñiga fue alejado de este foro. El gobierno de Enrique Bolaños, actual presidente nicaragüense, se vio obligado a dar este paso. Era tanta la vergüenza y la confabulación contra Cuba, que no era posible seguir recurriendo a un desprestigiado criminal.

En horas del mediodía del 7 de noviembre regresaba a Cuba por la pista del aeropuerto “José Martí”, contento porque al fin había podido contactar con el enemigo y traía los detalles iniciales de una criminal conspiración urdida en Miami.

Cuando descendí del avión, busqué a mi esposa y a los míos. Traía en el corazón la alegría por el reencuentro y la honda satisfacción de haberles sido útil, aunque ellos nunca lo sabrían. La Patria, entonces, se me hizo más amada que nunca en los ojos de la mujer querida, en la sonrisa de mis hijos y en el apretón de manos que recibía de algunos compañeros. Eso bastó para seguir adelante y vencer cualquier natural incertidumbre.

Aunque no participé en las reuniones posteriores al encuentro con mis oficiales de la Contrainteligencia cubana, no me resultó difícil suponer lo sucedido cuando les informé que había contactado con Zúñiga Rey en Miami. Las

noticias que traía alertaban sobre la existencia de un grupo paramilitar secreto que funcionaba paralelo a la Fundación, integrado por varios de sus directivos, y la confirmación de que se preparaban varios atentados terroristas para los próximos días.

Cuando los dos oficiales que me atendían se entrevistaron conmigo, pude ver en sus rostros la misma mezcla de alegría y preocupación que yo había experimentado en Miami. Recibí instrucciones de mantenerme localizado.

En una de las oficinas de la Dirección de la Contrainteligencia cubana, el capitán Fernando Fuentes (Lillo), Jefe de la Sección que conducía mi caso, estaba reunido con un grupo de sus colaboradores. Al alcance de su vista estaban el informe que redacté al llegar a Cuba y la relación de los medios recibidos de manos de Luis Zúñiga Rey y Abel Viera. Los dos oficiales operativos —Hugo y Jacinto— encargados de orientar mi trabajo durante estos meses, permanecían atentos y expectantes. Tenían la certeza de que, a partir de ese momento, sería necesario desplegar un trabajo serio y profundo que requeriría de todos nosotros mucho entrenamiento, cautela y entrega.

El capitán Fuentes, habituado a anticiparse en lo referido a los peligros e indicios del trabajo enemigo, puso una de sus manos sobre el informe y se dirigió a los oficiales:

—Todo indica que Fraile ha chocado con algo gordo y de mucho interés. Debemos acopiar toda la información disponible sobre estas personas y, al mismo tiempo, caracterizarlas adecuadamente. Por lo pronto, hemos logrado esclarecer algo de importancia: el famoso “Frente Nacional Cubano”, del que recibimos la primera noticia a través de una transmisión radial enemiga, es una fachada de la Fundación. Compañeros, esta gente de Miami quiere jugar al duro y son extremadamente peligrosos. Si Fraile chocó con la verdad, y todo lo indica así, estamos obligados a actuar de inmediato. Hugo, tú y Jacinto, pónganse a trabajar con urgencia. Casi seguro la Jefatura va a interesarse por recibir mayor información al respecto. ¿De acuerdo?

Se detuvo un momento para fijar su vista en los ojos de cada uno de sus dos colaboradores, tratando de confirmar en sus miradas una señal de aprobación. Pero, sin esperar una respuesta, tomó de nuevo la palabra:

—Voy a informarle, ahora mismo, al Coronel. Considero prudente volver a vernos a las 17.00 horas. ¿Correcto? También las circunstancias aconsejan llevar a Fraile con la gente que se encarga de hacer los retratos hablados para identificar a estos sujetos. Muéstrenle algunas fotos de nuestros archivos para confirmar las identidades de esos elementos. Encárgate de eso, Jacinto.

Luego de esta reunión y transcurridas varias horas de trabajo, se había confirmado plenamente la identidad de los dos contrarrevolucionarios con los cuales me entrevisté en Miami. Era una comprobación de rigor pero teníamos que efectuarla como procedimiento lógico para validar la información que traje de Miami. Para mis jefes era evidente que el mismo Luis Zúñiga Rey había aparecido en escena, hasta el momento, como el aparente organizador de los ya referidos planes terroristas. Posiblemente, hubiera otros implicados en ellos, mas eso sólo se sabría después atendiendo a la marcha de la investigación.

Otro elemento a considerar era el hecho de que se entrevistó conmigo una persona pública en Miami, y eso revelaba la existencia de tres posibles aspectos de interés: primero, al parecer hubo una relativa confianza en mí y no se veían en peligro de ser comprometidos. Segundo, Luis Zúñiga se sentía seguro en Miami y en plena capacidad de negar cualquier implicación en estos hechos; tercero, y último, Zúñiga era un miembro del grupo secreto de la Fundación y, como tal, quería tener la oportunidad de arrogarse el mérito de la captación de un agente francamente prometedor.

El análisis de los medios recibidos, demostró que no eran muy sofisticados y podían adquirirse en cualquier tienda de los Estados Unidos, aunque su eficacia para los propósitos perseguidos era indiscutible. Tanto la brújula como las dos linternas con rayos infrarrojos servirían sin lugar a dudas para garantizar la operación de abastecimiento prevista para ejecutarse en los próximos días.

Finalizada la mañana del 8 de noviembre, la Contrainteligencia había diseñado un plan de acción para responder a esta nueva intención de la Fundación, pero atendiendo las siguientes premisas básicas:

No estimular aventura alguna vinculada a emplear el canal ilegal marítimo con fines de abastecimiento de explosivos, armas y medios incendiarios y tomar medidas al respecto, si la Fundación mantenía esa intención. Además, evitar infiltraciones como la ocurrida el 14 de octubre de 1990, en que el Partido Unidad Nacional Democrática (PUND) hizo desembarcar por la zona occidental de Santa Cruz del Norte a Gustavo Rodríguez Sosa y Tomás Ramos Rodríguez, con el propósito de sabotear las torres de interferencia a las transmisiones de TV “Martí”. De la misma manera el Plan de acción destacaba la infiltración propiciada por Comandos L y dirigida por el fallecido Tony Cuesta, mediante la cual penetraron ilegalmente en el país el 29 de

diciembre de 1991 los terroristas Eduardo Díaz Betancourt, Daniel Candelario Santovenia Fernández y Pedro de la Caridad Álvarez Pedrón, por la Sierrita, en Cárdenas, Matanzas. Este grupo entró en Cuba con el propósito de sabotear instalaciones económicas de la provincia matancera: la papelera, la destilería y la fábrica de ron “José A. Echeverría”, antigua Arechavala. La Fundación, desde luego, había participado antes en planes de este tipo; tanto de manera directa como apoyándolos secretamente. Ahora, entre nuestras medidas se incluía la necesidad de priorizar la neutralización y desestimulación de actividades por mar, alternativas que pudieran implicar acciones armadas contra Cuba, como la de octubre de 1992, cuando un grupo de los Comandos L, integrado por Guillermo Casasús Toledo, Miguel Hernández y Jesús Areces Bolívar, tirotearon el hotel Meliá Varadero.

Asimismo me proponía descubrir cuáles eran los directivos de la Fundación directamente implicados en estas actividades dentro del llamado Frente Nacional Cubano. En este sentido debía hacer énfasis especial en el grado de participación de los más altos jefes de la Fundación. Todo mi trabajo estaría dirigido, pues, a penetrar este grupo secreto y conocer y personalizar sus planes. Desarrollaríamos, a la vez, un fuerte trabajo dirigido a determinar si este grupo contaba con otros agentes dentro del país. Si lo lográbamos, pasaríamos de inmediato a su neutralización. Por consiguiente, activaríamos el trabajo de la agentura con esa finalidad.

Al propio tiempo, caracterizaríamos adecuadamente los planes futuros del denominado grupo secreto de la Fundación, sobre todo aquellas agendas que implicaran atentados contra dirigentes del país y actos terroristas y violentos. En mi caso tendría que utilizar, cuidadosamente, labores de sonsacamiento con Viera y otros miembros de la Fundación.

Accederíamos de inmediato a todas las fuentes informativas posibles, públicas y secretas, para disponer de un absoluto conocimiento de hechos, planes y cualquier otro elemento de interés relacionado con la actividad del Frente.

Los oficiales debían prestar especial atención, a partir de este momento, a la actividad que desarrolláramos como colaboradores de la Contrainteligencia. Por tanto, era esencial priorizar las cuestiones relacionadas con el entrenamiento y la preparación que requería. Esto les permitirá, a la larga, dirigirme más eficientemente de acuerdo con las instrucciones de la Jefatura del DSE.

Sobre la base de estas indicaciones, la Sección del capitán Fuentes estableció las medidas pertinentes para orientarme con respecto a mis futuros contactos con el enemigo, creándome las condiciones adecuadas para que

cumpliera las instrucciones que yo había recibido de Luis Zúñiga en Miami. Para ello se validó la historia sugerida a Viera por mí, en cuanto a las posibilidades a disponer de varias personas de confianza en mi entorno, capaces de incorporarse a la lucha. Esta misma historia debía contársela a Luis, pero de forma oficial.

Según la leyenda creada, el grupo que yo reuniría lo integraría un conocido mío (apodado Bichicho) que vivía en Santa Fe y contaba con una embarcación pequeña dedicada a la pesca la cual podría servir para recoger los medios explosivos en alta mar. Igualmente, mantendría amistad con un ex coronel de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, ya jubilado, con experiencia en diversas misiones internacionalistas y especializado en tareas de zapador. El coronel se llamaba Rodolfo y, en esos momentos, se encontraba francamente muy descontento porque lo habían “separado” de las fuerzas armadas por causa de que su mujer mantenía relaciones con su familia en los Estados Unidos. Rodolfo sería otro potencial integrante de mi célula. Su participación era fundamental, pues acumulaba una vasta experiencia en el manejo de explosivos y estaba dispuesto a involucrarse en cualquier actividad de sabotaje. Por último, el grupo estaría integrado por El Kamikase, un joven oficial del MININT, también “decepcionado” de la Revolución y dispuesto a jugarse el todo por el todo, siempre que se le garantizara su posterior salida a los Estados Unidos.

Todos los posibles miembros de la futura célula terrorista —que funcionarían en Cuba bajo mi mando— lo hacían con el objetivo declarado de emigrar a los Estados Unidos y disponer allá de dinero suficiente para establecerse. En ellos, unánimemente, había “resentimiento” hacia el proceso revolucionario y mucha frustración acumulada. Eran, sin duda, luchadores anti-castristas y encajaban estupendamente dentro de los propósitos del Frente Nacional Cubano.

Un rol especial en este trabajo estaría a cargo del joven Ramsés Calderius Otero, nacido en Marianao el 20 de julio de 1961, el oficial Frank de la Seguridad cubana, quien tendría la responsabilidad de mi protección y entrenamiento. Dueño de una larga experiencia adquirida en Seguridad Personal, aquel joven cumpliría el rol del Kamikase, bajo el disfraz de ser un individuo capaz de participar en acciones contra el gobierno cubano a cambio de obtener permiso para entrar en territorio norteamericano. Lamentablemente Frank murió y tuve prohibido visitar su tumba durante años.

Por parte de la Jefatura se adoptaron medidas adicionales encaminadas a determinar la disponibilidad de recursos con que contaban los terroristas y

provocarles el gasto de grandes recursos con el objetivo de encarecer y estropear sus acciones. Para ello se solicitaron medios más sofisticados que los ya recibidos, alegando la sencillez de los entregados y la necesidad planteada por Bichicho de obtener algo mejor para orientarse, por ejemplo, un compás magnético. El objetivo de esta medida no sólo estaba dirigido a evaluar el potencial técnico de la Fundación, sino a provocarles, simultáneamente, el gasto de grandes recursos para encarecerles la operación y, de paso, contribuir a entorpecer la misma.

Se logró determinar que el grupo secreto de la Fundación acostumbraba a designar a sus agentes un número como seudónimo. Conociendo esta forma de proceder, se llegó a la conclusión de que dos personas que trabajaban en Cuba bajo orientaciones de la mafia terrorista de Miami, las cuales ya habían sido detectadas por nuestros órganos, eran realmente agentes de la Fundación y respondían a los números 18 y 22. Desde algún tiempo atrás se habían descubierto a estos individuos, contactados en el exterior por cabecillas contrarrevolucionarios durante las visitas que hicieron a sus familiares en los Estados Unidos.

Uno de estos agentes mercenarios, el número 22, se nombraba Manuel de la Caridad Inda Ramos y tenía planes concretos de realizar sabotajes en la ciudad de Matanzas, incluida la detonación de artefactos explosivos en varios puntos neurálgicos de dicha localidad y en otros objetivos económicos de esta provincia cubana.

La Jefatura, por tanto, me orientó que actuara contra el agente 18, Orfiris Pérez Cabrera, otro de los asalariados de la Fundación, a quien contactó Luis Zúñiga Rey en el exterior recibiendo instrucciones precisas de éste para realizar un estudio con vistas a colocar varios explosivos en el cabaret Tropicana. El propósito de esta medida era neutralizar el sabotaje, haciéndome, como contrapartida, aparecer ante la Fundación como la opción más adecuada para ellos.

Otras tareas propuestas a este agente del Frente Nacional Cubano consistían en sabotear autos de extranjeros residentes en Cuba y vehículos dedicados al turismo, así como ejecutar incendios contra plantaciones cañeras y proceder al envenenamiento de ganado vacuno.

Una tarde me personé ante él y, mediante diversas medidas de sonsacamiento, conocí, de sus propios labios, cómo fue reclutado por la Fundación; cuáles eran los planes y orientaciones que había recibido en el exterior y, sobre todo, los objetivos contra los que debía atentar. Gracias a todo lo que pude conocer, me convertí en la alternativa más ventajosa para los terroristas

de este grupo. La estrategia era clara: a partir de ese momento, neutralizado el agente 18, quedaría sólo el 44 como la mejor opción para cumplir sus planes en Cuba.

Durante la conversación que sostuve con el agente 18 confirmé sus conexiones con otros contrarrevolucionarios radicados en Nueva Jersey, los planes encaminados a sabotear Tropicana y cuáles eran los integrantes de la célula que llevarían a cabo esta operación. De este modo se pudo conocer un peligroso plan terrorista y neutralizarlo. Hasta ese momento el agente 18 se encontraba en espera de diversos medios incendiarios para ser colocados en los baños del famoso cabaret habanero. Ya había realizado estudios sobre el terreno y llegado a la conclusión de que el instante más adecuado para colocarlos debía coincidir con la mayor concurrencia de público en la instalación. De no haberse neutralizado este golpe enemigo en esos momentos, el número de turistas asesinados habría sido grande. Así, como otras veces, la Fundación mostraba su carencia de escrúpulos y su esencia terrorista. Una vez más esa organización había planificado crímenes horribles contra personas inocentes e indefensas.

Por esos días me sentía realmente entusiasmado por los resultados del trabajo contra los planes terroristas de la Fundación. Si alguna vez en esos días me sentí preocupado, siempre la confianza en mis compañeros se fortaleció aún más en esos momentos. *No podrán golpearnos impunemente* —pensé. Cuba estaba más segura que nunca.

Habían transcurrido apenas varios días y ya la Contrainteligencia cubana adoptaba medidas para asumir el control total de la actividad del Frente Nacional Cubano. De hecho, los principales agentes de la Fundación en Cuba estaban detectados y, por medio del supuesto agente 44, se conseguiría información de primera mano acerca de los planes enemigos. Se habían creado las condiciones para desarrollar un juego operativo que permitiría ejercer un conocimiento absoluto sobre esta parte de las actividades de tan criminal adversario.

Por supuesto, no permanecí cruzado de brazos, y cumplí diversas tareas operativas que tendían a fortalecer mi leyenda ante la Fundación. Entre estas tareas estaba la realización de un estudio *in situ* de las principales características del terreno costero propicio para llevar a cabo la recepción de los medios que enviaría el Frente o, en su defecto, las condiciones existentes para la salida hacia alta mar. Era importante, además, que yo conociera directamente cada dato informado por el enemigo; lo cual me prepararía para sortear cualquier peligro si me sometían a un interrogatorio relacionado con la parte del plan que me tocaba.

El análisis realizado por la Jefatura de la Contrainteligencia cubana, basado en la información obtenida por el seguimiento del caso y los datos provenientes de otras fuentes diversas, permitió llegar a la conclusión de que, dentro de la Fundación, se movía un grupo de directores con planes abiertamente terroristas. No todos estaban aparentemente involucrados, lo reconozco. Pero todo parecía acusar a Mas Canosa y a los jefes principales. Ellos sí estaban implicados en estos planes. La Fundación abandonaba, de hecho, su cara pública de propaganda contra la Revolución y de cabildeo político, para pasar a desarrollar una política solapada de violencia, terrorismo y asesinatos. Estas personas, definitivamente, mostraban su esencia inescrupulosa y su odio a la Revolución.

Por nuestra parte, todo estaba listo para responder al enemigo, siempre encubierto detrás de su propia verborrea.

Habían transcurrido apenas unos meses de la reunión de una buena parte de estos terroristas contrarrevolucionarios en el Hyatt Regency Hotel, sito en el 50 Alhambra Plaza, en Coral Gables, para analizar la “transición de Cuba a la democracia”. Allí se encontraron Mas Canosa, Pepe Hernández y otros dirigentes de la Fundación, junto a un grupo de alabarderos de la caída del socialismo europeo. Veían con optimismo el derrocamiento de la Revolución y planeaban qué hacer en una Cuba post-Castro. Actuaban, sin embargo, con un optimismo inseguro, frágil en su misma inseguridad. Ni ellos mismos estaban verdaderamente convencidos del derrocamiento del gobierno cubano.

Cuba no caería por inercia en manos de sus enemigos. De ahí que mantuvieran sus planes más oscuros para hacerla caer. Por eso optaron por el terrorismo y el asesinato —como lo habían hecho siempre—, que era lo más cercano a su real esencia criminal. La vía política, el cabildeo, las campañas difamatorias eran el manto para ocultar tanta violencia y odio irracional. Ahora, todo era cuestión de tiempo.

CAPÍTULO 3

Hablando de motivos

A veces, miro mi vida y recuerdo las cosas pasadas. Entonces pienso que he sido realmente afortunado. La vida me colocó no sólo donde quise estar, sino precisamente en el lugar en que he sido más útil. Tal vez sea eso lo más valioso. ¿No es acaso éste un justo premio recibido luego de procesar recuerdos de los que no puedo —ni quiero— deshacerme definitivamente? Recuerdos que siempre me acompañarán, para enorgullecerme desde luego. Porque la fortuna del hombre está en eso: en mirar hacia atrás y confirmar que son menos las cosas de las que tendrá que avergonzarse y mayores, aún mucho mayores, las satisfacciones alcanzadas por lo realizado día tras día en largos años de existencia plena.

Recordé, sin proponérmelo, mi nacimiento una noche de 1949. Corría el mes de julio. Cuando los grillos dominan el paisaje, y la luna sale a pasear, oronda, sobre la tierra húmeda de mi Guatemala lejana. Tierra permanente en mis sentimientos cual una pena incapaz de aliviarse del todo. Porque nací en medio de un difícil destino marcado por las fronteras de la humildad y el sueño del desposeído, empecinado en conquistar la esperanza. Crecí cerca, además, de la tenacidad del hombre pobre, tercamente empeñado en la búsqueda de un mínimo espacio donde llegar a ser feliz. En fin, viví cercano también a su dolor, sufriendo sus nostalgias, penando ante la contemplación de las heridas sin cerrar de esa humanidad discriminada.

Mi padre fue un hombre sencillo y humilde, comprometido con la Revolución democrática de Jacobo Árbenz. Desde su puesto de jefe de la Guardia Civil de una región, intentó defender las escasas conquistas alcanzadas por el pueblo. Fueron tensas jornadas de lucha denodada contra el atraso impuesto

por el tiempo y la marginación. Momentos de esperanza redimida a la espera de soluciones que no llegaban. Hasta que en 1954 se produjo una invasión dirigida a destruir la revolución guatemalteca. De manera que el prometedor proceso revolucionario, tronchado por las conspiraciones y la traición, destruido por la indiferencia y la maldad, se trocó en recuerdo y en culpa, en llaga permanente y dolorosa. Muchos lloramos y sufrimos esa derrota. Después se nos vino encima un penoso exilio en Argentina. Si pudiera hablar conmigo mismo del costo de ese tiempo, no sólo en seres amados que se nos fueron, sino en lastimaduras, bien valdría recordar algunos hechos significativos que nunca se apartarán de mi memoria.

El primero ocurrió el 26 de junio de 1954. Ese día las tropas mercenarias casi llegaban a la capital. El ejército había traicionado al pueblo negándole las armas. Mi padre intentó detenerlos en Chiquimula con unos pocos hombres, pero su esfuerzo fue en vano. Los invasores dejaban destrucción y muerte tras su paso. Con indolencia masacraron a mucha gente humilde que sólo quiso amasar un sueño puro por primera vez en su vida. Nada se pudo hacer para evitarlo. Tal vez sólo morirse en el empeño por impedirlo.

Llegó el momento, pues, en que mi padre supo que sólo le quedaba una cosa por hacer: ir a buscar a su mujer y a sus cuatro hijos pequeños y salvarlos de la amenaza enemiga. Cuando logró hacerlo, la huida fue difícil. En un pequeño camión de volteo nos metió a todos y tomó el rumbo a Ciudad Guatemala. Un avión enemigo, pilotado quizá por un norteamericano, comenzó a disparar sus ametralladoras contra el vehículo en fuga. No les quedó a mis padres otra opción que detener el camión y escondernos debajo de unos equipos pesados ubicados a un lado de la carretera. El piloto, entonces, se ensañó con mi familia. Disparó sus balas sin piedad sobre quienes permanecíamos ocultos entre las moles de hierro y la tierra húmeda. Los niños llorábamos de miedo, aterrados ante la muerte y el peligro. Mi madre no pudo contener la rabia que le estallaba dentro del pecho. Demasiado odio contra el invasor le inundó el corazón e, imitando a una fiera acorralada con sus cachorros, tomó en sus brazos a mi hermana más pequeña —de apenas cuatro días de nacida—, y corrió hacia el camino desprotegido. No le importó la muerte que nos acechaba, ni los desesperados gritos de mi padre ordenándole que se ocultara. Con lágrimas en los ojos, lágrimas de puro rencor, la vi alzar su crispado puño hacia el cielo y la escuché gritar desesperada:

—¡Yanquis hijos de puta! ¡No nos rendiremos!

No sé si fue ese gesto heroico de mi madre el que impactó al piloto invasor o se hartó de tanta muerte que ya había provocado. Lo cierto es que desistió en su empeño de asesinarlos y regresó a la base tripulando su máquina de muerte.

Entonces todos salimos al camino y nos abrazamos a mi madre. En los ojos de papá alcancé a percibir tanta desolación y tristeza que ese instante marcó mi vida para siempre. A papá nunca lo había visto así, adolorido y taciturno, abrumado por la impotencia como lo vi ese día. Se le habían derrumbado, de repente, los sueños acariciados desde la misma infancia de miserias y platos vacíos. De pronto, la frustración le carcomió el alma, cual un gusano voraz e insaciable. Era como si la propia vida amamantara —para mi viejo— sólo malas jugadas.

Siempre admiré a mi madre, desde el minuto mismo en que no le importaron las balas criminales impactando al lado de sus hijos indefensos y la vi lanzarse ante el peligro con el dolor temblándole en cada milímetro de su fogosa sangre. En su pecho de mujer se había acrecentado el odio a la injusticia y, sobre todo, un naciente antimperialismo que marcaría para siempre al resto de mi familia. Con ese fuego nos alimentamos diariamente a partir de ese día aciago para Guatemala. Con esa amarga pero estimulante pasión justiciera sobrevivimos, desde entonces, convirtiéndola en brújula de nuestros actos del futuro.

En ese mismo país, apenas a unos kilómetros, otro hombre sufría por esta traición y la destrucción del hermoso sueño arrancado por la fuerza a mi pueblo. Aquel otro hombre se llamaba Ernesto Guevara de la Serna, quien años después se transformaría en el Che Guevara, paradigma de luchadores antimperialistas. El Che había llegado unos meses antes a Guatemala cuando, al igual que un Cristo, se apareció ante los necesitados: vistiendo un raído pantalón verde olivo y una camiseta de color rojo ya descolorida. ¿Su equipaje? Una bombilla para hacer mate, el imprescindible aparato para aliviarse el asma y unos pocos libros de cabecera. Había llevado a Guatemala, sobre todo, una enorme carga de sueños y aspiraciones de justicia social que se convertirían en su permanente razón para luchar y engrandecer la condición humana.

Estos tres seres, tan cercanos siempre a mí, me guiarían de ahora en adelante. Yo lo sabía. Si me llegaba el momento de cansarme, recurriría a ellos cuantas veces fuera necesario. Si me tocaba caer alguna vez —al tropezar con mis propias dudas y debilidades—, ellos me alzarían de nuevo. Me servirían hasta siempre para aquilatar cada uno de mis actos posteriores. Esta-

rían presentes en mi lucha secreta, a partir de ese instante, y en todos los momentos futuros. Por tanto me sentí seguro, apuntalado en mi voluntad de continuar venciendo las rutas de mi propio destino y derrumbar con ellos cualquier dificultad que se me pudiera presentar en el difícil y arriesgado camino recién emprendido.

Varios años después, el 15 de abril de 1961, se repitió la misma historia. El imperialismo norteamericano atacó a Cuba, otro pueblo de nuestro continente. En la pequeña isla caribeña estaban esas mismas personas y, paradójicamente, todos peleando en la misma trinchera de combate. Las circunstancias, sin embargo, eran diferentes: esta vez no había miedo en nosotros, sólo seguridad en el futuro. Tampoco había frustración en la mirada de mi padre; sólo optimismo descarnado y genuino. Ni siquiera el dolor provocado por la traición y la indiferencia. En este luminoso presente la solidaridad les latía en el pecho como sostén del porvenir y todos ellos, mis familiares, estaban dispuestos a no dejarse arrebatar la victoria. Esta vez, no.

Durante los días de Girón mi madre se enfrentó, de nuevo, a los aviones enemigos que atacaban a Ciudad Libertad. En esta oportunidad le tocó otra vez defender a sus hijos de la muerte y a los hijos de la tierra cubana que nos acogió como a hermanos. Con un pequeño revólver calibre 38, enardecida por la misma rabia de antes, mamá disparó a esos aviones sin temor a morir. De su garganta salieron unas pocas palabras que resonaron cual una premonición:

—¡Gringos, hijos de puta, aquí no harán lo que nos hicieron en Guatemala!

Mi padre ya no vestía el traje de la Guardia Civil guatemalteca. El glorioso uniforme de las Milicias Nacionales Revolucionarias honraba su cuerpo y marcaba su convicción de que ahora las cosas serían distintas. Serían simplemente de “¡Patria o Muerte!”. Porque ahora el ejército era el propio pueblo; esta vez no había espacio para la deslealtad. Tampoco para la frustración en el alma de ese hombre generoso y sufrido que fue mi papá, empedernido soñador y amigo de las buenas nostalgias.

También el Che estaba aquí en los días de Girón, rebelde e invicto, cercano a mí en toda su enorme estatura. En sus ojos hablaban las mejores esperanzas y la posibilidad de edificar sus sueños junto a los cubanos. Junto a esa felicidad también estaba la añoranza por su cercano pueblo americano; la satisfacción muy íntima porque al Che, y a otros como él, se les necesitaba para deshacer las miserias de todo tipo fabricadas por la explotación. En

Cuba se le veía decidido como antes se mostró en Guatemala. Pero ahora se le apreciaba aún más seguro de que es posible materializar la bella utopía de ser útiles, sueño que arde insomne y para siempre en las fronteras interiores de nuestra propia conciencia.

Junto a la brisa que me regalaban el mar y la noche cual una caricia, también me abrazó la memoria el recuerdo de la amada y lejana Argentina, erguida poderosamente en mi sensibilidad a fuerza de añoranzas y sinsabores. Las frías madrugadas porteñas regresaron para helarme el corazón, lanzándome a aquellos lejanos recodos del dolor como si yo estuviera más desarmado y malherido que ayer. De nuevo un bandoneón me lloraba en el alma con su música cruel y lastimera, hablándome de aquellos duros tiempos que yo quería olvidar definitivamente.

Debo reconocer que en el Buenos Aires de los años 50, empecé a amar cada cosa sencilla de la vida. Allí supe que era posible tocar cada nube con las manos y hallar un espacio bajo el rocío mañanero. Descubrí el amor temprano, ese amor travieso que llega sin aviso para cuestionarnos la inocencia y revelarnos nuevas emociones capaces de ruborizarnos. En Buenos Aires también conocí la muerte más cerca que nunca antes. La muerte nos deja siempre un amargo sabor en los labios y nos desertifica poco a poco hasta el alma. Ahora, pues, me asaltó la memoria el recuerdo de Érico con sus cuatro años rotos para siempre, golpeándome su ausencia mortalmente.

Todo ocurrió una fría madrugada de Burzaco, pequeño pueblo situado en las afueras de la capital. Allí nos concentrábamos gran parte de los guatemaltecos que llegamos asilados a la Argentina. Las familias apenas alcanzaban a sobrevivir hacinadas en enormes galpones, grandes cobertizos de madera desprovistos de puertas y ventanas. Mientras los niños dormíamos en catres, nuestros padres lo hacían de pie, más bien recostados sobre láminas de zinc dispuestos a obstaculizar el frío nocturno, empeñado en colarse en el lugar. Unas sábanas suspendidas de finos cordeles establecían fronteras entre cada grupo, delimitando el espacio propio de cada uno y resguardando frágilmente nuestra intimidad. En uno de esos tristes y helados territorios familiares comenzó la tragedia.

Érico, incapaz de soportar la glacial invasión de la noche, se levantó y trató de arrastrar una pequeña calefacción de keroseno que había en un extremo del galpón. No fue suficiente su fuerza para lograr este propósito y el pequeño, asustado, no pudo evitar que el aparato le cayera encima. El

pobre niño, convertido en hoguera, corrió desesperado por el lugar. Sus gritos aterradores y las llamas que devoraban las sábanas fronterizas, despertaron a los ocupantes del lugar. Todos trataron de salvarse del voraz fuego de la mejor forma posible. Corrieron hacia la oscuridad exterior. Y todos se salvaron, menos cuatro niños.

A nosotros nos pareció que el tiempo se había detenido de repente. El impacto de la muerte cercana nos golpeó hondo. Mientras las mujeres y los niños llorábamos sobre la hierba húmeda y fría, los hombres trataban de rescatar los pequeños cuerpos carbonizados entre los escombros humeantes. Gritos de dolor y frustración quebraron la noche, reviviendo un dantesco episodio.

Un rato después, cuando la claridad del nuevo día flotó indiferente sobre nuestra pena, los cuatro niños carbonizados fueron conducidos en brazos de los hombres y mujeres al hospital Rawson. Toda la distancia se hizo a pie. Vencimos los kilómetros del camino con las piernas empapadas por el rocío de la madrugada. Mi madre llevaba en sus brazos a una pequeña de dos años, envuelta en una sábana manchada de sangre y cenizas. Nunca olvidaré ese instante. La buena mujer dejaba escapar sobre sus mejillas lágrimas desesperadas. Se sentía martirizada con saña e indolencia. Llevaba consigo a la pequeña que apenas ayer corrió entre nosotros y quiso ser la alegre compañera de nuestros juegos infantiles. Su rubio pelo había desaparecido. El breve latir de su corazón habíase apagado para siempre. Ahora, de seguro, ella flotaba en aquel mundo feliz que todos, casi sin excepción, imaginábamos lejos, muy lejos de Burzaco. No olvido a mi madre aquella mañana, caminando estremecida de dolor y con la temprana muerte sostenida entre sus brazos; dolida con creces; lacerada en su alma.

Después de ese suceso todo cambió. Sonreír ya no era fácil para nosotros. Los más pequeños, a intervalos, volvíamos los rostros hacia el cielo en busca de los cuatro amigos que se nos fueron sin aviso. Los buscábamos entre las nubes intentando recuperar su alegría infantil. Pero sólo encontrábamos la visión fugaz, instantánea, de unas nubes pasajeras que corrían indiferentes hacia otro lugar. A partir de ese día hasta nuestros padres cambiaron. En sus voces habitaba la pena y en sus ojos sólo había dolor. Así se nos hizo Argentina tan dolorosa en el recuerdo. Muy amada y triste a la vez. Llena de desesperanzas y angustias... sin dejar de sernos aún querida en el dolor.

Mucho después nos tocó reanudar la marcha en busca de la esperanza. Cuba, entonces, se nos dibujó en el horizonte como una promesa y mis padres nos trajeron a La Habana, despidiéndonos de largos años de desarraigo

y sufrimiento vividos en el cono sur americano. También por allá se nos quedó abandonada toda la inocencia. La dejamos descansando sobre cuatro pequeñas tumbas olvidadas a las que la tierra siempre guardará con celo y vergüenza, como algo inextinguible.

En todo ese pasado me refugié aquella noche en el Malecón. El peso del ayer me impidió acercarme al futuro; a lo que vendría después de ese día. Me faltó esa vez poner en práctica un refrán chino que sólo vine a conocer después: *“Si te sientas en el camino, ponte de frente a lo que aún has de andar y de espaldas a lo que ya has andado.”* Si aquel día hubiera tenido conciencia de este sabio consejo, seguramente que le habría dado más importancia al porvenir. Admito que el pasado sostiene al hombre; lo prepara para sobrevivir. Un hombre sin pasado siempre será incapaz de prepararse para enfrentar con éxito el mañana. Pero esa verdad me llegaría mucho más adelante. La alcanzaría sólo con el paso de los años y a fuerza de derrotar el tiempo.

Ese día de las evocaciones nadie se fijó cuando emprendí el camino de regreso a mi casa. Recuerdo que la noche lo invadió todo y la ciudad trataba de vencer las sombras aferrándose a luces y sueños. Yo caminaba adolorido y tenso. Pero no despojado de la esperanza y menos aún de más fe en el mañana. En el hogar me esperaban mi esposa y mi hijo.

Mucho me costó asumir que serían enormes, a partir de ese día, los retos que se presentarían ante mí. Muchas veces, sólo luego lo supe, serían mayores que las propias posibilidades personales de enfrentarlos. La misma vida cuestionó tanto terco idealismo y me hizo andar con los pies bien firmes sobre la tierra. Pero no lo comprendí fácilmente. Fue un proceso largo y complejo. Yo era de los muchachos que soñaban, entonces, pelear y morir frente a sus enemigos. Era lo digno para mí. Combatir significaba realizar hazañas que todos habrían de admirar inmediatamente después de realizadas. Cuando uno es muy joven, la autorrealización se limita al afán de sobresalir por encima de los demás. Poco importa al hombre inmaduro la modestia. Su deseo es impresionar a quienes lo rodean, demostrándoles que es capaz de enfrentarse a cualquier desafío y hacerlo bien.

Debo agregar algo muy personal. Cuando conocí la historia de Richard Sorge, el ex agente soviético, mucho después y a instancias de papá, cuando mi propio padre puso en mis manos el libro maravilloso que mostraba a ese héroe singular de carne y hueso, me sentí impelido a imitarlo. No reparé en esa oportunidad en su obstinada lucha por acallar el dolor de su corazón; en

la añoranza hacia los suyos; en su terca decisión de no vacilar. Fue otra de sus virtudes la que conmovió mi sensibilidad: su heroísmo desnudo, impresionante y sugerente. Me importó, pues, sólo una parte del hombre, desechando tal vez la más importante, aquélla que podía esclarecer por qué una persona es capaz de escribir maravillosamente la página inolvidable de su propia vida. Después, sin embargo, lo aprendería. Esa gran verdad, sólo a través del tiempo y las circunstancias, la aprendería.

Hay quien supone que ser un agente de la Seguridad es cosa fácil. Yo pensé lo mismo al principio, cuando todavía no estaba preparado para serlo. Imaginaba que bastaba tener una fe ciega en la Revolución y estar dispuesto a darlo todo si llegaba el momento de la entrega sin alternativa.

Suponía que era suficiente sostener ideales y asumir motivos. Indudablemente, yo tenía los míos. Luego, llegué a otra conclusión: me hacían falta muchas otras cosas esenciales para realizar mi trabajo. No es que no sea básico poseer una gran solidez de convicciones. Eso, indudablemente, se vuelve fundamental en esta coyuntura. Pero es insuficiente.

Por supuesto, un agente con convicciones siempre conoce la razón de su lucha. Puede resultar suficiente saberse sostenido y comprometido con su carga de principios y heroísmos nacidos del seno del pueblo al que pertenece. Esto le ayuda a dar más de sí ante la adversidad y las situaciones de riesgo. Porque muchas veces uno se siente solo, aislado de los suyos. Entonces es suficiente la añoranza de las cosas que ama, por sencillas que sean, es suficiente para sentirse estimulado con nuevas fuerzas y energías.

La nostalgia es un reto a vencer. Y nadie mejor que uno mismo para ello. En fin de cuentas, el agente se desarraiga de cosas amadas para ir a cumplir una misión en un entorno extraño. Y más que extraño, casi siempre hostil e incomprensible. Además, carece de la compañía de los suyos. Le faltan los padres, la mujer, los hijos, todo lo que ama. Son etapas en que las cosas más insignificantes cobran estatura en su memoria: los ladridos del perro del vecino, la música que antes no le gustaba, los ruidos característicos de su distante barrio. La verdad: todo se le hace necesario, importante, incluso imprescindible. O mejor, casi imprescindible.

Después de haber vivido como agente pienso que tal vez lo más importante para un hombre que accede a esta tarea, es la capacidad de desdoblarse y asumir otra personalidad. Es frecuente en este tipo de trabajo que un agente asuma otra identidad, se cubra con la piel de un ser imaginario.

No sin tristeza recuerdo de qué modo, sutil y gradual, fue deteriorándose mi imagen de revolucionario ante mis conocidos y amigos, provocando que la mayoría de éstos se fueran apartando de mí. Era necesario que así fuera. Dolorosamente necesario. De hecho, dejé de ser ante mis compañeros el intransigente líder sindical, el combativo presidente de su CDR, el soñador revolucionario latinoamericano. Y me transformé, lenta e inexorablemente, en un deformado y oportunista individuo. Claro que no asumí el cambio con facilidad.

Al principio no alcancé a prever que las cosas serían así, de manera tan extraña. No lo concebía. Pero, a la larga, tuve que esconder el amor a mis convicciones en el rincón más olvidado y anónimo de mi corazón. Y en un lento, amargo y costoso deterioro, mi vida dejó de ser mi propia vida y comenzó a crecer una leyenda, la del otro Percy, la vida del hombre que había cambiado, traicionando la causa de sus padres y amigos.

Lo más triste es que tuve la completa certeza de que jamás llegaría a conocerse la verdad de mi vida y que nunca cambiaría aquella mirada de sostenido reproche que nació en los ojos de mis padres desde que comencé a defraudarlos. Tal vez para mi madre nunca existiría ya otra oportunidad de mirarme de forma diferente, orgullosa de mí, alegrándose en algo la dulce mirada llena de profundo cansancio en sus últimos años de vida. Mamá, la pobre, murió el 1 de agosto de 1981 sin poder conocer la verdad. La acompañó, como único vínculo de su hijo con la Seguridad del Estado, una corona cuya esquila decía escuetamente: *“Para Marta, de los compañeros de su hijo”*.

Hoy la recuerdo con dolor. Era pequeña y frágil. Adornaban su rostro dos hermosos ojos color esmeralda. Le encantaba vestir de completo uniforme verde olivo. Más de una vez la vi marchar oronda a su guardia de auxiliar de la Policía Nacional Revolucionaria. Fue presidenta de su Comité de Defensa de la Revolución y le imprimió dignidad revolucionaria a cada pedazo de mi calle. Por ser guatemalteca y latinoamericana, se mostró muy activa en la solidaridad con Cuba. Era de esas mujeres que hacen historia de la forma más sencilla. Para ella la lucha diaria y cotidiana, casi inadvertida, nunca dejó de ser la mejor manera de ayudar a esta tierra tan querida para nosotros. No sólo porque nos dio refugio tras nuestro incansable deambular, sino porque nos enseñó a apropiarnos de cada pedazo del horizonte ofrecido a nuestros ojos.

Un buen día mi madre se nos fue de repente. Pero, no lo hizo callada y sin lucha. Ni la propia muerte pudo arrebatarle la fe que siempre tuvo. Ya mori-

bunda exclamó: “¡Gracias, Fidel, por dejarme morir en tu tierra! ¡Che, siento no poder morir como vos moriste!” Así era mamá. Y así fue hasta los últimos instantes de su vida. Lo sorprendente en ella, en su silencioso y sencillo proceder, sin pedirle méritos ni reconocimientos a la vida y a las gentes, es que jamás nadie le escuchó revelar su condición de agente de la Seguridad del Estado cubano, durante veintiún años, con Gladis como nombre de guerra.

Siempre pensé también en mi padre, en el alto costo que le hice pagar por mi silencio. Me laceraba verlo preocupado e impotente porque uno de sus hijos se le descarriaba sin poder evitarlo. Desde su arribo a Cuba se incorporó a la lucha lo mismo que mi madre. Nunca dejó de estar cerca del Che o tratando de estarlo. Con la discreción que lo caracterizó, participó con ejemplar silencio —y en el mayor anonimato posible—, en las luchas revolucionarias que se libraban a lo largo y ancho del vasto territorio latinoamericano. Por eso casi siempre se marchaba sin aviso y pasaban meses —a veces años—, sin que alcanzáramos a verlo. Con enorme entusiasmo se hizo miliciano. Primero, en el Banco Nacional de Cuba. Posteriormente, en el Ministerio de Comercio Interior.

Tuvo el inapreciable privilegio de haber conocido al Che, a Jacobo Árbenz y a decenas de revolucionarios de nuestro continente. Siempre con su tabaco, eterno soñador en silencio, lo sostenía un romanticismo digno de admirar. Alto y obeso, sorprendía por su entusiasmo y conocimiento de la lucha de nuestros pueblos. Los que trabajaron con él, reconociéndole la admiración que provocaba, lo llamaban indistintamente El Viejo, El Don, El Maestro, El Doctor o, simplemente, Carlos.

Reconozco cuánto sufrió papá por mí. Nunca olvidaré las largas conversaciones con aquel hombre luchador; su optimismo estoico y admirable; su pena eterna por el hijo al que no alcanzaba a convencer para que retomara el camino abandonado.

Mi padre murió años después que mi madre. Pero tampoco logró verme redimido ante el pueblo. Fue muy doloroso el momento en que, por proteger mi trabajo dentro del enemigo, se determinó hacerle un entierro sencillo y sin reconocimientos. No fueron exhibidas frente al ataúd —como suele hacerse—, las condecoraciones que le habían otorgado por su batalla anónima a favor de Cuba y Latinoamérica.

Manuel Piñeiro Lozada despidió el duelo. Compréndase que no podía decirlo todo. Con mucha tristeza por la pérdida de su camarada de tantas luchas, el legendario Comandante “Barbarroja” sólo se limitó a expresar:

“Algún día se conocerá a plenitud la historia del viejo. Todos sus compañeros, aquí presentes, están comprometidos a escribirla. Fue un hombre del que hablarán con orgullo las nuevas generaciones.”

Lo triste es que nunca pude decirles a mis padres de frente: “¡Yo soy como ustedes! ¡Pienso y siento como ustedes!” Esas verdades tuve que demorarlas para el mañana de las confesiones; para el momento en que pudiera gritarlas, si es que ese momento llegaba alguna vez.

Para mí, en aquellos días, era vital el silencio discreto. Debía callar ante mis viejos. No porque no fuera hermoso lo que pudiera haberles dicho. Pero, aún faltaba mucho por hacer, y sólo las obras culminadas merecen comentario. Porque pueden tocarse o medirse.

Lo anterior fue apenas una parte de mi vida —tal vez la más sufrida—, pero sin duda esa experiencia me empujó a colaborar humildemente a construir y preservar este mundo nuevo logrado en Cuba. Con ese pasado a cuestas viví en La Habana, sin poder abandonarlo ni renunciar a lo vivido. Comprometido estaba a que me sirviera de sostén en dondequiera que yo fuera. Ese pasado se quedó muy dentro de mí, mezclado con mi inseparable nostalgia, sostenido por imborrables recuerdos habitándome cada sentimiento. Esa vida anterior fue mi bitácora acompañante desde el primer día en territorio cubano. Fue, a no dudarlo, el cimiento que debió sustentarme ante los bamboleos de la cotidianidad.

En Cuba todo había sido diferente. Entre cubanos mi familia tuvo la oportunidad de reconstruir la dignidad herida. Por un lado estaban todas nuestras viejas cicatrices, tan ancianas como nuestro propio dolor. Por otro, nos nacía la esperanza. No era difícil contagiarse en Cuba del sano optimismo que le nace a la gente cuando construye, cuando curte su piel entre la tierra y el sol de cada mañana. Cuando el sacrificio los hace capaces de aprender a sonreír ante la adversidad.

En La Habana volví a soñar. En esta bella ciudad caribeña encontré un espacio entre gentes comunes como yo. Participé en los sueños de otros porque eran también mis propios sueños. Y eran, incluso, mis propias alegrías. Aquí supe que la felicidad puede encontrarse en los atardeceres, en el frescor de la lluvia que nos limpia y revitaliza permanentemente.

CAPÍTULO 4

Un diciembre incierto

El mes de diciembre recién comenzaba y traía consigo la expectación de un tímido invierno en Miami. La gala de luces multicolores anunciaba las próximas fiestas de fin de año. La mayoría añoraba ese momento en que pudieran retrotraerse en el tiempo y rescatar del olvido la tradicional cena navideña disfrutada en Cuba, con un lechón de sabor superior al de los Estados Unidos, bajo el amparo de estrellas que en Miami no brillan como allá en su cercana tierra natal.

Dentro de mí se había consolidado una impresión personal: en esa ciudad nada habría de cambiar. En Miami todo será siempre igual. Allí, cada mes, cada día, cada momento sigue una idéntica rutina. Los invariables programas de televisión, el mismo ajeteo para las fiestas, la idéntica vana esperanza de que alguien derroque, de una vez, a Fidel Castro. Todo es previsible en una ciudad donde la costumbre se adueña de los acontecimientos y su población vive sumergida en el mismo círculo vicioso de sobrevivir más allá de su propia frustración colectiva.

Al llegar al Aeropuerto Internacional de Miami, la tarde del 4 de diciembre, de inmediato me comuniqué con Zúñiga a través del número telefónico que me había entregado. Una operadora respondió con rapidez. En segundos escuché del otro lado de la línea la voz siempre desagradable de Luis. Me saludó haciendo uso de un fingido entusiasmo, y quedó en encontrarse conmigo al día siguiente. No era necesario conversar más. Me dispuse, pues, a tomar un taxi que me llevara al South West.

Apenas bajé del auto, frente al pequeño dúplex que me servía de hogar en Miami, llamé a Viera a su casa. Su teléfono lo tenía anotado en una pequeña libreta verde. Después de los saludos de rigor, le comuniqué que traía cartas de su familia en Cuba. Y quedamos en vernos por la noche.

Un rato después, mientras disfrutaba un delicioso café preparado por mi anfitriona Mayi, me dispuse a organizar la distribución del pequeño negocio de paquetero y a llamar a los clientes para avisarles de mi llegada. Aparentemente, todo transcurriría como una reiteración de cada una de mis frecuentes visitas a Miami.

Con su locuacidad habitual, Mayi me informó de los últimos acontecimientos ocurridos en la ciudad. Con su voz peculiar, aún invadida de típicas reminiscencias fonéticas del oriente cubano, me impuso de los detalles cotidianos que siempre son iguales. Ella, a su vez, envenenada en su vejez por la obcecada propaganda de la televisión hispana, me confesó: “En Miami piensan que a Fidel le queda muy poco, pero muy poco, para caer.” Invariablemente le escuchaba repetir lo mismo. Su vieja y vana esperanza nunca la abandonaba; más bien la acompañaba con la misma insistencia que sus achaques de anciana. ¡Pobre Mayi! Siempre enredada en su lucha por recordar, sobrevivir y alimentarse con el rencor y la frustración.

Por ella supe de acontecimientos muy diversos: lo sucedido en el último programa de Cristina, cuál era la telenovela que estaba en boga y la siempre consabida predicción de que todo cambiará en Cuba. Por ella también me informé que la prensa de Miami arremetía sus ataques y todos pronosticaban la inminente debacle de la Revolución. “Esta vez sí se cae de verdad” —me dijo con un brillo mortecino en los ojos, mientras yo la miraba con compasión.

Esta humilde mujer, desarraigada de su patria por viejos odios, los cuales cargaba más por costumbre que por conciencia, sólo disponía de una alternativa: convivir inseparablemente con la rutina y un pasado de miserias diseñado, perspectivamente, por obra y gracia de la peor manipulación, para retrotraerla a su ayer con un tenaz, inamovible y obcecado masoquismo. Mayi tenía, sin embargo, una parte buena respecto a mí que me la hacía querida: su constante preocupación por mi alimentación. Según ella, debía contrarrestar en Miami la supuesta hambre que traía de Cuba; a esto se agregaban sus mimos para vencerme el catarro y una tos presumiblemente peligrosa. Todo eso me la hacía maternal y respetada a pesar de su permanente hostilidad hacia la Revolución. Supongo que habría puesto el grito en el cielo si, de pronto, se convenciera de haber compartido su casa con *un peligroso agente de Castro*. ¿Me perdonaría? No lo sé.

Esa noche llegó Viera a verme, después de salir de su trabajo en una de las dependencias de la Ford Motor Company radicadas en la ciudad. Apenas se sentó en la pequeña sala pude advertir su ceño preocupado; incluso

molesto. En su rostro no apareció ni una sonrisa. Su semblante grisáceo sólo auguraba desgracias y malas noticias. No había dudas: una tormenta sacudía su interior. Y me iba a hacer depositario de un vendaval de reproches.

Luego de hacerle varias preguntas sobre el motivo de su malestar, se franqueó conmigo. Venía preparado para hacerlo. Tenía la certeza de que Zúñiga lo estaba apartando de participar en los planes alentados por la Fundación contra Cuba. Temía, como siempre, perder protagonismo ante sus jefes de la Fundación y eso no lo dejaba vivir tranquilo. Nuevamente le aseguré que no debía preocuparse; sin él yo no aceptaría participar en plan alguno. Viera, entonces, se sintió más confiado. Sin embargo, me dijo que comunicaría a Mas Canosa todas sus preocupaciones. Según su criterio, el *Chairman* de la Fundación no permitiría que lo echaran a un lado cual perro sarnoso. Así me lo aseguró más de una vez esa noche mientras conversábamos. Y esa convicción, junto a mis promesas, lo serenó un poco más.

Las constantes dudas de Abel Viera sobre su futura participación en los planes previstos por la Fundación, me creaban una situación sumamente controvertida. Por un lado resultaba importante mantener mi relación con él, pues era una fuente todavía útil. A través de Abel yo podía conocer importantes aspectos de la organización terrorista, y bastante acerca de los problemas internos de la misma. Pero, al mismo tiempo, estaba obligado a acatar las indicaciones que, de seguro, recibiría en el futuro con respecto a la decisión de compartimentarlo en lo referente a los planes y, sobre todo, de mi participación en los acontecimientos más adelante.

Me dispuse, entonces, a actuar de acuerdo con mis futuros contactos con Zúñiga y otros directivos del grupo terrorista. Por el momento, había llegado a una conclusión: ésa era la mejor forma de actuar. Mantendría mis relaciones con Abel, tratando de sonsacarlo, y a la vez lo apartaría de los detalles según lo orientaran sus jefes. A fin de cuentas, ése era el mismo criterio de mis superiores.

En la noche del día 5 de diciembre, oscura y silenciosa, volví a hacer contacto con Zúñiga Rey para continuar mis encuentros con la gente de la Fundación.

Una mini van blanca, marca Dodge y de año impreciso para mí, se detuvo en el parqueo del Sedano's Supermarket de la 8 y la 24, en el South West, donde yo me encontraba esperando a mi recién estrenado jefe dentro de la Fundación. Apenas se ubicó en un área poco iluminada del estacionamiento,

me dirigí hacia el vehículo. Dentro de él estaban Luis y Abel, en compañía de un desconocido que hacía las veces de conductor. “*Empiezan a aparecer los otros pejes*” —pensé para mis adentros mientras me introducía en el asiento delantero, cerca del nuevo personaje que me tocaría conocer esa noche.

Ofreciéndome su mano en señal de saludo, Luis me presentó al desconocido: un hombre obeso con cara bonachona, en cuyos ojos encontré una fría señal de peligro a la cual tendría que acostumbrarme.

—Mira, Percy, él es Alfredo Domingo Otero, quien te atenderá a partir de ahora en todo lo relacionado con los planes que conversamos. Es un hombre de gran experiencia y, además, es el jefe de operaciones especiales de nuestro grupo.

—Mucho gusto, es un honor conocerlo —le dije al Gordo con respeto, mientras él me devolvía una sonrisa.

El hombre, un terrorista de larga experiencia, según supe después, tomó de inmediato la palabra:

—Percy, hemos trazado con Zúñiga un plan de acción bien específico: nuestro primer paso será introducir en Cuba, por vía marítima, una determinada cantidad de explosivos y medios incendiarios, algunas pistolas de alta precisión y algo de propaganda del Frente Nacional Cubano. Pensamos que tú debes crear las condiciones necesarias para que estos medios se introduzcan allá. Nosotros lo podemos hacer a partir de dos formas lógicas y garantizando el menor riesgo posible. La primera, que ustedes lo recojan en alta mar. La segunda, que nosotros lo dejemos en un lugar de la costa seleccionado por ustedes.

—Previendo esto, Otero, me dediqué en días pasados a recorrer la faja costera del norte de La Habana y encontré varios lugares en los que ustedes pueden dejarme las cosas. Es cierto, debemos estudiarlos más. Pero me parecen sitios bastante seguros para eso.

—Con independencia de lo que has hecho, consideramos, Percy, una variante más segura: encontrarnos en alta mar. Abel nos ha dicho que tú cuentas en Cuba con un pequeño grupo de gente de confianza. Quisiera me explicaras quiénes son y si se puede garantizar la operación con su participación.

Dediqué largo rato a explicarle la historia ya ensayada sobre la célula que tenía en Cuba y fui respondiendo a las preguntas de Otero.

Al terminar mi explicación, exhaló un largo suspiro y me observó como si tratara de encontrar una señal de peligro. Pero en mis ojos sólo halló lo que

esperaba encontrar para inspirarle confianza, pues, de inmediato, me lanzó una pregunta en pleno rostro:

—¿Crees que el barco de Bichicho puede llegar hasta alta mar sin problemas?

—Bueno, Alfredo, el barco está bueno, aunque hay que repararle el motor y para eso hace falta dinero. La otra cosa es la brújula tan sencilla que me entregaron: no creo sirva de mucho. El propio Bichicho considera una mejor opción: buscar un compás magnético. ¿No opina usted igual?

—Por eso no debes preocuparte. Te daremos el compás y también dinero para que arreglen el motor del barco. ¿Será suficiente?

—Con eso basta —respondí sosteniendo su mirada.

—La otra cosa es que, a partir de este momento, sólo contactarás conmigo para discutir nuestros planes. La gente del grupo me ha designado para atenderte y prepararte personalmente. Tengo bastante experiencia en estos asuntos; haré de ti un clandestino experto.

—Eso me alegra mucho —dije ofreciéndole la mejor sonrisa que pude encontrar dentro de mí.

—Pierde cuidado, todo saldrá bien. Llevo muchos años en esto, mi amigo. Trabajé mucho tiempo para la CIA y estuve involucrado en decenas de actividades contra los comunistas. No sé si has sabido sobre el buque Rex. Allí estuve organizando desembarcos de gente en Cuba para atacar aquello. ¿Te das cuenta? A pesar de que les dimos a los comunistas con todo, nunca llegaron a capturarme, ni jamás me sucedió algo malo.

—Me gusta la gente como usted, Otero —le dije mientras le regalaba una mirada plétórica de admiración y adulonería. *“De todas formas —pensé— nada se pierde con eso y se gana mucho con esta gente.”* Si de vanidad se alimenta el lobo, era mejor llenarle la panza con ella y no con las dudas.

El Gordo se sintió vanagloriado en su amor propio y me dio un apretón en el hombro izquierdo con una de sus manos. Se mordió el labio inferior donde aparecía la huella de que este gesto era habitual en él. Luego continuó, asumiendo un aire doctoral, dirigido evidentemente a impresionarme:

—Hemos pensado bien los pasos a dar. Nuestro plan es simple. Cuando ustedes tengan las cosas en Cuba, lo demás corre por tu cuenta.

—Todo eso está bien. Pero todavía tengo una enorme cantidad de dudas, Otero —confesé con aparente franqueza.

—No te preocupes, te explicaré todo al detalle. Mira, nuestra idea es que salgas con el barco y te ubiques en la zona entre Santa Fe y Jaimanitas. Después, deben dirigirse unas diez o doce millas mar afuera, siguiendo el norte franco, y en ese rumbo los encontraremos.

—¿Pero cuándo será eso? —inquirí—. Se lo pregunto porque, para salir de pesquería en Cuba, primero hay que pedir permiso.

—Tampoco te preocupes por eso. Te avisaremos por teléfono a tu casa tres días antes de que deban salir. Recibirás una llamada desde Canadá en la que una mujer te dará la señal. Ahora bien, volviendo al tema de la entrega de las armas y de los explosivos, te encontrarás en alta mar con una lancha tripulada por cinco hombres, uno de ellos será Abel. Él irá en este viaje para que ustedes estén seguros de que no habrá problemas ni confusiones. ¿Esta claro?

Le respondí con un gesto afirmativo.

—Un aspecto importante de la operación es conocer cómo ustedes actuarán allá —continuó él—. Nosotros les entregaremos cuatro bombas con sus respectivos aparatos de relojería; necesitamos garantizar la explosión de estos artefactos, a la vez, en los hoteles que ustedes escojan. Recuerda, dentro de esos hoteles no debe faltar el Nacional. ¿Ok?

Se detuvo un momento. Parecía interesado en recordar todo lo que ellos habían preparado para atentar contra Cuba. Luego continuó:

—Hemos pensado entregarte varias cápsulas que contienen fósforo vivo. Se parecen mucho a las pequeñas latas de mentol chino, para que ustedes también las coloquen en teatros y cines. ¿Te imaginas la que se armará? Castro no resistirá estos atentados.

—¿Todo eso tendremos que hacerlo en diciembre? —pregunté aparentando sorpresa.

—¡Claro, amigo! Todas estas acciones deben ustedes realizarlas al mismo tiempo. El efecto será desastroso. Serán unas Pascuas que Castro jamás olvidará.

—Bueno, Otero, debo confiarle una preocupación: somos pocos para hacer tanto desastre...

—Descuida, ustedes lo harán. ¿No has pensado que a tu gente se le pagará muy bien cuando los traigamos a Miami? Serán recibidos como héroes, Percy. No lo dudes.

—Si es así, no se preocupe —respondí con firmeza.

—¡Yo estoy seguro que no nos harás quedar mal! —me dijo casi apretándose sobre mí, lleno de entusiasmo.

La alegría de Otero se fundamentaba en una única esperanza: pronto se vería con mucho dinero en los bolsillos. *“Él es como todos”* —pensé al observarlo fijamente. Porque para ellos el terrorismo y la política son una misma manera de lucrar. No había la menor duda, el Gordo me asumía como un prometedor motivo para escalar dentro de la Fundación y mejorar econó-

micamente. Otero tenía la certeza de que si todo fructificaba favorablemente, recibiría de sus jefes un tentador premio combinado de prestigio y dinero. La suerte soplaría a su favor. Y sumando estos ingresos a los dólares que ingresaban a su cuenta por la tienda de antigüedades, según sus cálculos, tendría la vejez asegurada. En el fondo había comprendido que la lucha contra Castro —para él—, ya no tenía un sentido político. Su anticomunismo se había convertido en un lucrativo negocio.

—¡Coño, Percy! Si le damos este *paletazo* a Castro, mejorarán las cosas para todos. Estoy seguro. Ya me veo en Varadero con una mulatona, tomándome todos los ronques que quiera y, desde luego, por lo menos alcalde de alguna ciudad cubana. ¿Te imaginas?

—Y yo casi seguro seré representante a la Cámara —se atrevió a murmurar Viera con un indescifrable brillo en la mirada, muy parecido al que se tiene cuando se acaricia un sueño.

—¿Y usted, Luis, que será? —le pregunté.

Zúñiga me miró fijamente. Sé que él también, igual a los otros, buscaba en su personal ambición, un lugar más lejos, soñando con acercarlo en lo posible a sus manos. Luego, me respondió con parsimonia:

—¡Hum! Yo estaré donde la Patria me necesite, caballeros.

—No comas mierda, Luis, no estás ante las cámaras de la televisión —le interrumpió Otero con una carcajada—. A ti te fascina la gloria y, si no estuviera Jorge en el medio, te gustaría ser Presidente de la República de Cuba cuando tumbemos a los comunistas.

—¡Vete p' al carajo! —se limitó a responderle el aludido con evidente enojo.

Luego que el gordo Otero sació su hilaridad, Zúñiga tomó nuevamente el mando de la conversación, haciéndonos regresar a todos a los planes terroristas concretos que preparaba la Fundación.

—Vamos a dejar el relajado a un lado, caballeros, somos gente seria y debemos tratar otros asuntos —nos urgió. Después, se dirigió a mí—: Quiero pasar a otras cuestiones importantes. Creo, ante todo, en la necesidad de dimensionar el Frente internacionalmente. Percy, te daremos una buena cantidad de pegatinas para que las coloques en La Habana, preferiblemente en centros turísticos, en agencias de prensa y organismos del Estado. La gente debe comenzar a preguntarse qué es el Frente Nacional Cubano y empezar a conocer su existencia.

—¿Y cómo haré para pasar las pegatinas por el aeropuerto? —pregunté asumiendo un franco tono dubitativo.

—No debes preocuparte. Las pegatinas irán escondidas en contenedores con doble fondo, por lo que es difícil, casi imposible, que sean detectadas al pasar la frontera. Nadie se imaginará que en una lata de café, por ejemplo, vas a introducir propaganda enemiga —aseguró Otero.

—Bueno, si usted lo dice —respondí—, creo que lo mejor será no preocuparme.

—¡Claro, muchacho! —dijo el Gordo, eufórico—. Yo siempre garantizo el éxito de las misiones que dirijo. Ya lo verás más adelante. Nada fallará —hizo una pausa, respiró un poco de aire, y continuó—: También es importante para nosotros que te dediques a buscar toda la información posible sobre algunas cosas que nos interesan en particular —apuntó.

—¿Hay todavía más? —pregunté volviendo a aparentar un sincero asombro.

—Esto es el inicio, sólo el inicio, Percy —me aseguró Otero—. Quiero que nos informes permanentemente sobre los movimientos de Castro dentro del país, su estado de salud y el de otros dirigentes. Nos interesa, por supuesto, el estado de ánimo de sus colaboradores más cercanos y, sobre todo, si él piensa viajar, hacia dónde, cuándo y la forma en que hará el viaje. A estos datos les prestamos especial atención.

Nuevamente se detuvo para aspirar aire y me miró buscando una señal de comprensión. Cuando se percató que le respondí con una señal afirmativa, continuó:

—Sobre la zafra azucarera también necesitamos información; nos interesa todo lo relacionado con los sistemas de vigilancia establecidos en los ingenios azucareros y su potencial vulnerabilidad.

—¿Me estás hablando de todos los ingenios azucareros del país? Si es así, son muchos para lograr hacer ese trabajo, Otero —le interrumpí.

—Son muchos, claro, pero trata de averiguar sobre los que puedas, fundamentalmente los del occidente de Cuba.

—¡Coño, Otero, voy a necesitar una buena agenda para recordar todo esto! —dije en tono de broma.

—Debes confiar en tu memoria, Percy. Un buen agente está obligado no sólo a una memoria excelente, sino a entrenarla a todas horas. Mira, no he terminado. Debo pedirte que averigües acerca de todo lo que tenga mucho interés para nosotros.

—Según veo, todo lo de *allá* les interesa a ustedes.

—Claro, nos interesa todo lo que pueda golpearse para derrocar a Castro. Es importante, por ejemplo, ubicar todas las redes hidráulicas, las pre-

sas, las micropresas, los sistemas de vigilancia establecidos en ellas. De la misma forma, necesitamos conocer la situación del abastecimiento de petróleo y todo lo relacionado con este combustible. No quiere decir que te dediques a esto apenas regreses a Cuba. Por ahora lo principal es el asunto de las bombas. ¿Está claro? Lo otro, aunque es importante, será una tarea permanente para ti. Irás buscando información en la medida de tus posibilidades. Pero, no te precipites.

Luego de este largo parlamento, Otero hizo silencio. Se dedicó, entonces, a observarme para comprobar si lo había asimilado todo. De momento, me había comunicado los planes precisos que, la noche anterior, Jorge Mas Canosa y Pepe Hernández le habían transmitido en algún lugar de Miami.

Todo estaba claro para mí. Traté de grabar en mi cerebro cada uno de sus intereses. Era importante, para ellos, conocerlo todo sobre el Comandante en Jefe. De esa información dependería un posible golpe para quitárselo de arriba definitivamente. En su interior, muy dentro de sí, Otero y los otros se regocijaban soñando con que, si liquidaban a Fidel Castro, serían vistos como *la salvación* de Cuba.

—Bueno, Otero, creo que ya entiendo lo que ustedes esperan de mí —le dije con falso entusiasmo y sacándolo de sus meditaciones—. Para mañana es necesario que ustedes me entreguen el compás magnético, las pegatinas y un poco de dinero para cubrir mis gastos.

—No te preocupes, mañana tendremos todo preparado —aceptó Otero.

Nos despedimos bien entrada la noche. Cada uno marchó experimentando una sensación bien diferente. Otero, de seguro, disfrutaba un triunfo, en verdad, inalcanzable. Se veía admirado, envidiado por todos, lleno de plata. En ese pensamiento coincidían Luis y Abel. Yo también experimentaba una sensación de regocijo, mezclada con una dosis abundante de preocupación. Lo que me urgía, sin embargo, era alertar cuanto antes a los míos y evitar que esos planes pudieran pasar inadvertidos para Cuba.

Al día siguiente, 6 de diciembre, volví a encontrarme con mis jefes de la Fundación en el mismo parqueo del Sedano's Supermarket. La noche anterior, y parte del día, había organizado mis ideas empeñado en tener plena conciencia del alcance de los planes terroristas. Ellos arribaron al lugar en un oscuro Cadillac. En esta oportunidad Alfredo Domingo Otero llegó acompañado de su inseparable Luis Zúñiga. Advertí, de inmediato, que Zúñiga y

Otero no disimulaban su entusiasmo y saboreaban, desde ahora, unos triunfos que estarían muy lejos de alcanzar.

Una vez dentro del oscuro Cadillac, manejado por Otero, escuché su voz que ya se me había hecho familiar:

—Conmigo ha venido el amigo Zúñiga, Percy, él tiene algunas cosas que conversar con usted.

Zúñiga carraspeó levemente su garganta. Pretendía asumir una conducta docta y reflexiva. Todo en él era aparente refinamiento, diplomacia, exagerada modulación al hablar. No esperó a más; inició de inmediato la conversación.

—Alvarado, amigo mío, no se imagina lo contentos que estamos de trabajar con usted. Con personas así, como los que ahora luchan contra Castro, el comunismo no resistirá mucho más. Por eso nos desvelamos, los apoyamos, nos sacrificamos junto a ellos, sin importar lo que nos cueste. La Patria que lucha contra los comunistas le está a usted muy agradecida, Percy, y no lo olvidará. Ni ella, ni nosotros. Cuando derroquemos a Castro, usted ocupará importantes posiciones en el nuevo gobierno en premio a su colaboración. Por supuesto, vivirá muy bien. Eso se lo dije ayer y hoy se lo reitero.

Lo observé con cierto asombro, preguntándome la causa de su repentina verborrea. Posiblemente ensayaba conmigo un discurso que, en otro momento, repetiría a otro incauto al que sumaría a *su lucha* contra el comunismo. Traté, sin embargo, que mi asombro se transformara en una sonrisa llena de orgullo y complacencia. En tales circunstancias no podía hacer otra cosa y, evitando la repulsión que sentía dentro de mí, me alcé un poco del asiento y me abracé a él.

Otero rompió la aparente emoción del momento. Lo disfrutaba intensamente. Se sentía importante; indispensable. Toda esa sensación de euforia la volcó en sus palabras.

—Amigo —me dijo despacio—, le reitero las indicaciones que le di ayer sobre la búsqueda de información. Como puede desprenderse de nuestra solicitud, sus datos nos servirán para minar después la base económica de los comunistas. A partir de la información que usted nos ofrezca, tomaremos medidas muy serias para golpear precisamente allí donde más le duela a Fidel Castro.

—Cuenten conmigo para ello... —empecé a decirles, pero fui interrumpido por Zúñiga:

—Quiero que usted también nos ayude a trasladar dinero y medicinas a Cuba para otros combatientes nuestros. En este caso, por favor, lleve esto a

un luchador por los derechos humanos en la ciudad de La Habana. Contiene medicinas y un poco de dinero —simultaneando la palabra y el gesto, Zúñiga me extendió un pequeño paquete envuelto en una bolsa plástica que contenía lo antes descrito, acompañado de un papel con un nombre y una dirección.

—Descuide, personalmente se lo entregaré —le dije, mientras pensaba que la Seguridad cubana estaría interesada en conocer los vínculos entre este supuesto luchador por los Derechos Humanos, en el interior de la Isla, y la Fundación terrorista.

Coloqué el paquete al lado mío. Mientras realizaba esta operación, Otero se removió en el asiento delantero del Cadillac, presa de una gran impaciencia. Y le robó la palabra a Zúñiga, como si temiera perder ante mí el protagonismo que amenazaba arrebatarle su socio de correrías.

—Amigo mío —me dijo apresuradamente—, es importante que usted se dedique a estudiar el movimiento de las lanchas torpederas frente a la ciudad de La Habana. Le ruego que determine, con la mayor precisión posible, cuántas se mueven frente a las costas, a qué horas se cruzan entre sí, en qué momento cede la vigilancia. Esto es importante para nosotros y, por supuesto, para nuestros planes futuros.

—¡Delo usted por hecho, Otero! —apunté con seguridad—. Todo lo que ustedes me indican trataré de cumplirlo y traerles respuesta para el próximo enero. Pero existe un problema que quiero comunicarles. Tengo una preocupación muy grande y no debo callármela más.

Me miraron interrogativamente; animándome a abrirles mi corazón. De los dos, Otero fue quien más impaciencia mostró. Con una exclamación surgida de su curiosidad, me conminó a continuar:

—¡Coño, Percy, suéltala de una vez!

—Estando en La Habana —proseguí—, tuve la oportunidad de hablar con un viejo quien me comentó que conocía a Zúñiga. También dijo que usted, Luis, le había dado el número 18 como seudónimo —no fue necesario que yo hiciera mucho esfuerzo para comprobar que mi interlocutor palidecía.

—¡Sigue, sigue! —casi gritó Otero mientras Zúñiga trataba de balbucear unas palabras.

Continué mi comentario aparentando total tranquilidad y percatándome que dominaba la situación. Aunque, en realidad, estaba intranquilo. Debo admitirlo: desde que se fraguó este plan, había tenido mis dudas sobre su efectividad.

—Me preocupa que ustedes se vinculen a gente que suelta fácilmente la lengua ante cualquiera. Son conspiradores de pacotilla —les dije en tono de

reproche—. No me gusta que ustedes puedan hablar con ellos sobre mi persona. ¡Óiganme bien los dos! Me ponen en peligro y les juro que los mando p' al carajo y no les vuelvo a ver la cara. Mi cooperación con la causa sólo la conocen ustedes y Viera. No quiero pensar que vaya a ocurrirme algo por el descuido de un tremendo comemierda como ese viejo de La Habana. ¡Si las cosas son así, me lo dicen, y todo se acabó!

Otero y Zúñiga me observaron sorprendidos. Sobre ellos había caído un témpano de hielo. No entendían cómo este tipo afable que habían visto en mí, se les mostraba, de pronto, transformado en una fiera peligrosa y explosiva. Ambos lucharon por definir quién hablaba primero. Finalmente, Zúñiga le robó la iniciativa a Otero.

—Ese tipo que dice conocerme es un mentiroso —se defendió—. No conozco a alguien que se llame así, y tampoco recuerdo que haya otra persona que trabaje en Cuba para mí. Usted puede estar seguro Percy que, salvo nosotros, no existe otro individuo que conozca nuestros vínculos. Puede estar tranquilo. Su seguridad es lo primero para la Fundación.

—Así lo espero —les dije usando un doble sentido—: Recuerden que *mi seguridad* es lo primero para mí. No quisiera que se olvidaran de eso y metieran la pata.

En definitiva, Otero tomó la palabra para calmar la tensa situación que se había creado. Conocer sobre el error de Luis era para él una carta de triunfo que guardaría bajo su manga y utilizaría cuando le hiciera falta. Pero, ahora, le preocupaba resolver lo relacionado con la ejecución de los planes; sobre todo, los movimientos vinculados con el abastecimiento por vía marítima. Una demora en esto pudiera resultar contraproducente para su trabajo.

—Percy, estamos convencidos que existen condiciones adecuadas para efectuar la entrega de las armas y los explosivos —dijo asumiendo un tono ceremonioso, muy suyo, y reiterando la explicación del día anterior—. Le daremos cuatro bombas, debidamente armadas, que usted hará detonar especialmente en hoteles y restaurantes de La Habana y Varadero. También le daremos varias cajitas similares a las de mentol chino con fósforo vivo, para ser colocadas en cines y lugares públicos. Respecto a las armas, recibirá una pistola Llama, calibre 22, con silenciador, inmejorable para efectuar atentados en un futuro; y dos revólveres Colt 38. Estos últimos serán usados como medios de protección para los miembros de su célula. La operación de entrega se realizará antes de la tercera decena de este mes, en un lugar ubicado en alta mar, sobre las diez y las doce millas náuticas, siguiendo el norte franco desde Jaimanitas a Santa Fe. En esta oportunidad contactará con una em-

barcación tripulada por cinco personas, entre ellas Abel Viera. Usted, desde luego, no debe preocuparse por todo este alijo y cómo introducirlo en Cuba. Le llevaremos una gran cantidad de pescado fresco para justificar ante las autoridades cubanas la salida a pescar. De esta forma ellos pensarán que realizaron una faena exitosa.

—¿Se mantiene entonces todo lo que me dijo ayer?

—Exactamente. Si se lo repetí todo, fue para que tuviera bien claro qué hacer. Le aseguro, Percy, la operación funcionará como un reloj, pues no creo que haya complicaciones ni dificultades en nuestros planes. Respecto al dinero no se preocupe; en el viaje le llevaremos una determinada cantidad para ser empleada por su célula de acuerdo con los gastos que necesite hacer. Lo importante es joderle el fin de año a Castro. ¿Ok?

—No tengo duda alguna —sentencié, mirándolo nuevamente a los ojos.

—Por último, es necesario que vaya averiguando cómo puede organizar una firma comercial en Cuba —me dijo Otero—. Tenemos pensado que esta fachada suya nos servirá para introducir propaganda y explosivos con vistas a abastecer en un futuro a la gente que lucha en la Isla. ¿Le parece bien?

—Está claro, Otero. No creo que sea difícil. Lo único que faltaría es el capital —le comenté con fingido entusiasmo.

—Pierda cuidado, en su momento contará con el dinero suficiente. Antes que se vaya, quiero hacerle entrega de un compás magnético, las pegatinas y dinero para los gastos. ¿Bien?

Asentí con la cabeza. Guardé, junto al paquete para el disidente, los objetos que Otero me entregó. Después, miré hacia fuera con desgano; suponiendo que nuestro encuentro había terminado.

Cuando la noche empezaba a alejarse para dejar espacio a un nuevo día, el auto se puso en marcha. Un profundo silencio se apoderó de todos durante el breve tiempo en que el vehículo nos trasladó hacia mi casa del 703 SW 25 avenida. Al bajarme, hubo fuertes apretones de mano y un júbilo mal disimulado invadió nuestros corazones. Los terroristas de la Fundación estaban realmente optimistas. Tenían la certeza que el fin del año 1993 podría ser el inicio de la caída de la Revolución; se esperanzaban en ser protagonistas principales de estos hechos. ¡Qué incautos!

El 8 de diciembre, en horas del mediodía, retorné a La Habana cargado de noticias e inquietudes. El cielo encapotado teñía de un gris claro el rostro de la ciudad. Un bullicio habitual se dejaba sentir en el aeropuerto de nuestra

capital. Unos llegaban llenos de alegría; otros se sumaban a la parte que se iba, cargada de tristeza o de añoranza, por los días inolvidables vividos en Cuba.

Yo, en parte, estaba contento. Regresaba sin novedad ni contratiempos luego de otro viaje a la guarida de la mafia. Aparentemente la medida aplicada contra Zúñiga había resultado exitosa y ello tranquilizó mis inquietudes. Si lográbamos sacarlo del juego, se neutralizaría. A la vez, neutralizado el agente 18 de la Fundación en La Habana, podría afianzarme ante los ojos de estos terroristas como la opción más favorable. Por mi parte, sin Zúñiga, surgirían otros mercenarios cuya identidad y participación en actos de agresión a Cuba habría que establecer.

Al salir del aeropuerto me encontré con los ojos amados de mi esposa. La abracé con ternura; comprendí que realmente la quería aunque a veces fuera parco en demostrárselo. Entonces agradecí, lo confieso, la compartimentación con la que realizaba mi labor. Gracias a ella evitaba mucha angustia a mis seres queridos.

Pese a todas estas reflexiones, fuentes de cierta desazón, me sentía sin duda alguna contento a mi regreso a La Habana. Traía conmigo, una vez más, un conjunto de informaciones valiosas para la Contrainteligencia cubana. Ellas servirían para prepararnos ante la amenaza que se gestaba dentro de la Fundación.

Pensé que todo ahora era, de nuevo, cuestión de tiempo y de saber tomar la iniciativa en el momento indicado. Disponíamos, pues, de casi un mes para evaluar la información obtenida a través de mis contactos, tomar las medidas pertinentes y prepararme adecuadamente para el próximo paso. De esta forma, habíamos logrado colocar al enemigo en una situación de espera; similar a la que nosotros nos encontrábamos cuando aguardábamos, impacientes, las acciones que ellos planeaban ejecutar en los próximos meses.

Para mis jefes estaría claro —razonaba yo—, que la Fundación haría todo lo posible por concretar sus planes terroristas. Había que evitar a toda costa que los mismos se realizaran. Eso, para mí, como para ellos, era cuestión de honor.

CAPÍTULO 5

La Isla prepara su respuesta

El amanecer sorprendió al capitán Fuentes recostado en su sillón. Había reflexionado acerca de todos y cada uno de los acontecimientos expuestos en mi informe. No alcanzo a calcular cuántas veces leyó hasta el agotamiento, en la búsqueda de algún nuevo elemento. Bajo la mirada imprudente de las sombras reiteró muchas veces su lectura. El oficial intentaba advertir las decisivas respuestas que esperaba.

Para Lillo, ésta fue, sin dudas, una larga noche de estudio y análisis. Era casi un adicto a esas largas jornadas nocturnas en que uno piensa y se reitera en el pensamiento sin lograr el sueño. Esta vez, sin embargo, le satisfizo permanecer en su oficina y abstraerse; encerrarse en su personal intimidad para descubrir, con la mayor certeza posible, el secreto que pudiera ocultarse más allá del papel y los símbolos de mi escritura irregular, en franco desafío a sus propias fuerzas y a su permanente necesidad de sueño.

Para el Capitán la reflexión en que estaba empeñado le imponía, esta vez, colocarse no sólo en mi lugar, sino en la propia piel del enemigo. Si aspiraba, de veras, a desentrañar sus secretos, debía asumir el modo de pensar de los terroristas. *“Sólo así neutralizaremos el complot en que andan”* —repetía a sus subordinados cuando éstos lo sorprendían en medio de aquellas intensas vigili­as, tan frecuentes en él, que siempre dejaban en su rostro profundas ojeras y un ánimo de pocos amigos.

No era raro, empero, que este oficial de la Contrain­teligencia cubana hubiese robado horas al sueño esa noche del 9 de diciembre. Aunque todo en su entorno estaba debidamente compartimentado, no implicaba dificultad alguna confirmar que una gran preocupación —de grandes proporciones— embargaba su pensamiento. Por tanto, pese a la impresión generalizada de

que el oficial había convertido en un hábito su permanencia en la oficina hasta horas avanzadas de la madrugada, esta vez, según el consenso de sus cercanos compañeros, tenía sobrados motivos para hacerlo.

En más de una oportunidad, si el trabajo lo llenaba de ansiedad, se encerraba en un hermético mutismo para pensar a plenitud. Era su estilo. No en vano desde su estreno en este tipo de actividad, descubrió que un oficial de contraespionaje está obligado al análisis minucioso de cada acontecimiento. Y, a la vez, debe desentrañar, a la vez, lo oculto detrás de cada hecho. Sólo de ese modo coherente es posible, aunque no siempre, interpretar la verdadera intención detrás de sucesos en apariencia intrascendentes. *“Frecuentemente el enemigo envía señales”* —se repetía a sí mismo—, convencido de la importancia, en esos instantes, de llegar a determinar si esas “señales” corresponden a planes verdaderos o, simplemente, forman parte de un juego de desinformación. *“La realidad y la trampa andan juntas en el contraespionaje* —pensaba Fernando—, *y uno está obligado a diferenciarlas.”* En este caso concreto, según concluía, debía hallar la verdad de la misma manera. No quedaba otra opción. Sólo esa. Las coordenadas estaban bien claras.

La Fundación, por una parte, se mostraba desesperada por hacer algo en Cuba y provocar el derrumbe inmediato de la Revolución. Su desasosiego respondía a una acción precipitada, con el objetivo de alcanzar un aplastante protagonismo en momentos difíciles para el socialismo a nivel mundial. Lo peligroso de esta corriente residía en que la Fundación contaba con poderosos recursos financieros para llevar a cabo sus proyectos terroristas. Por otro lado, el mismo desusado nivel de desesperación los hacía cometer errores con frecuencia —más de uno inclusive—, ejemplificados en el reclutamiento de los agentes 18 y 22, ya neutralizados, y en el propio contacto inicial realizado conmigo sin haber llevado a cabo aparentemente una elemental verificación previa.

Asimismo, la envvergadura de los planes que yo había comunicado a la Jefatura no dejaba lugar a dudas de lo peligroso y tenso de la situación. Era urgente actuar con rapidez. Se requería comprobar, en primer lugar, si no se trataba de una operación desestabilizadora. *“Por eso mismo uno no puede arriesgarse* —reflexionó Fernando—, *y hay que verificarlo todo muy bien.”*

Eran casi las siete de la mañana cuando el Capitán tenía ya formada una idea de los planes de la Fundación. Sin duda, varios de sus directivos habían diseñado una estrategia terrorista, a gran escala, contra Cuba. Para lograr sus planes constituyeron, en primer lugar, el Frente Nacional Cubano, tam-

bién conocido como Comisión de Seguridad o Grupo Paramilitar, el que fungiría como brazo armado secreto de su organización. Esta prolongación de la Fundación estaría encargada de realizar acciones violentas contra instalaciones turísticas en Cuba. El propósito estaba bien definido: desestimular el turismo. Con ello se afectaría la principal vía de ingresos en divisas para el país, pues esta actividad se había convertido en la locomotora de la economía cubana.

De la misma forma, este grupo paramilitar se encargaría de introducir, mediante el ilegal tráfico marítimo, diversos medios incendiarios, explosivos y armas para realizar acciones violentas capaces de afectar la estabilidad política, social y económica cubana. Para ello ya estaban entrenados varios agentes encargados de realizar tales misiones. Por suerte, se habían detectado a los agentes 18 y 22, en quienes se empleó la modalidad de captar a personas, residentes cubanos, que visitaron los Estados Unidos para reencontrarse temporalmente con sus familiares.

En otra dirección, la captación enemiga de agentes se dirigió hacia un residente extranjero en Cuba, como ocurrió en mi caso particular. No mostraron reparo en acercarse a decenas de personas para involucrarlas en sus planes terroristas. Su objetivo, a fin de cuentas, era propiciar la caída de la Revolución costara lo que costara. La Fundación, según todo lo indicaba, preparaba algo gordo desde hacía meses y no descansaría hasta lograrlo.

También llamaba la atención el propósito de orquestar una campaña internacional dirigida a enmascarar estas acciones como resultado del accionar de grupos de militares cubanos disidentes. En la medida que estos artefactos fueran explotando, la Fundación establecería un movimiento dentro del Senado norteamericano y, a la vez, en aquellos países donde contaban con apoyo y reconocimiento de los gobernantes proclives a entregar ayuda a los luchadores anticastristas. Como siempre, una vez más edificarían sus campañas contra Cuba sobre la base de la mentira y la difamación.

El Capitán no tenía duda alguna de lo peligroso de la situación. De realizarse estos planes, las consecuencias serían desastrosas para el país. Y llegó a la conclusión de que había que detenerlos, pero sin afectar la penetración que ya habíamos ejecutado. Por tanto, enviaríamos señales a los enemigos sobre la imposibilidad de emplear la vía marítima para introducir las armas y los explosivos. En este sentido era importante recrudecer la vigilancia en la frontera y así aumentar la ronda de las “cigarretas” en la región noroccidental de la Isla. Yo, por ejemplo, bien podría llevar información preparada al respecto y, por otros canales, fortalecer esa idea. Desde luego, antes de consul-

tar a sus superiores, Fernando se disponía a discutir estas apreciaciones con sus subordinados responsables del caso. Por ello, a pesar del cansancio acumulado, los mandó a localizar para conocer sus opiniones al respecto.

El bullicio aumentaba en las calles aledañas a la unidad y la ciudad había despertado cuando, a la oficina del capitán Fuentes, entraron los oficiales encargados del caso. Fernando tenía absoluta confianza en estos jóvenes que, casi a diario, demostraban una gran experiencia en el trabajo de contraespionaje. Casi recién graduados, la insistencia enemiga por agredir a Cuba los había entrenado aceleradamente, convirtiéndolos en oficiales avezados.

Al verlos llegar, una mezcla de tristeza y satisfacción se apoderó del Jefe de Sección. Era doloroso que Cuba se viera obligada a destinar tantos jóvenes a las tareas de la defensa. Bien pudieron ellos haber sido médicos, ingenieros u otro profesional. *“Pero el enemigo nos ha impuesto a los cubanos este costo tan alto”* —reconoció el Capitán. Por otra parte, le alegraba contar con colaboradores tan eficientes. Lo mismo Hugo que Jacinto habían participado activamente en el enfrentamiento a las principales organizaciones contrarrevolucionarias internas y en el exterior. Y a pesar de las características personales que los diferenciaban, integraban un equipo cuyos resultados eran sobresalientes en el trabajo operativo.

Hugo, pequeño de estatura, con un enorme bigote dominándole el rostro, poseedor de un cabello rebelde al que cualquier peine hubiera desistido de ordenar, se destacaba por su capacidad para procesar la información más diversa. También por su sagacidad y poder analítico. Jacinto era mucho más operativo. Muy directo. Denotaba, al mismo tiempo, una alta capacidad de discernimiento. Según el Capitán, esta pareja bien disímil, y llena de contrastes, era dueña de una gran operatividad y eficiencia en el trabajo.

Fernando, alisándose suavemente el castaño y ondulado cabello, invitó a sus subordinados a sentarse y tomó de inmediato la palabra:

—Creo que tengo bien definidas las intenciones de la Fundación. De acuerdo con los informes recibidos por Fraile, y toda la información de que disponemos, es importante actuar de inmediato. Los he convocado para conocer sus opiniones antes de ir a Villa Marista a informar al Coronel. Espero lleguemos a un acuerdo sobre los pasos que seguiremos.

Una nueva nube de humo de cigarrillos se había levantado entre los tres hombres, reunidos en la oficina de Fernando, cuando Hugo se decidió a exponer su punto de vista sobre el peliagudo asunto.

—Mire, jefe, la Fundación nunca ha desechado la carta del terrorismo contra Cuba. Pero, en esta oportunidad, todo parece indicar que su estrategia ha sido más meditada que en otras oportunidades. Hasta el momento hemos logrado determinar la participación de varios de sus principales directivos en estos planes —dicho esto hizo una pausa para fumar su cigarrillo y continuó— : Es cierto que muchas veces, de forma individual, los mercenarios de Miami se lanzan a estas aventuras. Lo hacen, sobre todo, para escalar posiciones más aventajadas y elevar su protagonismo. En esta coyuntura los veo más unidos y organizados. Le digo, jefe, que me llama particularmente la atención el hecho de que estos planes se han venido elaborando desde hace ya algunos meses.

—¿Te refieres al hecho de que detectamos a sus agentes en Cuba?
—preguntó el Capitán.

—Precisamente a eso me refiero. Desde que detectamos a los agentes 18 y 22, me pareció la intención de mostrar su verdadera cara oculta. En ambos casos coincidieron elementos que se hicieron plenamente visibles en lo planteado a Fraile: primero, la captación de estos agentes en el propio territorio norteamericano; segundo, la entrega de diversos abastecimientos. Me refiero a medios explosivos e incendiarios, así como armamento, fundamentalmente a través de la vía marítima ilegal. Ésa es una táctica que no han empleado con frecuencia en los últimos meses. Y tercero, es evidente que el objetivo de estos esfuerzos es atentar contra instalaciones turísticas y centros económicos del país, como ya se ha verificado en sus operaciones para propiciar sabotajes contra Tropicana, el Hotel Nacional y, posiblemente, la Bodeguita del Medio —concluyó.

Los otros escucharon en silencio su reflexión, realizando más de una vez gestos de aprobación. Mientras Fernando jugueteaba con un lápiz sobre el buró, Jacinto no conseguía disimular una marcada intranquilidad. Era fácil presumir que también quería exponer sus puntos de vista sobre el asunto. Luego de esperar el final de la intervención de Hugo, tomó la palabra:

—Sobre lo que dice Hugo, compañeros, es importante puntualizar que Zúñiga ha estado presente en casi todos los casos de captación de agentes. Al parecer este terrorista funciona, de manera encubierta, como la cara relativamente pública del Frente. En el caso concreto de Fraile, dada la posibilidad que tiene de viajar frecuentemente a Miami, apareció también Otero, un viejo conocido de todos nosotros. Si las cosas siguen así, pronto lograremos identificar a todos los participantes en estos planes —dijo y se detuvo un momento para observar a los demás.

—¡Continúa! —lo urgió Fernando.

—No debemos pasar por alto el interés de la Fundación por implicar a nuestras Fuerzas Armadas y al MININT en sus propósitos —prosiguió Jacinto—. No olvidemos que éste es un antiguo objetivo de nuestros enemigos. Tienen la esperanza de destruir la unidad entre el pueblo y las fuerzas armadas y en ese sentido, desde que se liberó a Hubert Matos y se fundó el CID, por ejemplo, han arreciado esta intención.

Fernando lo escuchó con gran detenimiento. En su mente afloró ya un cuadro casi completo de la situación que se le presentaba a la Contrainteligencia cubana. Y consideró prudente exponer sus criterios a la Jefatura.

—Creo que es importante informar al Coronel sobre nuestras apreciaciones. Para mí ha llegado el momento de detener cualquier intento enemigo de propiciar un abastecimiento de armas y explosivos. Pero esto pudiera implicar que Fraile se vea comprometido a ejecutarlo y sacrifique tempranamente la posición alcanzada en el trabajo contra la Fundación. Es mi criterio.

Sin esperar respuesta, el oficial se dirigió hacia la puerta de su oficina.

—Nos veremos después —dijo, y salió como un bólido por el estrecho pasillo.

Mientras manejaba su Lada rumbo a Villa Marista, el Capitán terminó de organizar mentalmente sus ideas, de manera que la entrevista con su jefe fuera concreta y precisa. Mucho y bien conocía al Coronel, a quien le gustaban las reuniones breves.

Hombre de campo, convertido por las circunstancias en un militar de carrera, el Coronel era un ferviente partidario de la disciplina. Nadie imaginaba que detrás de su rostro bonachón, tan agradable como el de un abuelo, se había forjado una fuerte personalidad. Sus subordinados sabían que su trato, casi inglés, no dejaba escapar al hombre exigente, pero siempre justo. Más de una vez Fernando había chocado con esta fuerte personalidad que, a la vez, le inspiraba admiración y respeto.

Pero, sin que Fernando pudiera evitarlo, su diálogo con el Coronel se extendió a casi más de dos horas. Al terminar su entrevista con el jefe, estaba claramente definida la situación y los pasos que se seguirían. Bajo ningún concepto se podían mantener o propiciar los planes de la Fundación, dirigidos a llevar a cabo un abastecimiento por el canal ilegal marítimo. La dirección de nuestro plan estaría encaminada a evitar cualquier intento en este sentido; así lo había orientado categóricamente el Coronel. Para ello era ne-

cesario enviar al enemigo detalles suficientes, mediante todas las fuentes disponibles, sobre un aumento de la capacidad de vigilancia de Cuba en las costas del país. Yo, en Miami, debería comunicarles igualmente esta información y determinar, con mucha precisión, cuáles serían los próximos pasos del enemigo. Todo estaba claro para Fernando. Ahora la bola quedaba en el terreno de la Fundación y había que averiguar qué se proponían hacer en adelante.

Al día siguiente salí a colocar algunas pegatinas del Frente Nacional Cubano en un centro turístico de ciudad de La Habana. Desde luego, siempre bajo la discreta supervisión de Hugo y Jacinto.

Una mañana de diciembre cumplí esta misión, filmándola con el objetivo de llevarle a Otero la prueba de su ejecución. El lugar escogido fue el complejo turístico Morro-Cabaña, frecuentado diariamente por numerosos visitantes extranjeros. Aunque era una medida arriesgada porque debía hacerse en el mayor secreto, todo transcurrió sin problema. Cinco pegatinas coloqué en distintos lugares del centro sin que los visitantes se percataran. Una vez que se filmó la acción, las pegatinas fueron retiradas por los oficiales antes que fueran detectadas por personas ajenas al plan.

Con posterioridad inicié la redacción de un grupo de reseñas sobre los objetivos económicos que me habían ordenado “estudiar”. Durante varios días nos dedicamos a procesar diversos documentos y publicaciones, con vistas a obtener información sobre estos objetivos y trabajar sobre el tema, desvirtuándolo, con la finalidad de desinformar al enemigo ulteriormente. Era imprescindible combinar datos erróneos con información real, sobre todo pública, para que la Fundación no sospechara.

No resultó fácil elaborar “el estudio” que, a mi regreso a Miami, entregaría a mis jefes de la Fundación. En esos momentos yo laboraba en el Centro Nacional de Capacitación Azucarera y, en la práctica, no me resultaba trabajoso acceder a información de cierta relevancia sobre la zafra. Pero lo esencial consistía en ordenar los datos de modo que, sin ofrecer algo comprometedor, los convenciera de su validez.

Desde mi puesto como profesor de los Cursos de Postgrado que se impartían a cuadros de dirección del Ministerio del Azúcar y a directores de las empresas, podía acceder con cierta frecuencia a noticias de relativo interés para el enemigo. Esta circunstancia consolidó, ante los ojos de la Fundación, la idea de que, a través de mí, podrían disponer de valiosos datos

sobre la campaña azucarera, así como los sistemas defensivos existentes en centrales del país. Sobre esta base y, contando con la supervisión de mis superiores, les ofrecí paulatinamente información al respecto.

Tampoco resultaba fácil mantener la fachada de persona corrupta y colaborador potencial del enemigo haciéndola corresponder con la condición de profesor de una de las escuelas de cuadros del país, sumamente exigentes con respecto a la composición de su claustro docente. Más de una vez sentí, no sólo la vigilancia de mis compañeros, sino también el natural recelo que les nacía respecto a un individuo que, sin justificación aparente, viajaba con frecuencia a Miami.

Recuerdo que una vez tal situación se hizo prácticamente insoportable. Como el falso perfil que me había construido proyectaba a una persona aburguesada, con una conducta social que dejaba mucho que desear, poco a poco fui experimentando la presión que se ejercía sobre mí y decidí solicitar la baja.

El día que me despedí para siempre de aquel centro, donde laboré durante casi diecinueve años y alcancé, al principio, darme a conocer y respetar como un prestigioso dirigente sindical, fue muy doloroso. En mis compañeros de trabajo quedaba grabada una imagen indeseable de Percy Alvarado; además de sospechas, recelos y dudas que quizá nunca habrían de disiparse. Con lágrimas en los ojos, y una amarga sensación de dolor, llamé a Jacinto por teléfono.

—¿Qué te sucede, Fraile? —preguntó al comprobar mi desazón.

—Me tuve que ir del trabajo. Allí ya era difícil seguir —le dije con voz quebrada.

—Yo sé que eso te duele y lo entiendo. Es parte del costo que hay que pagar para hacer este trabajo.

—Pero es de madre, Jacinto. Se me cae la cara de vergüenza al saber que si no me voy me hubieran expulsado. ¿Te imaginas lo que dirá la gente de mí?

—Tú mejor que nadie sabes lo que la gente piensa de ti. No debes engañarte. Debes reflexionar que esto no hará otra cosa que fortalecer tu fachada. Es doloroso, lo sé. Pero piensa que también conviene a lo que nosotros estamos haciendo para derrotar al enemigo. Te aseguro que un día se sabrá la verdad y entonces podrás volver a ver a todos tus compañeros sin vergüenza ni pena.

—¡Ojalá, Jacinto, ojalá tus palabras sean sabias! —le respondí con resignación. Pero con toda la pena del mundo todavía lacerándome el corazón.

Diciembre tiene la particularidad de entristecerme cuando me roza la vida año tras año. No sé si la razón está en que, con la llegada de este mes, nos convencemos de haber consumido un poco más de vida o porque diciembre es un mes hecho para la más profunda melancolía. Lo cierto es que yo espero cada diciembre con una carga permanente de evocaciones tristes, aunque dispuesto a enfrentarlo con la resistencia de siempre, hecha costumbre en mi persona.

Cada año, con la llegada de los primeros días grises y fríos, una parte de mi ser se sobrecoge cual si todo el invierno cayera de pronto entristeciéndome el alma. Entonces suelo caminar sin rumbo fijo por el Malecón y hasta desoir el sordo clamor de las olas que me ordenan alejarme de allí para que no las estorbe en su desordenada y furiosa danza espumosa. Es como si me empujaran otra vez a la vida, de la que vanamente trato de evadirme, y me persuadieran que no tengo el más mínimo derecho a la ilusión de poder ser otra vez el mismo de antes.

No niego que, a veces, me gusta andar sin rumbo fijo por las calles; como si con ello lograra no sólo la eliminación de las preocupaciones, sino también un poco de paz interior, de calma momentánea. Diciembre, entonces, se me convierte en el amigo solidario que me permite hacerlo de la mejor forma posible.

Con independencia de mis estados de ánimo decembrinos, aquél de 1993 fue particularmente complejo para mí. Por un lado debía aceptarlo con su cotidiana carga de añoranza y, por otro, verlo como el incierto anuncio del nuevo peligro, de la amenaza implícita que traía consigo para la Isla. Es por eso que, mientras me dedicaba a deambular por el Malecón, no podía apartar de mi mente mi preocupación por los planes que la Fundación urdía contra Cuba.

“Debo ser fuerte —me dije más de una vez—. Debo ser capaz de resistir esta prueba porque de ello depende no sólo mi suerte, no sólo mi destino, sino la propia vida de los míos.” La Fundación, aunque aparentara estar desesperada, era realmente peligrosa. Tal vez por ello lo era más. Porque había subordinado sus escrúpulos al ilimitado odio visceral que la corroe; y, por tanto, no pondría reparo en realizar sus planes.

CAPÍTULO 6

Otros planes comienzan

Mientras el taxi me trasladaba al domicilio de Mayra, en el 703 SW 25 avenida, yo organizaba las ideas. Más de una vez lo había hecho en esos días y me creía capacitado para sortear cualquier dificultad. Arribar yo a Miami podría ser, sin duda, otro momento clave para conocer los planes de la Fundación, luego que diciembre había permanecido en calma sin que se produjeran las acciones terroristas.

Para mí ya resultaba evidente que la suspensión de los sabotajes terroristas para ejecutarse en La Habana, obedecía a una razón: el trabajo realizado por la Contrainteligencia cubana con vista a contrarrestarlos. Ese obstáculo, sumado a dificultades organizativas internas de la Fundación, obviamente había impedido la ejecución de una oleada de estallidos dinamiteros encaminada a asesinar a cientos de cubanos y turistas extranjeros.

El hecho de que yo jamás recibiera la llamada prometida desde Canadá, lo mismo que el silencio de los principales cabecillas de la Fundación por esos días, aseveraba que se había frustrado un nuevo intento. Lo importante ahora era determinar si estos objetivos terroristas se mantenían, o, por el contrario, si la mafia de Miami se dedicaría a organizar otro tipo de crímenes.

Cuando me comuniqué por teléfono —desde La Habana— con mi amiga Mayra, ésta me hizo saber que en los próximos días nos trasladaríamos a otra casa en el 2644 SW 31 Court. El cambio de vivienda afectaría notablemente, desde luego, mi negocio de paquetero. Pero no creía que perjudicara mis tratos con la Fundación; todo era cuestión de conservar ciertos contactos que a ella le interesaba mantener, partiendo de un hecho consumado: me había convertido en uno de sus escasos agentes en Cuba.

El 11 de enero de 1994 las calles de Miami me dieron la bienvenida con su agitado tránsito y un inusitado calor para esa época del año. La nueva

casa, según habría de saber después, era un dúplex mayor que el anterior, con la ventaja de estar ubicado en una zona más residencial. Superaba al otro por su modernidad y estaba dotado con aire acondicionado central y otras comodidades.

El barrio en que viviríamos rezumaba tranquilidad. La casa estaba situada, precisamente, entre las avenidas 27 y 32 del South West, muy cerca de Coconut Grove. Ambas arterias desembocan en la US-One, donde comienza la comunicación terrestre con otras zonas de La Florida y con otros estados de la Unión. Bastante próxima cruza la calle Coral Way, dotada de diversos comercios de importancia.

En la avenida 32, específicamente, mucho más cerca de esta nueva casa, el tránsito sólo se anima a determinadas horas del día. En las noches da la impresión de una arteria desolada y sin vida. Sólo presenta tramos animados allí donde se encuentran el Victor's Café y el Swiss Chateau, dos elegantes centros culinarios de Miami. Mucho más cercanos a Coral Way se erigen instalaciones que animan este punto casi muerto de la urbe miamense: una gasolinera, un gigantesco supermercado, una tienda Office Depot...

Mientras me trasladaba en el taxi hacia mi destino, yo tenía bien claro que, en adelante, la dirección principal de mis esfuerzos estaría dirigida a evitar los intentos de la Fundación por propiciar un abastecimiento de armas y explosivos, precisamente en la costa norte occidental de la Isla o en alta mar. Y estaba sumido en estas reflexiones cuando, de pronto, avisté la pequeña casa azul en la que pasaría mis próximos días.

Unas horas después me visitó Abel Viera. Luego de entregarle la correspondencia de sus hijas, conversamos sobre los frustrados planes de diciembre. Viera me sacó de las dudas, de una vez por todas, en lo referido a ese importante tema.

Según su versión, Otero había encontrado no pocas dificultades con la adquisición en Miami de todos los componentes de las bombas. Eso había provocado la decisión de posponer los planes. Pero Viera enfatizó que los mismos se mantenían vigentes.

—De eso puedes estar seguro —me dijo, y enfatizó que todos ellos estaban en realidad esperanzados con realizar exitosamente estas acciones violentas contra Castro—. Si tu célula realiza esos sabotajes —agregó— las puertas de la Fundación se les abrirán de inmediato —se proyectaba lleno de alegría y, casi al despedirse, me indicó que nos encontraríamos con Otero y con Zúñiga al siguiente día.

“Es evidente —pensé cuando se marchó— que sus intentos por sabotarnos no se detendrán. Tal vez no lo ejecuten ahora, pero lo intentarán más adelante.” Mi tarea fundamental era permanecer inmerso dentro de su juego. Obtener toda la información posible sobre las maniobras que habrían de ejecutar. Bastaba observar su euforia al planear estos crímenes, para tener la absoluta certeza de que continuarían en su empeño. Y no les importaría la forma de hacerlo. Ni su costo en sangre.

Tener tan cerca al enemigo y controlarse es una de las pruebas más difíciles por las que he podido pasar. Fue duro escuchar de boca de cada uno de ellos lo que querían hacer. En momentos cruciales, como éstos, uno tiene la oportunidad de conocer a hombres despojados de su disfraz de corderos y logra observarlos en su bestial desfachatez.

Cuando uno conversa con Luis Zúñiga sobre música clásica y lo escucha expresarse de forma pausada, proyectando una sospechosa y hasta enigmática tendencia al refinamiento, cuesta, de veras, concluir que este hombre sea, al mismo tiempo, un frío y calculador criminal.

Aún conservo el primer cassette que me regaló con la música del argentino Raúl di Blasio. Gracias a estas circunstancias conocí a través de él a un compositor maravilloso que logró excitar —dentro de mí— las mejores emociones y que me acerca cada vez, de forma sorprendente, a la ternura. Tal vez sea lo único que deba agradecerle a este individuo. Lo triste de todo es que, posiblemente, nunca alcanzaré a comprender cómo un ser humano que se considera competente para apreciar lo bello —y así se autodefine este terrorista—, sea, al mismo tiempo, capaz de involucrarse en crímenes de infinita crueldad.

Recuerdo que, en una ocasión posterior, me encontré con él en un centro comercial de Miami y me comentó sobre el trabajo de cabildeo que realizaba entre los congresistas norteamericanos.

—Llevo varios días sin descansar —confesó—, llevando y trayendo por Miami a muchas de estas personas. Los invitamos a restaurantes y a juntas, les procuramos todo tipo de complacencias, para lograr que se sumen a nuestra lucha contra Castro.

—Debe ser difícil tu trabajo —comenté, aparentando admiración por él y halagando su desmedido ego.

—Bastante —dijo exhalando un suspiro. Y luego tuve que escuchar su perorata—: Soy una persona de confianza de Jorge. Debes suponer, por

ello, que me encargo de tareas importantes dentro de la Fundación. Pero, convencer a esta gente sobre nuestra lucha, no es fácil. En verdad no lo es. Cuando te encuentras a alguien que de veras odia a Castro, y a todo lo que sea comunismo, el camino se desbroza con facilidad. No obstante, a veces debes convencer al más reticente sólo con promesas y dinero. En estos casos hay que regatear, y eso hace más complicado el trabajo.

—Me imagino que mucha de esta gente tiene bastante dinero y no es fácil comprarlos entonces. En este caso... —sugerí.

—Creo que te equivocas, Percy —me interrumpió—. Siempre hay algo que la gente desea poseer y hace lo inimaginable para lograrlo. Generalmente el que ama al dinero, busca hacerlo crecer. Otras veces quieren poder o cualquier otra cosa. Mi tarea es procurarles lo que buscan. Si nos apoyan, pueden hallar un camino que les permita alcanzar sus sueños. En eso soy un genio.

—Eso es bastante interesante —comenté sorprendido.

—Mira, a la gente con la que estoy saliendo en estos días, me limito a hacerles regalos y financiarles la campaña. No hay mejor llave para abrir el corazón de un político, que un poco de dinero y la promesa de votos.

—¿No te parece que eso es ilegal? —pregunté mientras le miraba fijo a los ojos.

—¿En la política qué cosa es realmente legal? Todo es un juego, amigo. Yo sé que estos tipos se prestan a participar en él y tienen plena conciencia de lo que hacen. Yo mismo me parezco mucho a ti. Dinero y poder es lo que ambos buscamos. ¿No es así? —me miró y asentí con la cabeza—. Creo que el arte de hacer política radica en darle cauce a las ambiciones de los demás y ponerlas en función de tus intereses. ¿No te parece?

—Creo que tienes razón, Luis. Así parecen ser las cosas por aquí —le dije mientras se encaminaba hacia la salida del enorme local, enarbolando una sonrisa burlona como pasaporte para continuar su bregar por la política norteamericana.

No sé por qué vino a mi mente aquella frase con la que se cierra cada emisión del programa cubano “Alegrías de sobremesa”. Tal vez fue el desprecio. “*¡Qué gente, caballeros, qué gente!*”, atiné a decir, muy dentro de mí, y escupí asqueado. Luego me marché sumamente agradecido a la Revolución, de verdad agradecido, por haber barrido a estos políticos de nuestra Patria.

Al día siguiente, luego de acomodarme en la nueva vivienda y realizar varias compras, llamé a Alfredo Otero para comunicarle de mi regreso a Miami. El

Gordo, aparentemente se alegró al saber de mí, y quedamos en vernos esa misma noche —sobre las ocho—, en el mismo parqueo del Sedano's en que habíamos efectuado los anteriores contactos.

Cuando la noche invadió la ciudad, me dispuse a esperar a mis contactos de la Fundación en un extremo del parqueo. Exactamente a las ocho de la noche apareció un elegante Cadillac de color blanco conducido por Otero. “¿De dónde coño este tipo saca tantos carros?” —me pregunté mientras los recibía con una sonrisa. Minutos después me encontraba junto a mis tres inseparables reclutadores de la Fundación. Ubicado en el asiento delantero, entregué al Gordo la información recopilada sobre la zafra azucarera y otros objetivos económicos cubanos.

—Aquí les traje algo de lo que me pidieron —dije, y de inmediato—: No está todo. Pero creo que es interesante lo referido a la zafra y la ubicación de algunos ingenios azucareros.

—Esto es importante para nosotros —comentó el Gordo y se empeñó en una lectura rápida de los documentos, auxiliado por la luz interior del vehículo. Mientras tanto, los demás permanecíamos en silencio.

—Me imagino que estás preocupado porque no se realizaron nuestros planes de diciembre. ¿No es cierto? —preguntó Otero luego de colocar los papeles en el porta guantes del auto.

—¿Se imagina que me pasé, día tras día, atado al teléfono esperando su llamada? Oiga, ustedes ni siquiera se dignaron llamarme para decirme que todo estaba suspendido. Yo no pensé que fueran tan informales.

—Entiendo tu enojo. Lo que sucede es que, hasta el último momento, pensábamos que tendríamos todo asegurado. Sin embargo, ya ves, a última hora nos falló la gente que nos daría los detonadores —respondió en tono justificativo.

—¿Y no podrían haberme hecho una llamada? —insistí.

—Consideramos prudente no llamarte por gusto. Recuerda, nosotros debemos cuidarte, y si la Seguridad controla los teléfonos, te pondríamos en peligro.

—Bueno, si fue por eso, no me queda más remedio que disculparlos. Lo más triste de todo es que tenía a mi gente bastante ilusionada con los sabotajes. Todos se veían muy pronto en Miami, gozando de lo lindo. ¿Se imaginan lo desencantados que se han quedado porque nada ocurrió?

—Lo entiendo, Percy, lo entiendo. De todas formas puedes informarles que los planes sólo se han aplazado. Nuestra propuesta se mantiene tanto para ti como para ellos —dijo Otero, finalmente, en forma persuasiva.

—Si la cosa es así —respondí—, creo que ellos lo entenderán.

—Bueno, quisiera que me contaras cómo van las cosas por allá. ¿Has colocado alguna de las pegatinas que te dimos la vez pasada?

—Mire, Otero, le traje una película de video en la que usted podrá ver cómo lo hicimos. Me fui con la gente hasta el parque Morro-Cabaña y allí mismo pegamos algunas. Se debe imaginar el alboroto que se habrá formado después.

—No tienes que decírmelo. Me imagino a los comunistas despegando pegatinas por todos lados. Para nosotros, eso es muy alentador y creemos que te mereces una felicitación.

Sin poder evitarlo me vi arrastrado a sus obesos brazos y recibí, por tanto, el desagradable olor de su aliento confundido con un vaho insoportable que emanaba de su cuerpo. Me dejé abrazar por él aparentando complacencia y esperando poder escaparme de su apretón en la primera oportunidad que se me presentara.

—Bien, Percy —dijo Otero cuando logró evadirme de su abrazo—, ahora me gustaría conocer lo que has averiguado sobre la vigilancia costera en la Isla.

—No ha sido mucho en realidad. Recuerde que estaba dedicado, sobre todo, a esperar el aviso de ustedes. De todas formas, los muchachos sí dieron una vuelta por la zona y se percataron que existe una vigilancia muy grande. Creo que salir es relativamente fácil, siempre que se use el argumento de salir a pescar. Lo malo es entrar después con armas y explosivos.

—Claro que no es fácil. Lo sabemos de sobra. ¿Pudieron averiguar sobre las lanchas torpederas? —inquirió con evidente interés.

—Eso también es complicado —respondí—. Muy complicado. El problema consiste en que las lanchas no tienen un horario fijo para salir de recorrido. Lo cambian constantemente. Tanto es así, que un día lo hacen a una hora determinada y, otro, en un horario diferente.

—¿Algo habrán podido averiguar? —preguntó Otero aparentando desencanto.

—Algo de eso hicimos —contesté—. Por ahora sabemos que varias lanchas recorren toda la costa norte en diferente dirección y, aunque usted no lo crea, resulta muy difícil poder burlarlas. Por ello considero que usar la vía marítima no va a ser fácil. Nada fácil.

—Bueno, no debemos preocuparnos por eso en estos momentos. Veremos después cómo resolver ese asunto. Por ahora, creo que es el instante de cambiar nuestra táctica. No debemos apresurarnos en esto de las

bombas; es mejor que nos dediquemos a la búsqueda de información sobre posibles objetivos a golpear en el futuro. Cuando hayamos definido en dónde radica la debilidad del régimen, entraremos en escena. ¿Qué opinas de mi apreciación?

—Lo que usted diga me parece bien, Otero. Usted sabe más de estas cosas que yo —respondí.

—Mañana volveremos a vernos. Tendremos mejores orientaciones para ti con respecto a lo que harás de ahora en adelante. Lo importante es que nadie nos detendrá, estoy seguro, y que las horas de Castro están contadas.

Un rato después yo caminaba por la calle 7, despacio. Recorrer las pocas cuadras que me separaban de la casa fue suficiente para que me percatara de que nadie me seguía. “*Todo está tranquilo*” —me dije, luego que confirmé que no había por los alrededores alguna señal de peligro.

Traté de descifrar cada palabra de Otero. ¿Habría funcionado realmente la medida de impedir los atentados que se realizarían en diciembre? Otero pareció no mostrarse sorprendido por mis palabras. Al contrario, parecía esperarlas. No había duda que los planes de sabotajes pasaron a mejor vida. El enemigo no demostró sospechas aparentes sobre mí. Y eso me tranquilizó.

Era evidente que la Jefatura había cumplido con los planes discutidos conmigo unos días atrás. Los terroristas parecían desinformados, pero lo importante ahora no era eso. Yo tendría que adelantarme a ellos y averiguar su próximo paso.

Por ello intenté reconstruir el rostro de Otero en mi memoria. Había que descubrir el verdadero sentido de sus palabras. Eso lo hizo, por tanto, esencial para mí. Sabía que debía indagar, detrás de su mirada inescrutable, dónde estaba la verdad oculta. No era fácil lograrlo. Mi instructor era un hombre entrenado por la CIA desde hacía mucho tiempo. Contaba con una innegable experiencia en estos asuntos. Era capaz de fingir con facilidad y podría desvirtuarme la realidad si no estaba atento a cada gesto suyo.

Por otra parte, también era importante conocer el margen de iniciativa con el que yo contaba. Día tras día, estudié las posibles variantes de situaciones a las que podía enfrentarme. Lo cierto es que, en algunas ocasiones, se me creaban situaciones inesperadas que requerían improvisar respuestas adecuadas. Es en esos momentos cuando no hay posibilidad de consultar el próximo paso. Debe darlo uno mismo, y solo; arriesgándose. Y sólo nos salvará, más allá de nuestro propio deseo, el conocimiento que tengamos de

los planes y objetivos del trabajo que venimos ejecutando. Eso significa una sola verdad: tener bien claro qué puede hacerse y qué nos está prohibido.

Luego de fumar un cigarrillo, disfrutando de la intimidad de un breve momento, me enfrenté impotente al sueño. Esa noche tuve como escudo el recuerdo de los grandes ojos negros de mi esposa. Sumergirme en ellos, que era como abandonarme a la propia placidez de la vida, me quitaba de encima cualquier preocupación y me inundaba en los inefables sortilegios de la más absoluta serenidad de ánimo.

A las ocho de la noche del día siguiente, 13 de diciembre, Otero me llamó por teléfono. Su único propósito era comunicarme que Zúñiga iría a recogerme dentro de un momento. No dijo otra cosa. Sin demorarme apenas, me preparé a recibir la visita de mi reclutador. No habían transcurrido veinte minutos, cuando el elegante Cadillac del Gordo se detuvo frente a la casa. Con Luis al volante, el auto comenzó a desplazarse por la calle 40 del South West, hacia un destino desconocido. “*¿Hacia dónde me llevará?*” —me preguntaba yo con cierto nerviosismo. Las luces de los autos y de las vidrieras nos sumieron en un interminable calidoscopio multicolor. Luego de doblar por la 79 avenida, nos adentramos en un oscuro y lujoso barrio.

Mi desazón era provocada porque mi contacto con la gente de la Fundación se realizaría lejos de mi barrio. Hasta ese momento los encuentros se habían efectuado en parqueos cercanos a la casa de Mayra, lo que me daba cierta tranquilidad. Ahora estaba en una zona totalmente desconocida para mí y eso, aunque tratara de disimularlo, sólo atinaba a despertar un alerta general en cada una de mis células.

Después, el auto penetró en la entrada de una casa de color blanco, sumamente elegante, en cuya pared principal podía leerse el número 8211. Situada en la calle 53, y a unos metros de la avenida 82, ésta parecía ser nuestro destino final. Hasta ese momento, desconocía que era la residencia de Otero.

Una edificación elegante y espaciosa, de una sola planta, adornada en su frente por un jardín de *Impacientes*, flores de gran colorido que se muestran invariablemente en cada uno de los jardines miamenses. Un garaje, ubicado en un extremo de la casa, contrasta con el acceso vehicular a la misma, en forma de semicírculo. Junto a la puerta, una enorme pared de cristal imprime a la mansión un aire de modernidad y buen gusto. “*Aquí hay plata*” —pensé y me dispuse a entrar.

Ya en el interior nos recibió una enorme sala llena de antigüedades y cuadros de artistas latinoamericanos. Todo era lujo en ella. Hasta la pequeña cocina se mostraba muy pulcra. La precedía, a la izquierda de la puerta de entrada, un minúsculo comedor con una mesa y cuatro sillas. Por su parte, en la estirada sala, se distinguía un descomunal televisor y un juego de sala completamente blanco, con los sofás distribuidos en forma rectangular. Pareciera que la residencia fuera un *show room*. Sin embargo, era la casa de Otero, donde vivía junto con su esposa, Norma.

Luego de recibir una sonrisa de nuestro anfitrión, pasamos de inmediato a una piscina techada, situada al fondo. Allí nos acomodamos a un costado de la misma, junto a un elegante bar. Otero, semejando a un barman, nos sirvió sendos vasos de whisky sobre las rocas. Pero Zúñiga rehusó beber mientras asumía un aire de fingida seriedad. El Gordo disfrutaba al mostrarme los lujos en que vivía. *“No cabe duda que la casa es hermosa y está diseñada con buen gusto —concluí—, pero le falta vida.”*

Un rato después nos ubicamos en el diminuto y pulcro comedor. Otero extrajo de un tubo de cartón varios mapas de la región occidental de Cuba, en los que estaban ubicados centrales azucareros, industrias, presas y termoeléctricas. Sin más preámbulo, se dirigió a mí:

—En estos mapas están ubicados varios objetivos económicos de Castro, pero no todos. Es importante buscar nuevos mapas que incluyan, sobre todo, las vías de acceso a los objetivos que aparecen aquí —dijo mientras señalaba a unos de los mapas—. Es imprescindible también que ubiques en ellos, de la forma más exacta posible, todos los dispositivos defensivos del gobierno en la costa norte desde Pinar del Río hasta Matanzas. Junto a los mapas que te entregaremos, donde ubicarás lo que nos interesa, debes traernos toda la información posible que puedas obtener sobre puestos de guardafronteras, bases de guardacostas y recorridos de las lanchas del gobierno. Como ves, no es mucho lo que te pedimos.

—Pierda cuidado. Creo que algo le podré conseguir. Le advierto que no será fácil hacerlo, pero lo intentaré. Apenas regrese, pondré a todos los miembros de mi célula en función de ello —dijo, complaciente.

—No pierdas de vista que la cuestión no es sólo ubicar objetivos en los mapas —enfatizó Otero—. Lo importante es la información colateral sobre los mismos. Por ello, sería provechoso que sondees cómo se encuentra la situación del servicio de electricidad; sobre todo, en la capital. Trata de establecer un estimado acerca de cuántos días a la semana hay apagones y cuáles son las zonas de mayor afectación —hizo una nueva pausa y continuó—:

Con respecto a las termoelectricas, atiende bien, es importante no sólo su ubicación, sino también los problemas que presentan con piezas de repuesto. Sobre todo, y he ahí lo crucial, debes investigar, si es posible, qué tipo de gestiones hace Castro para conseguirlas.

—Despreocúpese, Otero. Trataré de buscarle la información que le interesa. Supongo que me dará plata para los gastos... De otra forma, no veo cómo lograrlo.

—No te impacientes. Ya estamos diseñando un programa de entrenamiento en tiro, preparación y manejo de cargas explosivas para prepararte adecuadamente, así como el estudio de receptores portátiles del Sistema de Posicionamiento Global (GPS) mediante satélites. El dinero está garantizado —dijo el Gordo, tratando de ser convincente.

—¿Qué coño es eso de los satélites? —pregunté, aparentando total desconocimiento.

—Es un aparato que permite ubicar objetivos y microlocalizarlos. Te ofrece sus coordenadas con la mayor exactitud —aclaró asumiendo un aire doctoral—. No te preocupes, te repito. Dentro de unos días te lo explicaré detalladamente. Por ahora, límitate a buscar la información que te solicité y a colocar más pegatinas. ¿Ok? —finalizó.

Sin perder tiempo, me extendió una bolsa que contenía un recipiente metálico de color rojo y blanco, en el que aparecía una etiqueta: “Spray Powder CRUEX”. En un doble fondo, debidamente oculta, se encontraba la propaganda del Frente Nacional Cubano.

—Estas pegatinas, específicamente, debes colocarlas en locales de firmas extranjeras acreditadas en Cuba y en las agencias de prensa internacional —insistió—. La transportación a La Habana es segura. Ya lo has comprobado. Estos contenedores los usamos con otra gente y no ha habido dificultades en las aduanas.

—De acuerdo, Otero —dije, mientras asentía con la cabeza.

Una vez finalizado el encuentro me marché con Zúñiga. Me extrañó su silencio durante todo el contacto y no pude menos que manifestarle mi preocupación al respecto.

—¿Acaso tienes mal de amores, Luis? Apenas si hablaste esta noche.

—Estoy cansado —se limitó a responderme, mientras el sugestivo piano de Di Blasio se escuchaba dentro del vehículo.

Como supuse que no hablaría, me limité a observar por la ventanilla cómo agonizaba la ciudad al comenzar la madrugada. Así me mantuve, callado como él, hasta que el auto se detuvo frente a mi casa.

No resultó fácil para mí, lo reconozco, apartar el sabor amargo que traía en la boca. Me era chocante, realmente chocante e insólito, la imagen de buenos padres y abuelos de aquellos individuos que luego, a espaldas del mundo, son capaces de tramar sin escrúpulos la muerte de otras personas; incluso niños. En la medida que más los conocía, aumentó mi odio por ellos. Un odio sereno. Nunca enfermizo e incontrolable.

La Fundación elaboró un vasto plan de inteligencia para destruir la Revolución Cubana; eso era evidente. La información que buscaban tenía un solo fin: golpear después. Cualquier acción terrorista contra las termoeléctricas seleccionadas dejaría a Cuba sin energía. Además, provocaría una parálisis de la producción; afectaría toda la vida productiva y los servicios más importantes e induciría al descontento de la población. Esto, unido a los atentados contra las principales instalaciones gubernamentales, crearía un caos incontrolable. Por ello, era preciso impedir estos planes; neutralizarlos. Sin poder evitarlo, imaginé con dolor cuánta muerte provocarían estos planes en Cuba, si lograban llevarlos a cabo. Cientos, quizá miles de personas, morirían al instante. El atentado al vapor La Coubre sería un episodio de menor dimensión ante esta catástrofe.

Era evidente que la Fundación actuaba como un servicio de inteligencia. Contaba con abundantes recursos financieros y materiales. La mayoría de sus integrantes, en algún momento, había sido entrenada por la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos. ¿Qué organización opositora, en cualquier parte del mundo, era capaz de preparar planes de abastecimiento con armas y explosivos tan sofisticados? ¿Qué grupo conspirador estaría interesado en disponer del tipo de información que se me solicitaba? ¿Para qué podrían interesarles los marcajes de objetivos económicos, si no para instrumentar posteriormente atentados terroristas en gran escala? No cabría duda: toda esa información sería utilizada para matar. “¿Acaso no le serviría también a la CIA?” —pensé yo.

No había transcurrido un mes y ya, cuando febrero comenzaba a anunciar la primavera, regresé a Miami. Para ese entonces, ya tenía en mi poder varias de las informaciones solicitadas por Otero. Llevaba conmigo cifras sobre la zafra azucarera, las centrales termoeléctricas cubanas y la disponibilidad de piezas de repuesto. También información sobre el sistema de protección de las costas cubanas. En un pequeño papel, bien oculto en uno de los envases donde transporté las pegatinas, estaba dibujado el movimiento de las lanchas

guardafronteras en el occidente de la Isla. A esto se añadían mapas de Varadero y ciudad de La Habana en los que aparecían los más importantes hoteles, futuros objetivos de la Fundación.

Con este conjunto de datos —desde luego, debidamente alterados— podríamos desinformar a Otero y sus superiores. Por otro lado, la Jefatura reforzó la vigilancia en todos los sitios que resultaban de interés informativo de la Fundación, con vista a evitar cualquier sabotaje.

El día 8 de febrero, sobre las diez de la mañana, me trasladé con Zúñiga y Otero a la intersección ubicada entre la avenida 25 y la calle 8 del South West. Este contacto, realizado a unos pocos metros de la casa, sería breve. Luego de reportarles sobre el cumplimiento de las misiones, consistentes en la entrega de varios mapas turísticos de ciudad de La Habana y Varadero, así como de una filmación del borde costero comprendido entre Mariel y Matanzas, nos despedimos. El próximo contacto se realizaría ese mismo día, pero unas horas después: sobre las once de la noche.

Luego de dedicar el día a otros asuntos recibí la visita de Zúñiga a la hora acordada con anterioridad. Ante mis preguntas, ratificó el aplazamiento temporal del abastecimiento de armas y me impuso acerca de otros intereses informativos para la Fundación.

—¿Sabes que estuve por Europa? —comentó asumiendo un aire de importancia.

—¿No me digas? —dije—. Debe ser bonito aquello, Luis.

—Realmente es muy hermoso —confesó—. Lástima que no fui en viaje de placer. Estuve en varias ciudades procurando ayuda para nuestra causa.

—¿Y te fue bien? —pregunté.

—Claro que me fue bien. Creo que, poco a poco, vamos logrando que muchos gobernantes se persuadan de la validez de nuestra causa, y nos apoyen. Esta vez Castro perderá. ¿Te imaginas cómo he logrado, yo solo, contribuir a aislarlo del mundo?

—De verdad te admiro, Luis —dije aparentando ese sentimiento a través de un brillo exagerado de mis ojos.

Mi adulación lo conmovió, no cabe duda. Me ofreció una de sus mejores sonrisas y puso su mano en mi hombro, sin perder la atención al timón.

—Si hombres como tú me admiran, eso me confirma que hago lo correcto —dijo, al fin, con evidente vanagloria—. Quisiera no pasar por alto la oportunidad de darte otra tarea. Necesito que busques mapas sobre la provincia de Matanzas y que, como algo permanente, te mantengas en la búsqueda de información sobre el turismo. También es de nuestro interés que

averigües sobre los barcos petroleros que entran a la bahía de La Habana. En este sentido, es importante conocer la bandera y el nombre de cada uno de ellos.

—¿Todos los barcos, Luis? —pregunté—. Me parece que son demasiados...

—Desgraciadamente, hay que hacerlo —respondió.

—Tendré entonces que pasarme los días parado en el Malecón —le comenté.

—Así debe ser, Percy —puntualizó cuando el auto se detenía en la entrada de la casa de Otero.

El Gordo, que se encontraba parado frente a la casa, nos invitó a pasar amablemente.

Ya en el interior la conversación fue directa. Sin hacer muchos comentarios, me entregaron nuevas pegatinas. Esta vez la propaganda fue escondida en una lata de café, con doble fondo. También pusieron en mis manos varios ejemplares del *Proyecto de Transición a una Cuba Post Castro*, elaborado por la Fundación. Obviamente, mi tarea era distribuir en Cuba esos documentos subversivos.

En sentido general la situación permanecía invariable. Con el aplazamiento temporal de la entrega de armas, debía mantenerme buscando información confidencial para ellos, siempre relacionada con objetivos económicos de importancia dentro de Cuba. Su interés informativo era abundante y el trabajo que yo pasaría, presumiblemente, fue compensado con trescientos dólares.

Al despedirnos, Zúñiga me dio un nuevo teléfono para contactarlo.

Días después regresé a La Habana. Como los planes de la Fundación no habían variado, ello me colocaba en un nuevo compás de espera. Los nuevos planes —menos aventurados que los del inicio—, no dejaban de ser peligrosos para Cuba.

“Ya vendrá marzo —me dije esperanzado—. Veremos, entonces, si todo permanece igual.”

El domingo 6 de marzo de 1994 volé a Miami. Siempre conmigo, como motivo aparente para cada viaje, llevé un escaso equipaje constituido, más que todo, por correspondencia de los cubanos de aquí para los de allá.

Durante el mes transcurrido cumplí casi al pie de la letra las instrucciones de mis jefes de la Fundación. Luego de recopilar la información requerida, y

conseguirles los mapas solicitados, disponía de justificación suficiente para continuar mis contactos con ellos.

Sobre las nueve de la noche del lunes 7, Otero y Viera me recogieron en mi casa y nos trasladamos al parqueo del conocido restaurante Ayestarán, en la calle 7 y la avenida 27 del South West. En mis manos estaban tres mapas turísticos correspondientes a ciudad de La Habana y Matanzas. Luego de entregárselos al Gordo, le relacioné cuál había sido el comportamiento de los arribos de naves petroleras a la bahía habanera.

Otero, contento, recibió la información y disculpó a Zúñiga por no haber asistido al contacto.

—Nuestro amigo Luis no está en Miami. Asuntos urgentes de nuestro trabajo lo han llevado a Europa. En estos precisos momentos se encuentra en Praga o Ginebra. Debes suponer que nuestra batalla también se hace con cabildeos y política —dijo.

—Lo sé, Otero, lo sé —respondí.

—Está bien, Percy. Mañana te tengo una sorpresa. Conocerás a un importante miembro de la Fundación: uno de los que está detrás de todo esto. Supongo que eso te alegrará —finalizó.

—Claro, Otero. Eso me alegra de verdad —dije con absoluta sinceridad, presuponiendo que, muy pronto, conocería a uno de sus jefes.

La noche del 8 de marzo de 1994, fui trasladado por Otero hacia su casa. Mientras el auto avanzaba, rumbo a nuestro destino, mi anfitrión mostraba una alegría inusual.

—Te vas a encontrar con un alto dirigente de la Fundación —confesó nuevamente—. A partir de ahora, esto se pone interesante.

—¡Coño, Otero! —exclamé, como si me hubiera olvidado que ayer me lo había comunicado—. De haberlo sabido, me hubiera vestido con más elegancia. ¿Qué va a pensar ese señor cuando me vea en short y pulóver?

—No te preocupes. A este hombre no le interesa cómo te vistes. Para él, lo importante es lo que haces en Cuba para la Fundación —me animó.

—Si es como dices, estoy más tranquilo —confesé.

Un rato después, luego de arribar a su casa, nos sentamos en el bar y bebimos sendos vasos de Chivas Regal. Aún más emocionado que antes, el Gordo se dedicó a mostrarme algunas de las obras de arte que poseía. Había allí cuadros y estatuillas de alto valor. “*Si el terrorismo enriquece a la gente —pensé—, este gordo ha sabido hacerlo muy bien.*”

A los pocos minutos, cuando degustábamos un segundo trago, alguien tocó el timbre de entrada. Luego penetró, junto a Otero, un hombre trigueño, de edad cercana a los setenta, ojos penetrantes y escrutadores y nariz aguileña. Vestía una camisa blanca y pantalón azul oscuro. Parecía traer consigo el anuncio de una desgracia oscilándole en la mirada.

De inmediato supe que sus ojos escrutaban cada parte de mí, por pequeña que fuera, en busca de algún indicio que le pareciera cercano al peligro. Otero, sin embargo, lo recibió con desmedido respeto.

—Percy —me dijo, adoptando un aire doctoral y sin disimular una genuflexión—, te presentó a mi jefe. Seguro lo has visto con frecuencia por televisión. Es Pepe Hernández, presidente de la Fundación. Desde hace un tiempo está interesado en conocerte.

El viejo dirigente de la Fundación, acaso habituado a la guataquería de Otero, hizo caso omiso de sus palabras y se acercó a mí. Nuevamente me observó con descaro, sin ocultar su desconfianza o quién sabe qué recelosos pensamientos.

—Por Luis, y por Otero, he conocido que usted está trabajando con nosotros. Esto nos alegra; de más está decirle que puede contar con nuestro apoyo. Pero usted entenderá que nosotros estamos obligados a desconfiar de quien se nos acerque. La vida nos ha demostrado que un agente de Castro se cuela donde sea. Por ello, sin que usted se enoje, queremos proponerle que, para continuar adelante, se someta a la prueba del polígrafo, es decir, el detector de mentiras. Espero que comprenderá nuestras razones. ¿No es así?

Confieso que en esos instantes no esperaba tal solicitud. Traté de disimular la sorpresa, y creo haberlo logrado. En breves minutos pasó por mi mente esa conocida señal de peligro, capaz de indicarnos que debemos estar alerta, o, de lo contrario, la vida nos hace una mala pasada. Apuré mi trago, aparentando placer al hacerlo, y miré fijamente los ojos de Pepe Hernández. Éstos permanecieron totalmente inexpresivos para mí. Me observaba como hace un águila con su presa. Por más que quise hallar una respuesta, de mis labios salió solamente una.

—Mire, Pepe —dije, aparentando la mayor sinceridad posible—, comprendo que tomen todas las precauciones necesarias. Yo mismo estaría preocupado de que no fuera así. No me gustaría que la gente de Cuba se entere de mi colaboración con ustedes. No le quepa duda que me fusilan y ustedes nunca se enterarían. Por eso, si usted lo desea, paso ahora mismo ese aparato. De todas formas, tengo de todo, menos de mentiroso.

—Eso no es tan complicado, Percy... —dijo Otero, mientras Pepe se limitaba a observar mis reacciones. Y, sin pensarlo dos veces, lo interrumpí:

—Perdona, Otero —le dije sin dejar de mirar a Pepe—. Ya que tu jefe ha sido franco conmigo, lo voy a ser con ustedes. Sé a lo que me arriesgo. No me gusta lo que pasa en Cuba, por supuesto. Sin embargo, estoy cansado de venir a Miami a ganarme unos centavos para vivir. Si ustedes pagan bien, les doy garantía de mi trabajo. Así que, si debo pasar ese detector... ¡manos a la obra, caballeros!

—No se preocupe —respondió Pepe, aparentando sonreír—, que lo del polígrafo no es hoy. Con su reacción, basta por ahora. Volviendo a sus palabras, le confirmo que se le pagará bien por cada trabajo. Primero que todo, hay que eliminar a Castro. Ésa es nuestra meta final. Personalmente, lo odio con toda mi alma. Tengo la certeza de que, si logramos sacarlos del juego, tanto a él como a su hermano, se resolverán las cosas de Cuba.

—¿Qué puedo hacer yo para lograrlo? —pregunté simulando interés.

—Mucho, Percy. Usted puede hacer mucho —respondió con gran rapidez—. Primero que todo, debe averiguar cuándo y hacia dónde se mueve ese hombre. Nos interesa saber si tiene problemas de salud y cuáles son. Necesitamos establecer si existen contradicciones entre él y sus colaboradores. Y, sobre todo, usted debe estudiar las condiciones para hacerle un atentado, especialmente, en Quinta Avenida o en otras calles que recorra con frecuencia. Ésa será su principal tarea. De llevarse a cabo con éxito, usted vivirá como un millonario el resto de su vida.

—Eso no será fácil, Pepe... —dije con cierta inseguridad.

—Lo sabemos —respondió—. Es difícil, pero puede realizarse. Lo importante es saber si usted es capaz de cumplir todas nuestras expectativas, incluso la que eliminará a Castro sin remedio. ¿Qué usted dice?

El Gordo me ofreció otro trago. Mientras tanto, Pepe esperaba mi respuesta. Otero, como su jefe de la Fundación, habían calculado de antemano mi reacción. Ambos estaban seguros que aceptaría si había dinero por el medio. Por mi parte, no los defraudé.

—Cuenta conmigo —atiné a decir.

Una sonrisa iluminó el rostro de Pepe Hernández. Esta vez no la ocultó. Pensaba que al fin sería posible eliminar a quien odiaba con toda su alma. Culpaba a Fidel de la muerte de su padre. No podía comprender que aquel batistiano, fusilado en 1959, fue juzgado y condenado, inobjetablemente,

por los crímenes cometidos contra el pueblo. A partir de esa fecha, su odio al comunismo lo hizo transformarse en un enemigo jurado de la Revolución. Y, sobre todo, del máximo líder de la Revolución.

Pepe dejó de ser el joven que un día añoró ser sacerdote desdoblándose en un ser desesperado por la venganza. Para él, dotado de una personalidad controvertida, minado por sueños de grandeza, vocación religiosa y tendencia a la violencia, el camino estaba ya trazado y marchó hacia los Estados Unidos, buscando cómo encauzar su odio.

En ese país se incorporó de inmediato a las fuerzas de la contrarrevolución. La CIA lo reclutó. Participó en varios teams de infiltración y, sin poder evitarlo, lo involucraron en la frustrada aventura de Playa Girón. Creyó que integrando la fuerza invasora alcanzaría a vengarse de los que él consideraba asesinos de su padre. Su odio se acrecentó cuando se vio derrotado en apenas 72 horas. Sólo rabia pudo experimentar. Rabia y dolor.

Durante el año que permaneció prisionero no pudo comprender que había tomado el camino equivocado. Entonces juró matar a toda costa a Fidel por el medio que fuera necesario. Se relacionó con otras personas que perseguían el mismo objetivo y odiaban la obra de la Revolución Cubana. Así, se encontró en Fort Benning con Luis Posada Carriles y Jorge Mas Canosa. Todos sedientos de venganza.

Más tarde vino su servicio para la CIA y el US Marine Corps en Camboya. Allí interrogó prisioneros; y torturó sin piedad. Pudo, al fin, encauzar su odio contra los comunistas. No le importaron los lamentos de los torturados. Ni sus convulsiones ante el dolor. Ni el sufrimiento. Con eso era feliz. Se retiró con grados de Capitán y muchos honores. No se sabe cómo obtuvo, después, unos títulos en la educación superior: Master en Ciencias Económicas de la Universidad de Duke, en 1967, y Ph. D. en Economía, en la Universidad de La Florida en el año 1969. Sirvió en la Marina hasta 1972.

Un tiempo después, cuando Reagan decide crear la Fundación, en 1980, Pepe fue llamado por su viejo amigo Jorge para que se ocupara de la Presidencia de la misma. Este llamado lo salvó de verse arruinado. Lamentablemente, de poco le había servido tanto título universitario.

La suerte quiso que mucho después, entre 1994 y 1995, empleara todo lo aprendido en el Sudeste Asiático. Esta vez sus amos de la CIA lo emplearon para interrogar a los balseros hacinados en la Base Naval de Guantánamo. Allí fueron a carenar cientos de personas que quisieron emigrar a los Estados Unidos durante la crisis migratoria de agosto de 1994. En cada uno de ellos Pepe vio, a no dudarlo, a los que creyó asesinos de su padre. Y en cada uno

trató de descubrir a un agente de Castro. Por eso fue cruel durante las entrevistas. Y no perdonó.

“*Estoy seguro que puedo detectar a un comunista a media legua*” —se decía con vanidad. Creía haber acumulado suficiente experiencia para ello. Sin embargo, nada logró descubrir en mí aquella noche de marzo. Su antigua vocación religiosa, el frustrado sacerdote que se negaba a morir dentro de él, se hubiera sentido avergonzado al conocer que la Revolución le había enviado a *Fraile* para frustrar sus planes.

No había duda: Pepe Hernández estaba feliz. No podía ni quería ocultarlo ante Otero y su nuevo recluta. Pensaba que esto también le depararía, además de satisfacción a su odio, pingües beneficios.

—Debemos ponernos a trabajar de inmediato —dijo, ahora más expresivo—. Le hemos preparado a usted, Percy, misiones importantes. Ya las conoce: debe buscar información y ubicar objetivos dentro de Cuba. Nos interesan, sobre todo, los situados en las provincias de La Habana, Matanzas y Cienfuegos. A todos deberá fotografiarlos, filmarlos y ubicarlos con un GPS. Supongo que ya se lo explicaron —dijo mirando a Otero.

—Algo de eso me comentaron —le participé.

—No es cosa del otro mundo —dijo—. Consiste en un sistema de posicionamiento, mediante veinticuatro satélites, que permite ubicar con precisión las coordenadas de cierto objetivo. Otero le enseñará a manejarlo. Usted lo introducirá en Cuba. Con ello, supongo, no debe tener problemas. Estos aparatos se comercializan en los Estados Unidos y tienen la forma de un pequeño televisor. No creo que los aduaneros cubanos sospechen. ¿No le parece?

—Si usted lo dice —atiné a decir. Y él continuó:

—En la medida que obtenga las marcaciones, deberá comunicarlas a Otero por vía telefónica. En su momento, le daremos un teléfono celular, activado desde aquí. No deben presentarse problemas. Tenemos todas las condiciones para hacerlo. Por su parte, no olvide acercarse a los objetivos para marcarlos y posicionarse —me explicaba, mientras extraía un pequeño papel del bolsillo de su camisa. Después continuó, no sin antes hacer una pausa—: Percy, los objetivos que nos interesan son varios: en Matanzas, por ejemplo, la Terminal de Supertanqueros y la Termoeléctrica “Antonio Guiteras”. En La Habana, la Termoeléctrica del Mariel y la Fábrica de Cemento “René Arcay”. También nos interesan Villa Marista, el Palacio de Convenciones y la Clínica

“Cira García”. Hemos incluido, igualmente, la sede del Ministerio del Interior, el Comité Central del Partido, el Hospital CIMEQ y, desde luego, una casa de Castro situada en Siboney. Nos han informado que está ubicada por la calle 222. En Cienfuegos marcará la termoelectrica y la refinería. Como ve, tendrá mucho trabajo. Desde luego, no debe preocuparse por esto. Se le pagará muy bien lo que haga. Y recuerde que todo nos interesa, pero lo de Fidel es lo más importante.

—Realmente es mucho —me atreví a comentar.

—Lo sabemos. Realmente lo sabemos. Si le asignamos este trabajo, es porque confiamos en su capacidad para hacerlo.

—¿Otro trago? —preguntó Otero.

Acepté con un gesto afirmativo. Pepe no dejó de mirarme.

—¿Qué necesita para cumplir estas tareas? —me preguntó.

—Supongo que dinero, Pepe. Creo que sólo eso —respondí.

Sin hacer comentario sacó un fajo de billetes y puso en mis manos quinientos dólares.

—¿Contento? —preguntó.

—¡Claro! —exclamé, y guardé los billetes.

—Por último —me dijo—, tengo otras cosas que pedirle. Le insisto, y no debe asustarse por tanto trabajo, que indague todo lo que pueda sobre Castro. No olvide analizar hasta dónde puede acceder usted dentro del gobierno. Para ello, estudie sus relaciones. Reflexione acerca de cuántos amigos suyos pueden conocer a gente importante. Verifique quiénes tienen relaciones con ellos y cuáles son sobornables o no. ¿Entiende?

—Bueno, Pepe, en realidad no conozco a gente dentro del gobierno —confesé.

—Piense. Eso es lo importante. No deje de pensar. Cuando usted menos se lo imagina, resulta que conoce a alguien dentro de esos parámetros.

—Lo tendré en cuenta. Pierda cuidado —fue mi respuesta.

—Nuevamente lo felicito por lo que está haciendo por los cubanos. Cumpla las tareas y verá, se lo aseguro, que su vida va a mejorar —concluyó.

Luego de despedirse, Pepe subió a un jeep azul oscuro, tal vez un Ford Explorer con cristal calobar, y se perdió en la noche tal como vino.

Otero, entretanto, se dedicó a enseñarme a manejar el GPS que me entregó, con vistas a introducirlo en Cuba. Éste serviría para hacer los mapas. Luego de recordarme la importancia de la tarea asignada, me invitó a marcharnos hacia mi casa, precisamente cuando un nuevo día, el 14, anunciaba su llegada.

Ya en el auto, sumido en una visible euforia, me preguntó:

—¿Qué te pareció la cosa?

—Pepe parece ser una gente seria. ¡Ojalá que todo salga bien! —le dije simulando cierto temor.

—No habrá problema alguno. Ya verás. Si te inquietó lo del polígrafo, debes desechar toda preocupación. Estoy seguro que Pepe lo hizo para comprobarte. De todas maneras, eso no es cosa de otro mundo. Yo mismo lo pasé varias veces cuando trabajaba para la CIA.

—¿No me digas? —le pregunté, haciéndole advertir cierta admiración.

—¡Claro, chico! Es la cosa más fácil del mundo. Ya lo verás.

—También me preocupa si me registran aquí, en Miami, al salir por el aeropuerto. ¿Qué dirá esta gente si me coge con propaganda contra Castro? —le comenté.

—Eso sí no debe preocuparte —dijo Otero—. Aquí nosotros tenemos tremenda influencia. Muchas de las informaciones que obtenemos, y no son pocas, las compartimos con otras agencias del gobierno norteamericano. Podemos, incluso, protegerte si ocurre algún problema en los aeropuertos de los Estados Unidos.

—Eso me tranquiliza bastante —le dije aparentando calma—. Te agradezco todo el apoyo que me estás dando. Ten la seguridad que nunca te defraudaré.

Cuando arribamos a la casa, me despedí de Otero con un fuerte abrazo. Antes de entrar, pude ver, a lo lejos, cómo la noche se tragaba sin escrúpulos las luces rojas del auto del Gordo. Luego, en la sala, me senté a fumar un Marlboro. Confirmé, entonces, que ya no habría marcha atrás. Ni yo pensaba darla. Las circunstancias me habían involucrado en una tenebrosa conspiración.

CAPÍTULO 7

La amenaza se mantiene

La aparición de Pepe Hernández en escena representó un aspecto muy bien analizado en la reunión. Esa tarde de abril se respiraba un ambiente de peculiar tensión en la Jefatura de la Seguridad del Estado cubano. Los allí presentes, serenos y siempre acostumbrados a luchar contra el enemigo en las más complejas circunstancias, no ocultaban esta vez su preocupación. Para todos, aunque no lo demostraran, era evidente que un enorme peligro acechaba a la Isla.

Allí se reunieron los que estaban vinculados, de alguna forma, al trabajo contra la Fundación. Fernando tenía frente a sí un enorme bulto de documentos. Jacinto y Hugo habían revisado junto a su jefe, horas antes, el extenso informe que preparé inmediatamente después de mi retorno de Miami. Otros especialistas, invitados en esta ocasión, permanecían expectantes; estaban a la espera de expresar sus opiniones sobre el caso.

Desde un extremo de la larga mesa de trabajo, el Coronel observó detenidamente a cada uno de los presentes. Verificó que estaban tan agotados como él. No tenía dudas al respecto. Sin embargo, se dijo, no hay espacio para el cansancio en esta oportunidad. Luego, si era posible, todos se irían a descansar.

—Parece que los planes de la Fundación, al fin, han tomado forma—dijo a sus subordinados—. Se orientó a nuestro agente, durante los últimos contactos, la búsqueda de un conjunto de intereses informativos, particularmente relacionados con objetivos económicos de importancia para nuestro país. Todo indica que no les interesa el aspecto informativo en sí mismo. Les ocupa, en especial, la potencial vulnerabilidad de cada uno de estos objetivos. Esto nos obliga a instrumentar medidas de protección en

cada uno de ellos —se detuvo un momento para beber un poco de agua fría. Luego, continuó:

”Hay que priorizar la preparación de Fraile. Eso es fundamental. No perdamos de vista que él está ejerciendo la función de nuestros ojos y nuestros oídos. Gracias a este agente, y a otros, contamos, hasta el momento, con información valiosa sobre los planes de la Fundación —reflexionó, mientras incorporándose se dirigió, con paso lento, hacia una pizarra. Una vez situado al lado de la misma, comenzó a escribir.

”En primer lugar —inició la que se esperaba fuera una larga reflexión—, vemos un marcado interés informativo sobre la figura del Comandante en Jefe. Como siempre ocurre, no se excluye la posibilidad de que existan nuevos planes de atentados contra su persona. Otra vez están tramando algo contra su vida. Y no es extraño ver a Pepe Hernández involucrado. Él, lo mismo que otros jefes de la Fundación, harían lo imposible por asesinarlo. En esta oportunidad, han planteado a Fraile la tarea de rastrear información sobre sus movimientos en la capital. Posibles viajes, estado de salud, discrepancias con otros dirigentes. En fin, todo lo que nos pueda dañar en ese sentido. Evitar cualquier acción contra el Comandante en Jefe es, desde ahora, nuestra primera prioridad.

Todos los presentes, al unísono, hicieron un gesto afirmativo con sus cabezas.

”Hay que recabar, de inmediato, toda la información disponible sobre este interés del enemigo —continuó—, y estar a la viva con respecto a cualquier señal en esta dirección. Recuerden, Fraile ha recibido la encomienda de filmar varias industrias en el norte de La Habana y Matanzas. Allí están ubicados numerosos objetivos que son los principales soportes económicos del país. La Fundación, y tal vez no sólo ella, está interesada en conocer nuestros sistemas de defensa. Después de conocerlos, si lo logran, no van demorar en tratar de asestarnos un golpe.

—Coronel —lo interrumpió Fernando—, la entrega del GPS y las orientaciones transmitidas a Fraile confirman que la Fundación, y posiblemente los servicios yanquis, tienen mucho interés en localizar, con precisión, un conjunto de objetivos políticos, militares y económicos en Cuba. Como usted dice, esto les puede servir para asestarnos golpes sorpresivos. No sería extraño que utilizaran cohetes y bombas teledirigidas para tal fin. Ya lo hicieron en Libia. Sugiero que intentemos determinar si la Fundación cumple este encargo por sí misma, o le ha sido orientado por alguien que todos conocemos.

—Lo que tú dices es cierto, Fernando —acotó el Coronel—. Esto nos obliga a mantener, como siempre, una vigilancia permanente sobre la actividad de la Fundación y las otras organizaciones enemigas en el exterior. Es posible que traten de infiltrar otros agentes en el país. No sería extraño que captaran a personas aquí, sobre todo entre sus colaboradores de los grupúsculos. Por ello, compañeros, debemos aumentar la vigilancia.

—Coronel, la participación de Pepe Hernández en estos planes evidencia el comprometimiento de la Fundación, a su más alto nivel, en estos planes agresivos, de corte terrorista, contra Cuba —intervino Fernando de nuevo—. Desde luego, hay que determinar qué otros directivos están implicados. Con el trabajo de nuestros agentes pudiéramos salir de dudas al respecto.

—¿Se dan cuenta ustedes, compañeros, de la importancia de trabajar bien con la agectura? —reflexionó el Coronel en voz alta—. Hoy, como nunca antes, debemos preparar mejor a nuestros colaboradores secretos. Debemos, también, imponerlos de la gravedad de la situación. De más está decirles que esta realidad debe ser informada a la más alta dirección del país —concluyó.

Todos permanecieron en silencio. Cada uno midió la enorme responsabilidad que llevaba sobre sus hombros.

Luego que el Coronel se retiró, el silencio, siempre amigo de la reflexión, lo quebró Fernando.

—Como han de suponer —dijo—, hemos establecido un plan de medidas encaminado a seguir de cerca los planes enemigos. En ese plan están contempladas varias acciones decisivas: primero, la activación de todas nuestras fuentes. Todos nuestros agentes deben estar atentos a cualquier información que indique una señal enemiga. Segundo, la preparación y orientación sistemática a Fraile, procurando que esté mejor entrenado para realizar su labor de penetración. Esto incluye a todos nuestros agentes. Hemos sugerido, también, que se incremente la vigilancia en las instalaciones sobre las que se interesa la Fundación —puntualizó. Se detuvo el tiempo mínimo necesario para encender un cigarrillo y continuó—: Los oficiales que atienden a Fraile deben dar cumplimiento a las tareas orientadas por la Fundación a nuestro agente. Pero no olviden mantener absolutamente desinformado al enemigo.

—En eso hay que tener mucho cuidado, Fernando —acotó uno de sus superiores—. Esa gente no es tonta y, desde luego, no vamos a facilitarles información que puedan usar contra nosotros. Si la misma se aleja de la realidad, puede significar un indicio de desinformación tan evidente que pudiera alertarlo, con lo que se pone en peligro a la fuente. Si, por el contrario, la

información es real y enteramente comprobable, aunque se fortalece la credibilidad de la fuente, se corre el riesgo de entregarle un punto a favor sobre nosotros.

—Lo entiendo, Coronel —respondió Lillo a su interlocutor, uno de los sustitutos de la dirección.

—En los próximos días saldrán hacia Matanzas los dos oficiales que atienden a Fraile. Lo deben preparar para la ejecución de las filmaciones y los marcajes que le orientó la Fundación. Coordinaremos con los compañeros de Matanzas y provincia Habana; ellos apoyarán, a distancia, este trabajo. Mientras se realice la operación no se debe exponer a Fraile. Su identidad debe preservarse a toda costa. Por ello, Hugo, Jacinto y Frank, evitarán que ocurra algún contratiempo.

El jefe de su Departamento, mayor Atilio, que hasta ese momento no había pronunciado palabra, se removió en su asiento, estimulado por una evidente inquietud. Su cuerpo negro y musculoso, tan parecido al de un atleta, se tensó cuando tomó la palabra. No era frecuente en él interrumpir a sus subordinados cuando hablaban. Pero esta vez lo hizo.

—Fernando, es importante orientar a tus oficiales y al agente para que no actúen con impunidad. En esos sitios adonde se dirigen, la gente desconoce que se trata de una operación nuestra y puede sobrevenir un problema. Me preocupa lo de los marcajes. Pienso que deben realizarse de manera que tengan un nivel aceptable y justificado de desviación, es decir, hacerlos de modo que ofrezcan a la Fundación sólo puntos cercanos a los objetivos. Así hacemos que Fraile cumpla su tarea al pie de la letra, desde luego, aparentemente, pero salvaguardando esos objetivos.

—Lo que dice Atilio es correcto —expresó Fernando—. No debemos facilitarle el trabajo a esta gente. Vamos a entregarles los marcajes, pero señalando puntos que no signifiquen un peligro para esas instalaciones. De todas formas, Fraile puede justificarse ante ellos aduciendo la extrema vigilancia que existe sobre esos sitios.

—Otra cosa debe quedar bien definida —dijo Atilio retomando la palabra—: tampoco debemos entregarles filmaciones muy descriptivas de estas instalaciones. Sugiero que se hagan desde un carro en movimiento o desde puntos lejanos. Nuestros enemigos sospecharían si les llevamos, por ejemplo, una filmación de Villa Marista con completa nitidez. ¿No es cierto? Todo el mundo conoce que allí, donde radica la Jefatura, es imposible filmar con facilidad.

Finalmente, el capitán Fernando informó sobre otros aspectos de las medidas adoptadas. Éstas incluían las coordinaciones necesarias con otros órganos del Ministerio, así como los detalles de mi preparación. No olvidó, en su exposición, el tema relacionado con el entrenamiento que yo debía recibir para burlar el polígrafo. Nadie sabía si Pepe Hernández se antojaba, a mi regreso, de hacerme pasar esa prueba sin aviso previo.

Ya cerrada la noche, nos despedimos con un afectuoso saludo y la certeza de que las circunstancias nos imponían actuar con tacto y precaución. Cada uno llevaba la convicción de que el enemigo no iba a descansar. En especial, la Fundación.

No habían transcurrido dos días, cuando una mañana de abril salí hacia Matanzas acompañado por los tres oficiales del DSE que atendían mi caso. Tomando todas las medidas necesarias, nos dedicamos a realizar las filmaciones de diversos objetivos ubicados en el balneario de Varadero y en Matanzas. Unas veces, simulando un ponche de un neumático del carro; otras, argumentando un diferente motivo, fuimos realizando los marcajes con el GPS. La noche nos sorprendió en Varadero —realmente agotados— con la convicción de que nadie se percató de la actividad de “inteligencia” que habíamos ejecutado.

Luego de hospedarnos y cenar, nos sentamos a contemplar las estrellas. Éstas aparecían en el cielo con todo su esplendor. Así ocurre en las despejadas noches cubanas del mes de abril.

Mientras Jacinto y Hugo dormitaban en su asiento, Frank parecía buscar en el firmamento algo que se le había perdido. Luego de suspirar, me comentó con una indefinida tristeza en la voz:

—Tus *amigos* son del carajo. Prácticamente, te quieren convertir en un terrorista.

—No me cabe duda —asentí.

—¿Te imaginas la catadura moral de esta gente? La vida para ellos no vale nada. La vida de los demás, desde luego.

—Es así —coincidí.

—Monstruos como éstos no merecen vivir —sentenció.

—Nuestra tarea es combatirlos, Frank. Tal vez con eso lleguemos a impedir que causen más daño a gente inocente. La vida nos ha puesto en esa trinchera y, no te quepa duda, es motivo de orgullo para nosotros.

Frank permaneció un breve rato en silencio. Luego, preguntó:

—Percy, ¿alguna vez has sentido miedo?

—Muchas veces —le confesé—. Soy un hombre que frecuentemente siente miedo. Cada vez que viajo a Miami siento miedo. Aunque no lo creas, siento mucho temor. Pero la cosa no radica allí. Yo sé muy bien, siempre lo supe, el peligro que asumo. Cuando temo realmente por mi vida, sin embargo, pienso en mis padres, en mi familia y en ustedes. Entonces, me pregunto, qué pensarían si me rajo ante el enemigo. Si les fallo, no tendría cara para pararme delante de todos. Eso me reconforta, Frank, y me infunde valor cuando lo pierdo.

Frank me escuchó en silencio. Hoy estoy seguro —sin temor a equivoarme—, que pensaba como yo. Había vencido desde hacía mucho tiempo sus propios miedos. Siendo casi un niño se entregó a la lucha, buscando los sitios y las circunstancias más difíciles. Tal vez tuvo temores, es cierto, pero nunca los demostró a los demás. Fue de esos hombres especiales capaces de hacernos olvidar nuestras propias flaquezas. Él nos inspiraba a dar más de nosotros en el combate diario.

—¿Qué tú sientes, además de miedo, Percy, al estar cerca de esos tipos? —preguntó con evidente interés.

—Imagínate, resulta difícil ocultar el odio hacia ellos —respondí—. De repente, y ocurre así, te ves junto a estos tipos hablando de matar a Fidel, de poner bombas y otro tipo de actos despreciables. Entonces, uno tiene que acopiar mucha paciencia para no apretarles el cuello. Por eso es importante estar preparado. A diferencia del soldado que combate en una batalla y no ve el rostro a sus enemigos, el agente tiene que convivir con ellos. Debe, incluso, sentir como ellos. Y esto exige una incalculable dosis de control. Si uno se sale de sus cabales, pone en peligro su vida y todo el trabajo realizado.

Apartándome de mi oficial, a quien dejé sentado en la terraza, caminé hacia la playa. Mientras caminaba descalzo por la arena recordé la proposición de Pepe Hernández en lo referido a pasar el polígrafo. Desde luego, acepté de inmediato; no me quedaba otro remedio. De haberme negado, habrían sospechado de mí. Fue un momento crucial: tenía que arriesgarme. Hoy pienso que hubiese pasado la prueba con éxito. Todo dependía, en esos momentos, del grado de interiorización de mi leyenda. Creo que estaba psicológicamente preparado. De todas formas, luego de conocer que recibiría entrenamiento, respiré aliviado.

Cuando regresé, Frank permanecía en el mismo lugar. Al contemplarlo así, como si soñara con un mundo prometedor, supe que entre ambos existían muchas diferencias en cuanto apariencia física. Sin embargo, algo más poderoso nos unía. No importaba que él fuera un hombre joven y musculoso, curtido en la acción, mientras yo era pequeño y con una leve tendencia a la obesidad. Más allá de las apariencias físicas y la edad, algo nos igualaba.

—¿Y tú, Frank, por qué te metiste en esto? —le pregunté.

—Por romanticismo revolucionario —respondió—. Te tengo que aclarar estos términos. Fui educado en una familia de revolucionarios. Recibí una educación vinculada a esas ideas y quise marchar a los lugares que me exigían mayores sacrificios. Creo que un hombre debe estar allí donde el sacrificio es mayor. ¿De qué sirve decir que uno es un comunista si lo hace desde la comodidad? A veces te envidio sinceramente. Es una lástima que yo no pueda ocupar tu lugar. Te lo digo con sana envidia: no es porque uno, simplemente, desea ser un héroe. Yo vivo con los pies en la tierra; con plena certeza y convicción. Sin embargo, me gusta soñar con entregas mayores a la causa. Por eso, aunque sé que mi labor es útil, siento envidia por ustedes los agentes, los que están más cerca de nuestros enemigos.

—Te entiendo, Frank —le dije—. Creo que ustedes asumen tareas importantes para la Revolución. Incluso, sin oficiales capaces no habrá nunca buenos agentes. Y siendo tan jóvenes, casi niños, ostentan una gran responsabilidad. Pero la certeza de que nuestra causa es invencible radica en eso: en contar con la juventud. Nuestros enemigos han envejecido en su intento de derrotarnos. Y hay algo evidente: la Seguridad cubana se ha nutrido de hombres jóvenes y éstos luchan con la misma fidelidad y eficacia que sus antecesores.

—Es cierto —afirmó.

—No puedes imaginarte cuál es la importancia de tu trabajo —continué—. Todo lo que yo hago, y lo que hacen otros agentes, depende de la dirección de ustedes. Mi trabajo tiene un halo de misterio y romanticismo; llega a ser, incluso, hermoso. Pero eso no implica que yo solo lo haga todo. La verdad es otra. Un agente representa los ojos y los oídos de sus oficiales; sin embargo, ¿de qué sirve esto sin una dirección, sin una orientación? ¿Te das cuenta? Ustedes, los oficiales, y nosotros, los agentes, hacemos un trabajo hermoso y útil a la vez.

—Tienes razón —concedió Frank—. Lo que ocurre es que, a veces, se piensa que la vida es muy corta. Tan breve, que uno no puede dar todo lo que quisiera...

—No te preocupes —lo interrumpí—. Vas a vivir mucho tiempo para servir a nuestra gente. Ya quisiera yo tener tu edad, tu fuerza y tu juventud. Si así fuera, dispusiese de tiempo para hacer las cosas mejor. A veces me siento cansado y creo que la causa son los años. Bueno, Frank, creo que ya hemos chachareado bastante. Lo mejor es irnos a acostar. Para mañana nos queda el resto de la “pincha”.

Los dos nos retiramos a las habitaciones bien entrada la noche. Ninguno podía imaginar que realmente sería una de las pocas oportunidades que tendríamos para conversar sobre temas tan íntimos. No mucho después, en la flor de su vida, Frank murió en una acción.

Nunca dudé que fuera un héroe. Pero un tipo especial de héroe. Tal vez de los más sobresalientes. Ésos que alcanzan, con sus actos cotidianos, la dimensión más alta de heroísmo. Fue de los que quedan sembrados, para siempre, en la memoria y el recuerdo de sus compañeros. No por extraordinarios; quizá, simplemente, por ser, de manera callada y sin pedir reconocimientos, los creadores de una hermosa obra. Toda su vida fue una estrella fugaz que pasó por nosotros, iluminándonos con su luz propia y peculiar.

Mayo transcurrió sin novedad para mis vínculos con los terroristas. Parecía que nada ocurría. En realidad, durante esos días, los dirigentes de la Fundación estaban eufóricos ante los sucesos que, desde abril, tenían lugar en Cuba. La constante propaganda contrarrevolucionaria, la incitación al desorden social, provocó cierta inestabilidad en la Isla. Elementos lumpen, desclasados y al servicio del enemigo, penetraron en embajadas. Muchos se hicieron a la mar en balsas rústicas, siguiendo el canto de sirenas del capitalismo. La propaganda contra la Revolución arreció. No había duda: se tramaba la próxima crisis de los balseros. Por tanto, se auguraba la caída de la Revolución. Para ellos, el socialismo cubano había agotado su capacidad de resistencia.

Pero la Fundación apostaba por el terrorismo. Tanto Pepe Hernández como Otero mantuvieron la búsqueda de información sensible relacionada con objetivos económicos cubanos. Para mayo se me insistió en que jerarquizara la colocación de pegatinas alusivas al Frente Nacional Cubano. Sin duda buscaban un marcado protagonismo dentro de estos sucesos.

La causa de que mantuvieran sus planes era evidente: no confiaban que la Revolución pudiera caer por esta vía. En el fondo de su pensamiento, sólo la violencia podría cumplir este cometido. Mientras todo ocurría, Cuba se defendía tenazmente. Era primordial conocer qué y cómo pensaba el grupo

terrorista. Verificar sus próximos pasos, desde luego, se convirtió en el primer objetivo para todos nosotros.

El 5 de mayo de 1994 me entrevisté con Alfredo Domingo Otero en Miami. La reunión se celebró durante la noche, en un parqueo aledaño al Office Depot de la 32 y Coral Way. Fue un contacto breve. Otero insistió, sin ocultar su disgusto, en que debía realizar los marcajes y filmaciones anteriormente orientadas. Desde luego, la Jefatura, en Cuba, había decidido no entregarles todo de inmediato. Ante el incumplimiento de la totalidad de las tareas, Otero prometió entregarme un premio si las llevaba a cabo a mi regreso de La Habana. Posteriormente, me dijo, debía devolver el GPS.

En esta oportunidad me entregó doscientos dólares y un recipiente en el que se ocultaban varios centenares de pegatinas sobre el Frente Nacional Cubano para colocarlas en agencias internacionales de prensa, firmas extranjeras y hoteles. De acuerdo con su plan, esa acción contribuiría a desestabilizar la aún compleja situación existente en Cuba. Ardiendo de entusiasmo, me urgió a entregarles todo lo solicitado en mi próximo retorno a Miami. “No se puede fallar —me dijo— ya que es importante disponer de toda esa información.” Ya no quedaban dudas: la Fundación mantenía sus planes de recopilación de información en relación con objetivos económicos; ubicados, sobre todo, en diversas provincias occidentales del país.

Luego de esta breve estancia en Miami, informé a mis oficiales que el grupo terrorista de la Fundación se mantenía apegado a los planes de recopilación de información sobre diversos objetivos políticos, económicos y militares en las provincias de Matanzas, La Habana y ciudad de La Habana. Para la Jefatura de la Contrainteligencia esto reforzó la convicción de que el interés del enemigo era la antesala de la violencia. Por ello, mantuvo la respuesta acordada en la reunión del Coronel con sus subordinados: mantener, a toda costa, los planes de penetración y desinformación al enemigo. Con vistas a desempeñarme con más eficacia, se acordó un plan de entrenamiento que incluía mi adiestramiento en la evasión de la técnica del polígrafo y la práctica de tiro defensivo.

Días después, a principios de junio, viajé de nuevo a los Estados Unidos. Miami me recibió con su eterna indiferencia. Era un viajero más; otro entre los miles que llegan diariamente a la enorme ciudad en busca de continuidad para su propio destino individual.

Cuando el bullicio de las calles comenzó a languidecer, Otero me recogió, sobre las ocho de la noche, y me trasladó, como ya era habitual en nuestros contactos, hacia su residencia en el South West. Siguiendo una rutina frecuente, nos sentamos en la zona exterior de la casa y bebimos sendos vasos de whisky. Al rato, cuando comenzaba a aburrirme la perorata de mi anfitrión, apareció Pepe Hernández. Traía la misma ropa de siempre: camisa blanca y pantalón oscuro. Sin hacer preámbulos, me preguntó:

—¿Qué nos ha traído?

—Bueno, Pepe —le respondí—, creo que cumplí con lo que me encargaron. Aquí están los marcajes de los sitios de las provincias de La Habana y Matanzas —y le extendí un arrugado papel que él tomó en sus manos. Luego, continué—: También traje conmigo un vídeo que filmé de la bahía de Matanzas. Usted podrá comprobar que aparecen la Terminal de Azúcar a Granel, la Base de Supertanqueros y la termoeléctrica. Traigo, además, imágenes de varios hoteles de Varadero.

Una vez que concluí mi informe, le hice entrega del casete de vídeo y del GPS. Pepe revisó la lista con los marcajes y exclamó eufórico:

—¡Esto sí está bueno! Alfredo, nuestro amigo merece una felicitación —se me acercó con una sonrisa y puso en mis manos un fajo de billetes—: Le entrego este dinero ahora y sepa que, más adelante, le daremos mucho más. Si sigue trabajando con nosotros de esta forma, su vida mejorará, Percy. Vuelvo a recordarle nuestro interés en que abra una firma exportadora e importadora en La Habana. Con la fachada de introducir en Cuba artículos electrónicos, lograríamos pasar grandes cantidades de explosivos y propaganda. Como usted ve, dinero habrá de sobra. Creo que con capital no debe haber dificultad para operar en el futuro contra Castro.

—Estoy seguro, Pepe, que con plata se alcanza todo —asentí—. Si usted me entrega dinero suficiente, le monto en Cuba una de las firmas más exitosas que lo cubanos hayan conocido.

—Eso es importante para nosotros —comentó—. Pero quiero que ponga especial atención, particularmente ahora, en informarnos sobre la situación en La Habana. Nos interesa saber qué está ocurriendo allí. No cabe duda, la gente está desesperada. Ya usted ve, Percy, cómo se están introduciendo en las embajadas. ¿Cree usted que esta situación pueda hacer colapsar al gobierno?

—Si usted me permite serle sincero, eso espero —dije dubitativo—. Pero, Castro puede maniobrar y sobrevivir. Es cierto que la irrupción de gente en las embajadas le crea un problema al gobierno, sin embargo, no es un fenó-

meno en gran escala. Son unos pocos; mientras no se amplíe la manifestación de descontento, el hombre tendrá cartas que jugar. No creo que Castro se caiga con estas cosas.

—Pienso igual que usted —aceptó—. A Castro hay que tumbarlo con violencia. Desencadenarla, debe ser nuestra tarea inmediata. La Fundación se encargará de divulgar todo lo que se haga. Estamos obligados a demostrar al mundo que, en Cuba, existe una fuerte oposición. Mientras convencemos a todos, debemos hacer lo que esté en nuestras manos para dar esa impresión —se detuvo un momento para aspirar un poco de aire y continuó—: Percy, estamos preparando varios envíos de equipos electrónicos para nuestra gente en Cuba; y usted se encargará de llevarlos. Dentro de ellos meteremos algunas cosas que, en su momento, le explicaremos. No debe preocuparse por los riesgos, ya que además de pagarle bien, tomaremos todas las medidas para que no sean detectadas.

—Si me pagan por ello, no hay problema —respondí.

Pepe Hernández caminó hacia la sala de la casa. Solicitó a Otero, quien había permanecido en silencio todo ese largo rato, que pusiera la cinta en el video casetera. Todos penetramos en la espaciosa sala y nos acomodamos en los confortables asientos. En el televisor aparecieron las imágenes de la bahía matancera. Lugares que yo conocía fueron apareciendo en la pantalla. Sobre ellos pendía, latente, la amenaza. Pepe observaba en silencio la sucesión de imágenes. Cuando, luego de varios minutos, culminó la proyección, exclamó:

—La filmación ha sido deficiente. Está filmada de muy lejos y no se precisan todos los detalles. Creo que usted no quiso arriesgarse —acotó, sin ocultar su descontento. Luego continuó—: En estas circunstancias, se nos hace difícil analizar cada uno de estos objetivos. Me parece...

—Mire, Pepe —le interrumpí visiblemente molesto—, si usted duda de mi trabajo, debe buscar otra persona que lo haga. Filmar eso, ubicado en una posición más cercana, es peligroso. Hay policías por todos lados. Si me cogen, usted no tendría ni siquiera una filmación como ésta.

—No se ponga bravo. No quise ofenderlo —respondió—. Aunque no lo crea, es importante la información sobre estos lugares. En ningún momento hemos dudado de su valentía; todo lo contrario. De todas maneras, no se preocupe; creo que podemos solucionar este problema —se detuvo otra vez y, luego de rascarse la cabeza, continuó—: Otero, es importante que llesves esta filmación a un laboratorio para ver si se pueden sacar fotos secuenciales de los objetivos filmados. ¿De acuerdo?

—No hay problema, Pepe —respondió el Gordo, extremadamente solícito con su jefe.

El Presidente de la Fundación, haciéndose el importante ante nosotros, tomó nuevamente la palabra:

—Debo confesarle algo. En los próximos días lo atenderá Otero; yo debo ir a Washington. Allí me esperan asuntos decisivos para el futuro de Cuba y no puedo postergarlos. Creo que usted lo entenderá.

—Desde luego, Pepe —dije.

Pepe Hernández se levantó y, luego de despedirse, se alejó hacia la puerta. Al hacerlo, no volvió la vista atrás. Para él no había duda: la conversación había terminado y no valía la pena permanecer allí.

Unos días después, cuando estaba a punto de retornar a La Habana, Otero me contactó para darme otras instrucciones. El encuentro fue breve. Se limitó a ponerme al tanto de las solicitudes de su jefe.

—Debes repetir las tareas que te orientamos —dijo con desgano—. Pepe quiere que vuelvas a filmar la zona industrial de la ciudad de Matanzas. Trata que esta vez todo se vea con más nitidez.

—No hay problema —le dije.

—Hay otras cosas que hacer —continuó, haciendo caso omiso a mi interrupción—. Deberás concederle un lugar especial a lo relacionado con las termoeléctricas. Si logramos dejar a Cuba sin electricidad, será un golpe terrible para Castro.

—Lo comprendo muy bien —respondí.

—Pepe me sugirió, además, que te recordara lo de las pegatinas —dijo asumiendo el papel de un maestro ante un alumno incapaz de recordar una tarea—. No debe quedar una sola agencia de prensa sin que se coloquen pegatinas en ella.

—No jodas más, Otero. Todo está claro —insistí.

—Por último, el jefe me comunicó que te entregaremos, en la próxima visita a Miami, un teléfono celular para que puedas comunicarte con nosotros desde Cuba. Por esta vía te será fácil informarnos lo ocurrido en La Habana, jerarquizando lo relacionado con los desórdenes que se están produciendo por allá.

Junio terminó con nuevos peligros acechando. En Miami había una gran expectativa, y muchos esperaban la caída del gobierno en Cuba. Se ilusionaron falsamente: creyeron que todo cambiaría en pocos días. A muchos se les vio

preparar las maletas, nerviosos, casi convencidos del cercano fin de Fidel Castro. Unos pensaban recuperar sus centrales azucareros; otros se veían nuevamente dueños de sus fábricas y mansiones. No faltó quien pensó regresar al ayer, a su mundo de privilegios y vengarse de los que habían osado desplazarlos del poder.

Ninguno de ellos contó con la resistencia popular. Les faltó aquilatar el amor del pueblo a la Revolución y su fe en Fidel. Olvidaron que la gente de Cuba no quería volver, bajo ningún concepto, al pasado. Aquí, en Cuba, solamente se mira hacia delante, hacia el futuro.

Luego llegaron dos largos meses en los que realicé el mismo trabajo para la Fundación: recabar información sobre diversos objetivos económicos, distribuir propaganda entre supuestos desafectos y mantener informados, a sus jefes, sobre lo que acontecía en la Isla. Siempre estuve apegado a las reglas de juego impuestas por mi condición de agente doble. Lo esencial, sin lugar a dudas, era seguir el juego a la Fundación y neutralizar sus agresivos planes.

El mes de julio me recibió indiferente, sin despertar en mí más que una sensación de permanente expectativa. No bien había arribado a Miami, fui conducido por Otero a su residencia para encontrarnos de nuevo con Pepe Hernández.

El presidente de la Fundación traía, como siempre, su eterna y arrugada camisa blanca. Y en sus ojos, similares a los de un águila, la misma infundada complacencia.

—Hace falta que busque la información que le solicitamos sobre Castro —me dijo—. Esto ahora es esencial para nosotros; como nunca antes. Estudie las vías por las que se desplaza en La Habana. Ha llegado la hora de ajustarle cuentas. Dentro de la ola de descontento que existe en el país, sería el tiro de gracia para los comunistas en Cuba. Fíjese, Percy —reiteró—, necesitamos saber qué calles frecuenta en sus desplazamientos y las posibilidades reales de hacerle un atentado. Esa información es vital y usted será muy, pero muy bien, recompensado.

—Descuide, Pepe, esa solicitud la tomaré como primera prioridad —le respondí aparentando confianza y seguridad.

—Es preciso que analicemos la nueva filmación de la zona industrial de Matanzas. Espero la haya hecho tal como se lo orientamos —dijo levantándose e invitándonos a seguirlo.

Unos segundos después fueron apareciendo en la pantalla del televisor varios objetivos económicos ubicados en la bahía matancera. La termoeléctrica “Antonio Guiteras”, la Terminal de Azúcar a Granel y la Base de Supertanqueros se mostraron ante nuestros ojos como expresión de las nuevas obras de la Revolución y potenciales blancos de la demencia terrorista de la Fundación. Obreros cubanos aparecieron en las imágenes. Caminaban por esa parte de la ciudad, sonriendo, indiferentes a los planes terroristas de nuestros enemigos. Ninguno de ellos podía imaginar que eran filmados para que luego aparecieran en Miami, en el contexto de una conspiración criminal.

Pepe Hernández, que había permanecido de pie observando las imágenes, tomó la palabra al finalizar la filmación:

—¡Ahí está lo que nos interesa! —comentó eufórico—. Es importante que usted determine la distancia exacta entre esa termoeléctrica y la costa. Debe entregarnos, Percy, un croquis con las vías de acceso a la misma. Determinar cómo está vigilada, es igualmente esencial. Creo que si los golpeamos por ese lugar, nunca se recuperarán. Algún día usted, amigo mío, conocerá la importancia de su ayuda.

—Realmente, será un golpe demoledor —murmuré sorprendido y aparentemente halagado.

—Como ya le orientamos con anterioridad —dijo con reservado entusiasmo—, tenemos fuerte interés sobre objetivos de ciudad de La Habana. En este sentido, es importante que filme varias cosas allí. Por ejemplo: Villa Marista, el hospital CIMEQ, la clínica “Cira García” y el Palacio de Convenciones. No deje de filmar los accesos a la casa de Fidel en la calle 222, en Siboney —se detuvo un momento, tomando aire, y continuó mientras me enseñaba unos mapas enrollados—: En estos mapas, como podrá apreciar, hemos colocado varios de sus marcajes. Sería importante, por su conocimiento de estos lugares, nos confirmara si los ubicamos correctamente.

Nos acercamos a la pequeña mesa del comedor de Otero, sobre la que Pepe extendió tres mapas. En todos se leía el membrete US ARMY; estaban confeccionados a la escala de 1:5000. Cumpliendo con su solicitud, me dediqué a confirmarles los marcajes, que yo había realizado, en cada uno de los objetivos solicitados. Como era de esperar, se advertía sólo una relativa correspondencia entre la ubicación real de los mismos y los marcajes hechos con el GPS.

—Por otra parte —dijo Pepe—, sabemos que Castro asiste, siempre, a los actos por el 26 de Julio. A usted le toca averiguar dónde se realizará este

acto en los próximos días. Tenemos pensado entregarle un equipo electrónico, de alta tecnología, con vista a interferir la señal de audio durante la transmisión del acto. ¿Se imagina lo que sucederá en toda Cuba y en el mundo? Mientras el tirano esté hablando, transmitiremos una alocución de Jorge Mas Canosa al pueblo de Cuba. ¡Qué golpe les asestaremos, caballeros! —dijo y se detuvo para expresar su euforia mediante una carcajada. Luego continuó en tono reflexivo—: El problema está en poner en sus manos este equipo tan sofisticado; creemos que a usted no le puede resultar difícil transportarlo consigo. Hemos pensado en varias variantes: la primera, enviarlo por mar y que lo reciba en la costa o en alta mar. La segunda, introducirlo en Cuba, con la ayuda de amigos diplomáticos, y luego colocarlo en escondrijos. No habría peligro cuando usted lo recogiera con posterioridad. La tercera variante es que alquile una lancha aquí en Miami, a un ciudadano norteamericano, y usted mismo se encargue de llevarlo a Cuba. ¿Qué le parece este plan?

—No sé, Pepe —le manifesté dubitativamente—, no sé. Me parece bastante arriesgado.

—No diga tonterías —dijo con evidente disgusto en la voz—. Es un plan perfecto.

Otero tomó la palabra para sugerir que el equipo podría mandarse a Cuba desde una lancha teledirigida y a mí me tocaría seleccionar un lugar adecuado en la costa e informarlo previamente. Pero no se logró un acuerdo definitivo al respecto.

La larga entrevista duró más de dos horas. Luego de entregarme un teléfono celular que debía trasladar a Cuba para utilizarlo como vía de comunicación entre nosotros, me especificaron la necesidad de evitar, a toda costa, su ubicación por los medios técnicos de la Seguridad cubana.

—Este celular será activado desde México, por parte de un amigo nuestro que trabaja en la compañía que se relaciona con ETECSA —dijo Pepe.

Luego de entregarme trescientos dólares, el presidente de la Fundación me informó, a grandes rasgos, cuáles serían mis tareas inmediatas.

Las mismas consistían en trasladar a Cuba un mapa, debidamente oculto dentro de un container, en el que debía ubicar los diversos objetivos que me solicitaran posteriormente por vía telefónica; también debía obtener, para entregar en mi próximo viaje, varios billetes de diversas denominaciones, utilizados en Cuba como moneda libremente convertible. Por último, Hernández insistió, de nuevo, en que yo informara sobre la presencia de Castro en el acto del 26 de Julio y señalara el lugar donde se efectuaría este evento. Insistió, además, en que filmara diversas instalaciones cubanas, entre ellas las

residencias de Castro, el Palacio de Convenciones, Villa Marista, la refinería “Ñico López” —todas en ciudad de La Habana—, y la termoeléctrica y la fábrica de cemento “René Arcay”, ambas en Mariel.

Cuando creía conocer todas las tareas que debía realizar, Pepe me orientó escuchar, entre los días 7 y el 14 de julio, las transmisiones de “La Voz de la Fundación”. Éstas se transmiten por la banda de 31 metros, frecuencias 9455 y 9955, entre las 22 y las 24 horas. Yo tendría que informarles de la calidad de la recepción de la señal en cada horario y frecuencia.

Luego de varias horas de conversación, nos despedimos bien entrada la noche. Ellos experimentaban un gran entusiasmo. Por mi parte, para qué negarlo, me encontraba lleno de preocupaciones.

Días después, al arribar a La Habana, me puse en contacto con mis oficiales.

En cuanto la Jefatura tuvo en sus manos la información sobre los planes enemigos, adoptó un plan de medidas encaminado a darles seguimiento. Dentro de las disposiciones adoptadas, estaba la de continuar el trabajo en el grupo terrorista. De hecho, tendría que caracterizar cada uno de sus planes, así como determinar cuáles de sus dirigentes estaban involucrados en los mismos.

El día 4 de agosto de 1994 retorné a Miami. Llevé conmigo no sólo orientaciones muy precisas. En mi equipaje, y debidamente escondidos, transporté algunos mapas y documentos sobre objetivos de suma importancia para la economía cubana.

Ese mismo día, en horas de la noche, se produjo un nuevo encuentro en casa de Otero. Allí se encontraban con Otero, Pepe Hernández y un director de la Fundación, nombrado Horacio Salvador García Cordero. Apenas iniciada la conversación, el presidente de la Fundación destacó que se mantenían los planes previstos con anterioridad.

Sin más preámbulo, les comuniqué que el celular no había funcionado. Por tanto, me había sido imposible enviarles los marcajes por esa vía.

—No entiendo qué pudo suceder —se justificó Pepe de inmediato—. Esta gente me dijo que no habría problemas para instalarlo.

—La realidad, Pepe, es que no funcionó —acoté.

—No se preocupe, eso lo resolveremos —respondió sin darle importancia al asunto—. Entréguemelo; mañana se lo devolveré.

—No hay problema —le dije.

—Bueno, Percy, creo que ahora sería prudente pasar al comedor para que converse con Horacio. ¿Usted sabe quién es Horacio? —preguntó.

—Realmente, no sé —fue mi respuesta.

—Bueno, nuestro amigo Horacio es directivo de nuestra Fundación. Él quiere comprobar con usted los marcajes que ha realizado.

Ya en la mesa del comedor de Otero, Horacio, un sujeto de mediana estatura, tez blanca, obeso, de pelo negro y aproximadamente cincuenta y seis años, se encargó de comprobar los marcajes que había llevado desde Cuba.

—Como usted puede apreciar —me dijo—, hemos colocado en este mapa los marcajes que usted realizó en Cuba. Nos llama la atención que existe cierta desviación en algunos casos. ¿Puede explicarnos por qué ocurre esto?

—La respuesta es sencilla —aclaré—. Hubo casos en que me fue imposible acercarme a los objetivos. Como usted ha de suponer, la vigilancia allí es muy grande.

—Bueno, no se preocupe —intervino Pepe—. La cuestión ahora es continuar con nuestros planes. ¿De acuerdo?

Los demás asentimos con la cabeza.

—Le comunico que ciframos grandes esperanzas en el trabajo que realiza en Cuba —dijo dirigiéndose a mí—. Por ello su seguridad cobra interés especial para nosotros. Le he orientado a Otero proteger su identidad, Percy, ahora más que nunca. Para ello, debemos ser prudentes, de manera que su relación con la Fundación no sea conocida. En tal sentido, buscaremos una casa de seguridad para celebrar nuestros contactos. Es lógico actuar con mucho sigilo. Si los agentes de Castro detectan nuestros planes, posiblemente usted quede expuesto a grandes riesgos. ¿Entiende por qué debemos cumplir estas reglas?

—Entiendo —asentí.

—Mañana profundizaremos en otros asuntos —concluyó Pepe, incorporándose—. Otero le explicará cuándo y dónde será nuestro próximo encuentro.

La noche siguiente, Otero me recogió y condujo hacia uno de los Marriott Residence Inn de Miami. Este hotel, situado no muy lejos de la casa del Gordo, estaba compuesto por varios y hermosos bungalows. En uno de ellos nos esperaba Pepe Hernández. Luego de los saludos de oficio, nuestro anfitrión se dirigió a mí:

—Le he traído de nuevo el teléfono celular. Apenas llegue a La Habana, comprobará que ha sido activado —se detuvo; me miró con detenimiento y prosiguió—: Debe encenderlo todos los días. Pero lo hará sólo entre las

doce del día y las ocho de la noche. Este equipo le permitirá comunicarse con Otero, siempre desde Cuba. Le recomiendo que use el seudónimo de Bartolo para hacerlo. ¿Está claro?

—Parece simple —comenté.

—No es tan simple, Percy —discrepó de mí—. Faltan algunos detalles.

—Lo escucho —me apresuré a decirle.

—Apenas arribe a La Habana, llamará a un número telefónico situado en Canadá. Preguntará por Cartaya y se identificará con él. Éste realizara un *throwaway* con el teléfono de Otero. ¿Entiende?

—Insisto en que parece fácil —reiteré mi criterio.

—Y le repito que no es tan simple —volvió a discrepar—. Para enmascarar la comunicación debe emplear un equipo multitono. Otero se lo entregará antes que usted retorne a Cuba y le instruirá cómo usarlo.

Luego de apurar un vaso de Coca Cola, Pepe continuó:

—Hoy le voy a entregar otro GPS, bastante más sofisticado que el anterior. Con el mismo deberá repetir los marcajes en los mismos objetivos. Los marcajes que obtenga deberá comunicarlos a Otero, antes del 23 de agosto. ¿Alguna duda, Percy?

—Ninguna, Pepe —le confirmé.

—Por último, me gustaría que visitara Tropicana. En ese cabaret, posiblemente, golpearemos a Castro con toda nuestra fuerza —sentenció—. Estudie el lugar con detenimiento y, a su regreso, infórmenos del sitio más apropiado para colocar una bomba.

—¿Dentro del cabaret? —pregunté, sin disimular sorpresa.

—¡Claro que sí! —respondió Pepe.

—¿Y no morirá gente allí? —inquirí, preocupado.

—No se preocupe, allí no morirá nadie —dijo Pepe regalándome una sonrisa enigmática—. ¿Acaso usted no confía en nosotros? Sólo los asustaremos, Percy. Sólo eso haremos: asustarlos.

Días después, luego de haber arribado a La Habana, el 11 de agosto de 1994, me comuniqué con Otero y le indiqué que el GPS no funcionaba. El Gordo, sumamente sorprendido, trató de buscar una solución a esta dificultad, brindándome varias sugerencias sobre cómo operarlo.

Mientras tanto, la Contrainteligencia cubana continuaba su seguimiento a los planes de la Fundación. Para mis superiores, los propósitos del enemigo estaban dirigidos a recopilar información sobre estos importantes objetivos,

con vista a golpearlos después. No cabía duda: en sus planes se incluía un atentado contra la termoeléctrica matancera.

Igualmente, la búsqueda de billetes de diversas denominaciones, en moneda libremente convertible, representaba otro tipo de agresión. Con la intención de falsificarlos, intentarían caotizar la circulación monetaria mediante su introducción en Cuba.

Otros hechos caracterizaban la agresividad de la Fundación en esos momentos: especialmente su interés en revitalizar el plan de atentado terrorista contra el cabaret Tropicana, en ciudad de La Habana, y la no descartada posibilidad de realizar alguna acción contra el acto del 26 de Julio de ese año.

Por otra parte, el empleo de mi persona para indicarles la calidad de las transmisiones de la “Voz de la Fundación”, hacía presumir una escalada de sus ataques propagandísticos contra Cuba.

La Jefatura concedió especial importancia al abastecimiento de medios relativamente sofisticados dirigidos a facilitar la ejecución de las tareas de inteligencia que me habían asignado. En primer lugar, el empleo de un teléfono celular, utilizando para ello el multitono y el uso del *throwaway*, vía Canadá, representaba un hecho novedoso. En segundo lugar, el uso de diversos GPS, para marcar objetivos ubicados en la zona industrial de Matanzas, mostraba claramente su interés sobre aquel objetivo económico.

Pero, acaso, el elemento más importante, demostrativo de que se me encomendarían nuevas e importantes tareas en los próximos meses, eran las medidas de clandestinaje previstas para nuestros contactos ulteriores, según instrucciones de Pepe Hernández. No se descartaba, por tanto, que la Fundación me utilizara para realizar atentados en Cuba. Los próximos días servirían para esclarecer esta interrogante.

Una a una, fui ejecutando las orientaciones de los terroristas de la Fundación. Realicé los marcajes, cuidando que no existieran desviaciones sospechosas con respecto a la ubicación real de cada objetivo. Cuidadosamente las cotejamos con los marcajes ya entregados.

Una noche de agosto visité Tropicana como un turista más. Al penetrar en aquel famoso centro nocturno, ninguno de los allí presentes pudo suponer que estudiaba dónde se podía colocar una bomba. La muerte aparecía para ellos —salvo para mí, por supuesto— como una amenaza imperceptible.

Mientras tomaba fotos del salón “Bajo las Estrellas”, simulándome interesado en llevarme un recuerdo, fui comprobando la vulnerabilidad del lugar.

Concluí que sí era posible dar allí el zarpazo de muerte. Y esta certidumbre se me convirtió en un escalofrío. “*Las víctimas no tendrían banderas*”, —me dije.

Varios días después descansaban, sobre el buró de Fernando, las fotos que tomé en Tropicana. Las acompañé de un croquis de las instalaciones y otros documentos relacionados con el caso. Éste, luego de consultar con la Jefatura, había adoptado como plan continuar la penetración a la cúpula terrorista de la Fundación, con vista a conocer sus intenciones y conocer cómo fraguarían el atentado contra este cabaret y otros objetivos. Se pondría a Pepe Hernández y a Otero, por mi parte, luego de entregarles las fotos y el croquis, que la bomba fuera colocada en horas de la madrugada. Lo ideal sería, según mis apreciaciones, ubicarla en las afueras de la instalación, específicamente en el muro exterior y aledaño a la entrada de los empleados.

Si la Fundación sólo quería hacer ruido y afectar el turismo, aceptaría la propuesta. Si, por el contrario, querían provocar un acto terrorista en gran escala, se opondrían a esta variante y me presionarían para realizarlo en el interior del salón “Bajo las Estrellas”, precisamente en el momento de más afluencia de público.

Sólo una cosa era cierta en esos momentos: costara lo que costara, jamás estallarían esa bomba en Tropicana.

CAPÍTULO 8

El enemigo prepara un golpe terrorista

Arribé a Miami, procedente de Nassau, Bahamas, la tarde del 4 de septiembre de 1994. Cuando logré comunicarme con Otero, luego de instalarme en casa de mis amigas, supe que no podrían contactar conmigo hasta dos días después. Según el Gordo, Pepe se encontraba muy ocupado por esos días, dando seguimiento a los sucesos relacionados con la crisis de los balseiros. Ante esa circunstancia, me dediqué a la atención de asuntos relacionados con mi viaje, sobre todo, a recibir algunas visitas y realizar compras en las tiendas cercanas.

Luego de una tensa espera, el día 6 logré contactar con Otero. El encuentro tuvo lugar dentro de uno de sus autos, precisamente frente a la casa donde me hallaba residiendo en esos momentos, situada en el 2644 SW 31 Court. Sin casi mediar palabras, nos dedicamos a comprobar el funcionamiento del GPS traído por mí desde Cuba. Finalmente, no antes de varios intentos, lo hicimos funcionar.

Resuelto el problema con el GPS, lo que había provocado que no les pudiera cumplir la tarea de los marcajes, Otero orientó me dedicara a microlocalizar la sede del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, apenas regresara a Cuba.

Según me dijo, Pepe estaba enredado con el problema de los balseiros, acontecimiento que provocó una crisis entre Cuba y los Estados Unidos. De acuerdo con esta razón, resultaba imposible entrevistarme con él.

—No te preocupes —dijo—, que te tengo varias orientaciones de su parte. La principal, óyelo bien, es continuar los planes relacionados con Tropicana. ¿Entiendes?

—Por supuesto —respondí.

—También debes mantener lo de las filmaciones y los marcajes, tal como te comenté hace un momento. Sobre el primer tema, quiero insistirte que es necesario filmar, con el mayor detalle posible, los edificios del Comité Central del Partido y del Ministerio del Interior. Ambos están en la Plaza Cívica. ¿No es así?

—Bueno, Otero —acoté con cierta burla—, creo que ahora se llama Plaza de la Revolución.

—A esa misma me refiero —respondió—. Es realmente una desgracia, los comunistas le han cambiado el nombre a todo.

—Eso suele pasar —dije con desgano.

El Gordo lanzó un improperio y preguntó:

—¿Empezaste a usar un tercer país para trasladarte hasta aquí, tal como te orientamos?

—Acabo de usar la vía a través de Nassau —respondí.

—¿Tuviste alguna dificultad en el viaje? —preguntó con interés.

—Realmente, no. Parece ser una vía segura, aunque no niego que es mucho más lenta.

—Bueno, Percy —dijo, aparentemente apresurado por algún motivo que no me comunicó—, antes de terminar quiero comunicarte otra orientación de Pepe. Es posible que, en tu próximo viaje, te entreguemos dos artefactos explosivos. Pensamos enmascararlos en cámaras de vídeo, televisores u otros equipos. De esta forma, no será difícil introducirlos en Cuba. Luego, tal como esperamos, los detonarás en centros turísticos de la capital y Varadero.

—Dos cosas me inquietan —le manifesté con evidente preocupación—: La primera es la plata. Me gustaría conocer cuánto me pagarán ustedes por poner esas bombas. Deben tener bien claro que asumo muchos riesgos al hacerlo. La segunda, desde luego, es que no conozco nada de bombas. Supongo que ustedes me enseñarán a manipularlas. ¿No es así?

—No te preocupes —dijo regalándome una sonrisa—. Plata hay suficiente. Puedo asegurártelo: te pagaremos diez mil dólares por cada bomba. ¿Te agrada?

—¡Claro! —respondí.

—De cómo aprender a manipularlas, tampoco debes preocuparte. Es bien sencillo. Recibirás todo el entrenamiento necesario al respecto. Y lo más pronto que puedas imaginarte.

—Tengo confianza en ustedes. No hay duda que sabrán hacer bien las cosas —afirmé con seguridad—. Pero, me preocupa el tema de sacar las bombas desde aquí. ¿No las detectarán en el aeropuerto de Miami?

—Si eso sucediera, nosotros lo solucionaremos —afirmó con resolución—. Tenemos contactos importantes en toda la ciudad. Por el aeropuerto, si se nos antoja, somos capaces de sacar hasta un submarino. La Fundación, aunque no lo creas, es dueña de todo Miami.

—Eso me tranquiliza —comenté.

—Pasando a otro punto —dijo—, me gustaría conocer si nos trajiste algo relacionado con Tropicana.

—¡Por supuesto! —respondí—. Te traje varias fotos y un croquis sobre ese lugar. Supongo te pondrás contento cuando veas a esas mulatas que bailan allí.

—¡Están bonitas de verdad esas mulatas! —exclamó mientras miraba las fotos.

—¿No te apena que puedan morir, si ponemos la bomba? —pregunté.

—Ya te dije que esas bombas son sólo para hacer ruido —replicó—. No creo que muera alguien cuando exploten.

—¿Y si por casualidad muere alguien? —volví a inquirir.

—Será una lástima que eso ocurra. Sin embargo, te repito, no creo que suceda. ¿Cómo crees iba a permitir que murieran esas bellas mujeres? —preguntó, mientras en sus ojos apareció un destello enigmático.

El 22 de septiembre, ya desde La Habana, le comuniqué a Otero, tal como lo habíamos acordado, que el GPS funcionaba sin problemas.

Octubre fue un mes de preparativos. La Fundación, por su parte, se dedicó a crear las condiciones para hacer detonar sus bombas en Tropicana. Mientras tanto, la Seguridad del Estado cubano tomó las medidas pertinentes para evitarlo.

En los primeros días de noviembre volé a Miami con la esperanza de que todo fuera, en realidad, apenas una pesadilla. Sin embargo, cuando recibí la llamada de Otero comprobé que era cierto.

El día 5, en horas de la noche, fui recogido por Otero y conducido a su residencia. Allí nos esperaba el Presidente de la Fundación. Luego de saludarnos efusivamente, me invitó a acercarme a la mesa del comedor. Sobre ella se encontraban varios mapas de las ciudades de La Habana, Matanzas y Cárdenas. Sin más preámbulos, Pepe se dedicó a comprobar los marcajes traídos por mí.

Con ninguna sorpresa, comprobé que los mapas poseían el membrete de las fuerzas armadas norteamericanas. En su parte superior podía leerse: US

ARMY. Todos fueron confeccionados a escala de 1:5000 en alguna instalación norteamericana.

—Nos interesa comprobar —dijo Pepe—, los marcajes de la termoeléctrica “Antonio Guiteras”, de Matanzas, y del Comité Central del Partido.

Luego de cotejar los datos que traje, se mostró contento con los resultados.

—No hay dudas. Esta vez hizo un buen trabajo —expresó con júbilo—. La información es valiosa no sólo para nosotros. Le aseguro que otra gente la utilizará en su momento. Lo felicito sinceramente, Percy.

—Gracias —murmuré.

—Bueno, amigo —dijo, observándome con detenimiento—. Ha llegado el momento de olvidar por un tiempo todo este trabajo de inteligencia. A partir de ahora, fijese bien, nos vamos a dedicar al asunto de Tropicana. ¿Entiende?

—Bien —fue mi respuesta.

—Tuve la oportunidad de estudiar el croquis que elaboró y me parece bien detallado. Con lo único que no coincidimos de su propuesta, es en relación con colocar las bombas en el exterior del cabaret —me comunicó.

—Pero, Pepe —dije, aparentando preocupación—, existe el peligro real de matar a alguien y eso no me gusta.

—No se preocupe —respondió—. Ya Otero se lo ha asegurado: nadie morirá. Son bombas ruidosas. Sólo eso. ¿Acaso no confía en nosotros?

—Si usted me lo promete, adiós a mis dudas —tuve que decirle.

—Ahora debe escucharme con detenimiento —manifestó el Presidente de la Fundación—. Nuestro plan es simple. Colocará una bomba en Tropicana y la otra en cualquier hotel de La Habana o Varadero.

—Eso está claro para mí —le dije—. Sin embargo, tengo dudas respecto a la forma en que se me entregarán los artefactos y el entrenamiento para poder hacerlos explotar.

—También hemos pensado en eso —respondió Pepe—. Cuando esté en La Habana, recibirá una llamada indicándole cuándo debe viajar a Guatemala. Se hospedaré en el hotel Camino Real y esperará a que lo contacte un enviado nuestro. Esta persona le dará las bombas y lo entrenará sobre cómo manipularlas. ¿Está claro?

—Lo entiendo —dije con seguridad.

—La persona que lo contactará —prosiguió—, es un experto en explosivos, de probada fidelidad hacia nosotros. El le instruirá en relación con su enmascaramiento para introducir las en Cuba.

—Usted dijo, inicialmente, que me las darían aquí, en Miami —le recordé—. ¿No existe el peligro de que en Guatemala haya problemas?

—Pierda cuidado —respondió con seguridad—. Esa persona conoce bien a su país y tiene influencias importantes allí. Él garantizará que no exista el menor problema.

—Por el dinero, no debes preocuparte —intervino Otero—. Ahora recibirás mil dólares para gastos y luego, si hace falta más, nuestro contacto en Guatemala te entregará otra cantidad.

—Eso me preocupa —dije con descaro—. Me han explicado el plan al detalle pero, hasta este momento, no me han dicho cuándo recibiré mi paga.

—Usted ponga las bombas —dijo Pepe—. Luego, a los tres días de ser detonadas, recibirá el dinero aquí, en Miami. Hemos pensado incrementar la paga prometida, en correspondencia con los resultados. Recuerde que la principal condición es que ponga una de las bombas en Tropicana. La otra es hacerlo en el momento de mayor afluencia de público.

En otro contacto posterior, antes de retornar a La Habana, Otero solicitó verme de nuevo. Este encuentro se realizó en la vía pública y sin tomar en cuenta las anteriores medidas de seguridad adoptadas por ellos. Ése fue el preciso momento en que el Gordo confesó, invadido de gran entusiasmo, otros detalles del macabro plan:

—Tremendo alboroto se va a formar en Cuba cuando esas bombas estallen. ¿Te lo imaginas?

—No me cabe duda —respondí.

—Hemos creado condiciones para darle cobertura de prensa a esos sabotajes. Para ello, usaremos a las agencias internacionales. El mundo conocerá la verdad: luchadores anticastristas, radicados en Cuba, serán los legítimos autores de estos atentados —comentó con descaro.

—Pero eso no es verdad... —intenté a decir.

—¿Qué importa lo que la gente piense? —me interrumpió—. Lo importante es hacer ver a todo el mundo que a Castro no se le quiere dentro de su propio país. Serán cubanos, grupos internos, los supuestos autores de esos sabotajes. Ésa será la verdad vendida por nosotros a la opinión pública.

—Así será —sentenció.

Regresé a La Habana, una mañana de noviembre, cuando el invierno amenazaba tímidamente con aparecer. Traía conmigo importantes informaciones sobre los planes terroristas que pensaba ejecutar la Fundación dentro de la

Isla en los próximos días. No resultaba difícil imaginar la envergadura de los mismos. Pero una cosa era obvia: si las bombas explotaban, casi seguro me pedirían colocar otras más. No les importaría el costo para conseguirlo.

En Cuba se valoró de inmediato el peligro. Tal como se había planificado, se dispuso que viajara a Guatemala apenas fuera avisado por los terroristas. Allí conocería a otros participantes en el plan y aspectos de interés relacionados con el mismo.

No fue necesario que estuviera presente aquella tarde de decisiones para conocer lo que ocurría. Lo imaginaba en cada detalle.

—Todos conocen del plan de la Fundación con vistas a sabotear Tropicana— inició su discurso el Coronel—. Este intento, como muchos otros, se enmarca dentro de su estrategia para destruir nuestra base económica y precipitar la caída de la Revolución. Son unos estúpidos, pero estúpidos peligrosos. Ésta, por supuesto, no podemos dejarla pasar. He recibido instrucciones para neutralizar sus planes. Como es de suponer, estas bombas no pueden ponerse en Cuba bajo ningún concepto —se detuvo un momento para escrutar a todos con su mirada. Luego, continuó—: Se ha decidido que Fraile viaje a Guatemala apenas Otero se lo indique. Los compañeros encargados de la apoyatura están informados y han preparado las condiciones para efectuarla en el terreno. La Fundación espera realizar estas acciones y, si les va bien, repetirlas después en diciembre. Debemos activar nuestro sistema de modo que estemos informados de cualquier otro plan colateral del enemigo. ¡Pónganse a trabajar en esta dirección!

Como un pasajero más, descendí del avión. Volvía nuevamente a la Guatemala perdida en la memoria. Allí estaban los volcanes cual dioses inamovibles, haciéndome recordar mis raíces. No podía sustraerme a una emoción sin par y a la evocación descarnada de mucha herida vieja, ansias que trajeron al corazón una avalancha de recuerdos y, sobre todo, una auténtica nostalgia íntima y dolorosa.

Los que me vieron llegar, aletargado por mis propias emociones, nunca imaginaron el costo que asumía al volver a la Patria. No importaba la estancia de unos pocos días. Todo era doloroso para mí. Guatemala me resultaba desconocida y sólo había cobrado vida en los recuerdos de la infancia. Salvo una breve estancia anterior, llevaba más de treinta y cuatro años sin volver. A pesar del tiempo transcurrido la conservaba intacta en mi espíritu. Su terca presencia era algo a lo cual no podía renunciar.

Desde el forzoso exilio argentino no tuve nunca la oportunidad de volver. Con apenas cinco años enfrenté el desarraigo y el invierno porteños. Fue en aquel país donde crecí, allí mi niñez transcurrió rodeado de desasosiegos y sueños. Ya les he confesado el precio que pagué, junto a decenas de emigrantes, en ese exilio penoso e inolvidable. Cualquiera pudiera pensar que Argentina ha vivido dentro de mí como una culpa, como una expiación de los pecados. Sin embargo, la amo de manera entrañable. Es una de las cosas a las cuales no podré, ni quiero, renunciar jamás.

Un día de abril de 1960 arribé a Cuba en unión de mi familia. En este país crecí, también amé y, desde luego, me convertí en hombre a fuerza de amasar esperanzas y desafiar al tiempo. Nunca pude rehuir esta circunstancia del destino. Si en Argentina y en Cuba aprendí conceptos elevados como Patria, y supe del Amor y de la Pena, nunca abandoné en el pensamiento a mi tierra lejana y desconocida. No me dolió la indiferencia recibida aquel el 22 de noviembre de 1994. Tampoco sentirme entre mi gente, como un extraño, me dolió. Aunque no lo supieran, siempre fui porción de ellos, fragmento desangrado y anónimo, parte indiscutible de los míos.

Más de una vez alguien me ha preguntado si me he sentido más cubano que guatemalteco. Reconozco lo difícil de responder a esa pregunta. Creo poseer el privilegio de ser ciudadano de tres patrias. Las llevo tan prendidas a mis entrañas que nunca podría preferir a una sobre las otras. No recuerdo cuándo percibí esa verdad. Tal vez surgió cuando alcancé la condición de internacionalista y eso, sinceramente, lo logré entre los cubanos.

Muchas sorpresas recibí en esos días. Estoy seguro de jamás olvidar cada uno de los hechos que allí se sucedieron.

En horas del mediodía llegué al hotel Camino Real. El bello edificio se alza majestuoso en la zona 10 de la capital guatemalteca. Una vez instalado en la habitación, comuniqué a Otero mi arribo al lugar de contacto.

—¿Cómo estás? —inquirió desde el otro lado de la línea telefónica.

—Bien —respondí.

—No debes moverte de la habitación —insistió Otero—. En ella recibirás la llamada de un amigo. Usará el nombre de Pumarejo. Él te explicará todo nuestro plan.

—Entiendo —dije.

—Debes obedecerlo en todo. Es una persona capaz y de toda confianza. Además de prepararte adecuadamente, te entregará las bombas. Luego, todo corre por tu cuenta. ¿Ok?

—Descuida —respondí—. Necesito más dinero, pues el hotel es muy caro.

—No te preocupes por eso. Pumarejo te dará lo que haga falta —concluyó Otero desde el otro lado de la línea.

Al día siguiente, 23 de noviembre de 1994, recibí una llamada telefónica en la habitación. Era el hombre. Quince minutos después, sobre las nueve y media de la mañana, tocaron a la puerta. Dos personas físicamente diferentes se encontraban paradas frente a la entrada de la habitación. El que dijo llamarse Pumarejo, de más de sesenta años de edad, locuaz y abierto, me regaló una sonrisa. Observé con detenimiento a esta persona obesa, de mediana estatura. Sobre su cabeza aparecía, desordenado, un abundante cabello castaño oscuro. Detrás de unos anteojos pude distinguir una mirada color café observándome de manera enigmática.

Detrás de Pumarejo se detuvo otro individuo; semejaba a una fiera dispuesta a atacar ante la primera señal de peligro. De elevada estatura, encorvado y aparentando tener setenta años de edad, mostraba una enorme cicatriz en una parte de su rostro, entre su barbilla y la oreja derecha.

Al contemplarlos pude comprobar que representaban una ostensible disparidad. Si físicamente eran diferentes, podía decirse que también lo eran en su comportamiento. Ya ubicados en el interior de la habitación, el autonombado Pumarejo se mostró extrovertido y locuaz. El otro, sin embargo, permaneció silencioso y distante. Sólo observaba cada reacción mía. Podía decirse que era un fantasma.

Luego de sentarnos a una mesa circular situada en un extremo de la habitación y de aceptarme una botella de ron Habana Club que les regalé, el gordo Pumarejo tomó la palabra:

—Mire, Percy, hemos tenido dificultades para encontrar uno de los componentes de las bombas que le vamos a entregar. Estamos consiguiéndolo con un amigo nuestro llamado Bassas y esperamos tenerlo de inmediato. ¿Es posible retardar su regreso a La Habana por unos días?

—Sinceramente no puedo hacerlo —dije resuelto—. Debo regresar lo más pronto posible. Otero y Pepe me pidieron detonar las bombas antes de terminar noviembre. También tengo otros asuntos que atender allá.

—En ese caso haremos el mayor esfuerzo para conseguir el componente faltante —aclaró Pumarejo—. Debemos cumplir lo acordado con nuestros

amigos de la Fundación. Ellos están esperanzados en que cumpla su misión en Cuba y eso es lo más importante para todos. ¿Le parece bien?

—Es lo mejor —afirmé.

—También me orientaron entregarle este dinero —dijo mientras me extendía cinco billetes de cien dólares—. Con esto tendrá suficiente para sus gastos. Ahora debemos irnos a buscar lo que hace falta para preparar las bombas. Nos encontraremos mañana a las ocho de la noche, aquí en su habitación, con el propósito de entregarle los explosivos y entrenarlo en su manipulación.

El otro visitante, cuya estatura oscilaba los 1.90 metros de estatura, fijó sobre mí unos ojos verdes casi inexpresivos y dijo con voz gangosa:

—Es importante que permanezca el mayor tiempo posible en el hotel por si necesitamos contactarlo. Le recomiendo no hablar con nadie sobre nuestro encuentro. Uno no sabe dónde puede haber espías de Castro.

—Pierda cuidado —dije—. Así lo haré.

—Por último, si desea comunicarse con nosotros, puede llamarnos a la habitación 561 de este mismo hotel. Como ha de suponer, también estamos hospedados aquí —finalizó Pumarejo en el momento preciso en que salían antes de la estancia.

Luego de retirarse como habían llegado, sigilosos e imperceptibles, pensé que ambos eran cubanos. Por la forma en que se comportaron, no tenía dudas de que se relacionaban directamente con la gente de la Fundación conocida por mí. Sin embargo, esa misma forma de comportarse denotaba un gran conocimiento de Guatemala. ¿Serían de Miami o vivirían en mi país natal?

Lastimosamente, no pude imaginar que en esos momentos había tenido delante de mí, aquella mañana guatemalteca de noviembre de 1994, a Luis Posada Carriles y a Gaspar Jiménez Escobedo. Mucho tiempo después conocería sus historias, es decir, cada paso sigiloso entre las sombras que realizaron estas personas, sembrando la muerte y la desolación en más de un país.

El silencioso compañero de Pumarejo, pese a mantenerse distante y poco comunicativo, sembró una gran inquietud en mí. Algo conocido encontré en su rostro. Intuí que es uno de esos hombres en los que no se puede confiar. El hecho de mantenerse alejado de cualquier protagonismo, confirmó mis dudas.

Luis Faustino Clemente Posada Carriles, que ésa es su verdadera identidad, nació en Cienfuegos, Cuba, el 15 de febrero de 1928. Hijo de Luis y Dolores. Tuvo una infancia y adolescencia normales, destacándose desde temprano por ser un joven impetuoso, incontrolable y con fama, tal vez no muy justificada, de muchacho rudo e intranquilo.

Apenas triunfó la Revolución se incorporó, sin grandes méritos, a la lucha contrarrevolucionaria. Abandonó Cuba a fines de febrero de 1961, con treinta y tres años de edad. Previamente, estuvo asilado varios meses en la embajada argentina. Ya en Miami, se enroló en la aventura de la Brigada 2506, aunque no llegó a participar directamente en las acciones de Playa Girón. En 1962 se incorporó a las fuerzas armadas yanquis e, inmediatamente, a la CIA. Fue entrenado, junto a Jorge Lincoln Mas Canosa y otros, en Fort Benning. Posteriormente se incorporó a la Representación Cubana en el Exilio (RECE), un engendro creado por la CIA. Allí compartió sueños y planes contra Cuba junto a Mas Canosa y otros furibundos enemigos de la Revolución.

Entre los años 1963 y 1967 trabajó para la CIA. En esta oportunidad dirigió un campamento para entrenar terroristas de origen cubano, situado en Tampa que, bajo el manto de la llamada Junta Revolucionaria (JURE), sirvió a los propósitos de la CIA, encaminados a destruir la Revolución Cubana. Participó activamente en distintas tareas clandestinas y de subversión, dirigiendo un team de infiltración. Se le vio vinculado a diversas organizaciones contrarrevolucionarias por ese tiempo y descollando por su odio visceral a los revolucionarios cubanos. Para sus jefes era un hombre confiable, eficiente, amante de las medidas de seguridad y capaz de demostrar esmero en el cumplimiento de las tareas a él encomendadas.

Años más tarde, la CIA lo envió a Venezuela para participar en la represión contra el movimiento revolucionario de esa nación. En este sentido, fue entrenado en técnicas de demolición y contraguerrilla. Trabajó en una sección de inteligencia y Servicios Especiales dentro del MINREX venezolano en 1966. Luego pasó a ser Jefe de Operaciones de la DISIP venezolana en 1970. Allí torturó y reprimió sin piedad. En 1971 abandonó la DISIP y creó una agencia de detectives denominada Agencia de Detectives de Investigaciones Comerciales e Industriales. Aplicó en ella, según opinión de sus conocidos, todo el aprendizaje acumulado durante su servicio con la CIA.

En 1976 participó, junto a Orlando Bosch Ávila y los venezolanos Hernán Ricardo y Freddy Lugo, en uno de los crímenes más horribles realizados en la historia del terrorismo en Latinoamérica: la voladura en pleno vuelo de

un avión comercial cubano. Setenta y tres personas murieron; entre ellas, 54 cubanos. El crimen quedó impune. Hasta el momento en que se escribe este libro, jamás los autores del atroz sabotaje han sido condenados por estos actos.

Con la ayuda de Mas Canosa, Alberto Hernández y otros cabecillas de la contrarrevolución, agrupados en la Fundación, quienes pagaron cerca de 50 000 dólares, Posada Carriles logró escapar de la prisión de San Juan de los Morros, en la medianoche del 18 de agosto de 1985. Sobre su fuga mucho se ha especulado. Hay quienes dicen que escapó vestido de cura. En realidad, se vistió con una chaqueta similar a la de los guardias de la prisión. Al cruzar la garita de entrada, invirtió la chaqueta cuyo forro interior era de color negro. Le adicionó a su vestuario un cintillo de cura. Así logró salir de prisión con la anuencia de sus cómplices dentro del penal. Unas horas después se trasladó a Coro, luego a la Vela, y de allí, hasta Aruba, adonde llegó portando un revólver calibre 38, Smith & Wesson, y más de 4 700 dólares. La operación de fuga había sido un éxito. A la tercera, fue la vencida. Posteriormente, se trasladó a El Salvador con la ayuda incondicional de sus socios de fechorías.

Ya en ese país centroamericano, participó en el dispositivo de Oliver North. Su participación consistió en abastecer de armas a los contras nicaragüenses, apoyándose en el tráfico de drogas. Allí trabajó en la base salvadoreña de Ilopango, bajo las órdenes de su amigo Félix Rodríguez Mendigutía, implicado en el asesinato del comandante Ernesto Che Guevara. Su misión fue simple: controlar y propiciar el abastecimiento de armas, por vía aérea, a los contras de Nicaragua. La fachada para estas operaciones y para la participación de Posada Carriles en las mismas, fue aportada por el propio Departamento de Estado de los Estados Unidos. Devengó salario como Support Director del Nicaragua Humanitarian Assistance Office (NHAO). Es evidente que el criminal de Barbados recibió paga tanto de la CIA como del Departamento de Estado durante esos meses. Tiempo después, cuando todo salió a luz pública, Carriles pasó a servir al gobierno salvadoreño.

En 1988 se desempeñó como Asesor de Seguridad del presidente José Napoleón Duarte. El gobierno de El Salvador aprovechó, deliberada y conscientemente, su larga experiencia como represor. Sin demora, Posada Carriles se convirtió en esbirro al servicio de la burguesía terrateniente y de los militares salvadoreños.

Entre 1989 y 1990 permaneció en Guatemala, actuando como Asesor de Seguridad del presidente Vinicio Cerezo. Lo mismo que en El Salvador,

fue un socio útil para desatar la represión contra las fuerzas izquierdistas regionales.

Como consecuencia de sus malos pasos, recibió una digna respuesta de los pueblos que reprimió: en 1990 sufrió un atentado efectuado por revolucionarios latinoamericanos. Recibió un disparo cerca del corazón y otro en la cara. Logró salvarse, pero se vio afectado para siempre. Conservó una cicatriz en la cara y sufre dificultades para hablar. Fueron las huellas que dejó en su cuerpo la demanda de justicia del pueblo.

Inició su recuperación física en El Salvador y Honduras, bajo el amparo cómplice de las autoridades de ambos países. La Fundación Nacional Cubano-Americana sufragó todos los gastos de la misma. Jorge Mas Canosa, Feliciano Foyo, Alberto Hernández y otros altos directivos de la Fundación lo mantuvieron con vida. Gaspar Jiménez Escobedo fue uno de los correos que trasladaron, desde Miami, las contribuciones en dinero. Durante el proceso posterior a su recuperación, radicó en un hotel de San Pedro Sula, Honduras, auxiliado económicamente por el empresario contrarrevolucionario de origen cubano Rafael Hernández Nodarse.

En 1993, ya recuperado, organizó una acción terrorista contra un carguero cubano que viajaba con relativa frecuencia entre Cienfuegos, Cuba y diferentes puertos hondureños.

Un año después, en 1994, trató de crear una base con la aparente ayuda del gobierno hondureño, para convertirla en punto de partida de agresiones contra Cuba y entrenar en ella a fuerzas contrarrevolucionarias.

Ese mismo año dirigió a un grupo de terroristas que pretendió asesinar a Fidel durante la realización de la IV Cumbre Iberoamericana, efectuada en Cartagena de Indias, Colombia, entre los días 14 y 15 de junio de 1994. Un equipo de seis criminales se trasladó a este lugar con el propósito de atentar contra la vida del Comandante en Jefe. La operación contó con bazookas, armas largas y explosivos. Sin embargo, fue frustrada. Según el plan que habían urdido, atentarían contra el líder de la Revolución Cubana en el momento en que éste disfrutaba de un paseo por la ciudad, acompañado por Gabriel García Márquez. A un costo de cerca de 50 000 dólares, aportados por la contrarrevolución miamense, la acción culminó en otro fallido magnicidio.

Si yo hubiera imaginado la verdad, no sé cómo hubiera reaccionado. Para un revolucionario, tener frente a sí a un criminal de esa envergadura, es una prueba difícil e incómoda. Por suerte, desconocía su identidad en esos momentos.

El otro personaje con el cual me entrevisté, Gaspar Jiménez Escobedo, también tenía una larga hoja de servicios contra Cuba. Residente en Miami,

Gasparito —como también se le conoce— trabajó siempre bajo las órdenes del doctor Alberto Hernández, uno de los líderes de la Fundación y dueño de varios centros hospitalarios de Miami. También participó directamente, durante la década de los 70, en un intento de asesinato contra Emilio Aragonés, el embajador de Cuba en Argentina.

El 9 de agosto de 1976, Jiménez Escobedo participó en el secuestro de dos funcionarios diplomáticos cubanos acreditados en Argentina: Crescencio Galañena Hernández y Jesús Cejas Arias. Ambos resultaron asesinados y desaparecidos. Sus cuerpos fueron fundidos dentro del concreto que sirvió para construir un edificio en Buenos Aires.

Este contrarrevolucionario también participó en el intento de secuestro del Cónsul cubano en Mérida, México. Como resultado de esta acción fue asesinado, directamente por él, Artagnán Díaz, trabajador pesquero cubano. Como resultado de esta acción, fue detenido por las autoridades mexicanas, pero se fugó impunemente de la cárcel.

Tampoco se excluye su participación directa en otros hechos terroristas ejecutados durante esos años, como la voladura del avión cubano en Barbados y la fuga de Posada Carriles en Venezuela. Son hechos que algún día serán esclarecidos.

En 1989, bajo las órdenes de Orlando Bosch Ávila, Gaspar Jiménez Escobedo pretendió asesinar a Fidel en Venezuela, durante la celebración de la investidura presidencial de Carlos Andrés Pérez. Participó en estos planes junto a otros terroristas, entre ellos Pedro Corzo Eves.

Hoy reconozco que tampoco pude imaginar la ulterior participación de estas personas, luego de nuestros encuentros en Guatemala, durante mi estancia de noviembre de 1994, en otras fechorías contra Cuba. Muchas de ellas las comentó el propio criminal de Barbados en su libro *Los caminos del guerrero*, publicado en Honduras en 1994. Si hubiera podido en esos momentos proyectarme en el tiempo, habría conocido muchas cosas más relacionadas, sobre todo, con Luis Posada Carriles.

Hubiera confirmado, por ejemplo, que desde 1996 se dedicó a reclutar mercenarios centroamericanos en El Salvador y Guatemala, para realizar atentados contra instalaciones hoteleras cubanas. Asimismo fue el organizador directo de una red terrorista integrada por Mario Delamico, José Álvarez, José Burgos, Francisco Chávez Abarca, *El Gordito*, y otros. Todos ellos estuvieron vinculados a numerosos planes criminales.

Hubiera conocido que el propio Posada Carriles ejecutó directamente estas acciones por indicaciones de Jorge Mas Canosa, Alberto Hernández, Francisco José Hernández Calvo, Arnaldo Monzón Plasencia y otros altos directivos de la Fundación, de quienes recibió cerca de 200 000 dólares para financiar estos propósitos.

Años después yo conocería, asimismo, que Posada Carriles participó en la organización de otro atentado contra Fidel en Isla Margarita, Venezuela, durante la realización de la VII Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado, celebrada entre los días 8 y 9 de noviembre de 1997. Mis propios oficiales operativos dentro de la Fundación, Pepe Hernández y Alfredo Domingo Otero, estuvieron involucrados directamente en estos planes.

Luis Posada Carriles, muchos años después, se reunió en julio de 1998 en otro hotel de Ciudad Guatemala, el Holiday Inn, con tres contrarrevolucionarios con vistas a preparar un atentado contra Fidel durante su visita a Santo Domingo, en ocasión de celebrarse una reunión de jefes de Estado de la Asociación de Estados del Caribe, entre los días 20 y 25 de agosto de ese año. Dicho encuentro tuvo lugar entre los días 10 y 21 de julio. En ella participaron Posada Carriles, Enrique Bassas, Ramón Font y Luis Orlando Rodríguez.

¿Quiénes son estos terroristas?

Enrique Bassas tiene un largo historial de apoyo financiero al terrorismo. Aunque no es un ejecutor directo, se involucró en varias oportunidades en graves hechos criminales. Radicado en Miami, es un rico empresario en el sector de la salud. Dirige varios asilos de ancianos y es dueño de un embarcadero. Es propietario, también, de Bassas Cargo International, empresa dedicada a la transportación de madera proveniente de Haití. Las instalaciones de su propiedad fueron registradas por el FBI el 24 de julio, factor que pudo haber contribuido a frustrar los planes contra Fidel. Sin embargo, salvo este registro, no se hizo nada más contra los conspiradores. Fue Bassas, presumiblemente, el encargado de suministrar varios de los componentes entregados a mi persona por Luis Posada Carriles y Gaspar Jiménez Escobedo en noviembre de 1994. Actualmente, este financiero del terrorismo tiene cerca de cincuenta y tres años de edad.

Por su parte, Ramón Font sí presenta un amplio historial dentro del terrorismo. Cuenta con cerca de setenta y ocho años de edad y fungió, desde sus inicios, como uno de los más activos miembros de los Comandos L. Fue entrenado por la CIA. En marzo de 1963 participó, por ejemplo, en el ataque contra el navío soviético *Baki*, fondeado en Caibarién, antigua provincia

de Las Villas, junto a Tony Cuesta, Ángel Puxes, Antonio Quesada y Mario Álvarez. En esta oportunidad se hicieron acompañar, como en otras ocasiones, por el periodista de la revista *Life*, Andrew St. George, de origen francés y supuesto agente de la CIA. Un año después, en 1964, Font participó en el ataque al faro de la Bahía de Cádiz, junto a Francisco Cid Crespo, Plinio Manduley y otros terroristas.

El otro conspirador en este plan de atentado contra Fidel, fue Luis Orlando Rodríguez, veterano de Vietnam, agente de la CIA y residente en Miami. Este individuo pagó los gastos de alojamiento en el Holiday Inn de Ciudad Guatemala, durante la estancia de los implicados en este otro frustrado intento de asesinato contra el Comandante en Jefe.

A grandes rasgos, esta operación se ejecutaría en República Dominicana. Para llevarlo a cabo, Posada Carriles viajó antes a Nicaragua, el 26 de marzo de 1998, penetrando a ese país por el aeropuerto internacional “Augusto César Sandino” mediante el pasaporte salvadoreño No. 143258, expedido a nombre de Franco Rodríguez Mena. El objetivo de su visita fue contactar a cubanos de filiación contrarrevolucionaria radicados en Estelí, a quienes encargó la compra de explosivos plásticos del tipo C-4 y dos lanzacohetes portátiles. El terrorista traía 10 000 dólares entregados a él por Arnaldo Monzón Plasencia. El 7 de mayo de 1998 regresó a Nicaragua con el propósito de agilizar la compra de armas y explosivos. Esta vez penetró al país por el llamado paso de Las Manos, desde Honduras.

Tampoco podía yo suponer, en el momento de nuestro encuentro, que años después, el 19 de septiembre del 2000, dos meses antes de marchar a Panamá para atentar contra la vida de Fidel Castro, Posada Carriles ingresó a Nicaragua por la frontera con Honduras. Esta vez su propósito fue preparar un nuevo atentado terrorista contra un avión nicaragüense que volaba regularmente a Cuba, perteneciente a la línea Aero Segovia. El plan se encontraba en fase de estudio y ya se habían analizado las posibilidades de realizarlo en el aeropuerto internacional de ese país.

Si hubiera podido viajar en el tiempo, habría conocido también que en noviembre del año 2000, mis dos contactos en Guatemala, Luis Posada Carriles y Gaspar Jiménez Escobedo, serían capturados en Panamá cuando fraguaban un nuevo atentado contra Fidel. Ellos dos, junto a Pedro Remón, asesino directo de Félix García, diplomático cubano ante la ONU, y con ellos el architerrorista Guillermo Novo Sampoll, asesino del ex canciller chileno Orlando Letelier, serían los encargados de ejecutar la criminal acción.

La vida demostró que el siniestro acompañante de Pumarejo, sin identificarse en ocasión de nuestro encuentro, era un maestro en cuanto a cambio de identidades. No en vano, viajó impunemente por Centroamérica y hacia los Estados Unidos, usando diversos pasaportes falsos.

Son múltiples las identidades asumidas por este criminal. Se le conoció en la región como Ramón Medina, Ignacio Medina, Juan Ramón Medina, Ramón Medina Rodríguez —identidad obtenida fraudulentamente en el Municipio de Ilopango, El Salvador, en 1986, suplantando el número de identidad de una salvadoreña nombrada Mercedes Flores Funes y con cuyo documento de identidad obtuvo un pasaporte en 1991. Se ha hecho conocer, también, como José Ramón Medina, Rivas López, Juan José Rivas López, Julio César Dumas, Franco Rodríguez Mena —identidad adquirida fraudulentamente en 1994, mediante fe de bautismo obtenida en Tecapán, Usulután—, Franco Rodríguez —identidad adquirida en 1998 mediante pasaporte, utilizada por él para viajar a Panamá en noviembre del 2000, con el propósito de atentar contra la vida de Fidel— y otras.

Ha usado con frecuencia varios seudónimos, entre los que se destacan:

Solo: En alusión al héroe de un programa seriado de la televisión yanqui, Napoleón Solo, conocido como “The Man for U.N.C.L.E.”.

Bambi: Apodo que frecuentemente usan sus pocos amigos para nombrarlo.

Lupo: Palabra italiana, que significa lobo, con la que firma los cuadros que pinta y vende en alrededor de 200 y 300 dólares entre sus amigos.

Don Naqui: apodo con el que es conocido ampliamente en El Salvador.

Tampoco sabía, entonces, que este hombre siniestro, fruto final de una vida camaleónica durante largos años, tuvo asimismo una existencia afectiva bastante compleja. A pesar de estar formalmente casado con una mujer nombrada Nieves —residente en Miami—, con la cual tiene dos hijos: Jorge, nombrado así como premio a su amistad con Jorge Mas Canosa, y Janet, Posada ha tenido múltiples amantes, entre ellas Helsie Bosch, fallecida en 1999. Hace un tiempo era amante de Waleska Jaramillo, quien le sirve de pantalla para realizar contactos con contrarrevolucionarios cubanos en Nicaragua, específicamente en Estelí.

De personalidad oscura, Carriles sirvió a la CIA y, a la vez, fue confidente del FBI. Asesino sin escrúpulos, su única meta es derrocar la Revolución Cubana y asesinar a Fidel. Ha mentido en múltiples ocasiones; se ha retractado en otras y sufre, después del atentado contra su vida en 1990, un delirio de persecución que no puede contener ni evitar.

Preso hoy en Panamá, junto a sus secuaces más allegados, ahora espera que la mafia de Miami lo saque de prisión.

Efectivamente, tal como lo habíamos acordado, Pumarejo y su anónimo acompañante me visitaron a las ocho y cuarenta de la noche del día 23. Pumarejo traía consigo una bolsa plástica en la que estaba escrito el membrete del hotel. Al abrirla, en mi presencia, extrajo dos frascos plásticos, uno de shampoo y otro de acondicionador de cabello, con la marca Silkience. Igualmente, la bolsa plástica guardaba un estuche con seis plumones, dos relojes analógicos de color negro y un paquete con baterías AAA.

No demoré una hora en aprender a armar la bomba y detonarla. Esta vez la explicación me la dio el acompañante de Pumarejo, es decir, Luis Posada Carriles. A veces, Jiménez Escobedo intervenía para puntualizar alguna cuestión. No fue difícil aprender la manipulación del aparato de muerte destinado, supuestamente, a detonar en La Habana días después. Si algo resultó evidente en ese instante, fue el hecho de que ambos terroristas conocían a la perfección su trabajo y me entrenaron con celo y profesionalidad.

Sobre las diez de la noche ambos se retiraron de la habitación, no sin que antes Pumarejo me alertara:

—Pepe Hernández y la gente de allá están interesados en que esas bombas se pongan antes de finalizar este mes.

—No se preocupe —comenté con entusiasmo—. Cumpliré al pie de la letra sus instrucciones. Por supuesto, es necesario que me ratifiquen la ausencia de muertes.

—Pierda cuidado —intervino el canoso con voz gangosa, cual silbido de una serpiente—, nadie morirá. Estos artefactos contienen una pólvora líquida que sólo provocará ruido. Será más el susto que el daño.

—Tú verás que es así —terció Pumarejo—. Cuando todo pase, nos tomaremos una botella de añejo que nos traerás de La Habana.

Sin más preámbulo, se retiraron. Quedé en la habitación embargado por un gran temor. No fue necesario confirmar posteriormente que esas bombas tenían un alto poder explosivo, para percatarme que era así. Nunca confíe en esa gente ni en sus argumentos. La supuesta finalidad de sólo provocar ruido era una rotunda falsedad. Las bombas eran para matar, no para otra finalidad.

En mis manos, al fin, conservaba una prueba concreta de los planes terroristas de la Fundación. Aunque desconocía la potencia de los artefac-

tos explosivos, tenía la certeza de que eran dos armas mortales: armas para destruir, sin piedad, a decenas de personas inocentes. Era, a la vez, un testigo más, incluso directo, de una macabra conspiración. Los jefes de la Fundación gastaron recursos en las sombras, en el más sórdido anonimato, para matar, herir y destruir la obra de los cubanos.

Confieso haber llegado a odiar con todas las fuerzas del alma a Pepe Hernández, Otero, Horacio García, Monzón Plasencia y Luis Zúñiga. También odiaba a Pumarejo y a su acompañante. Si en ese entonces hubiera sabido que eran Luis Posada Carriles y Gaspar Jiménez Escobedo, ¿podría haber resistido la tentación de no estrangularlos con mis propias manos?

Esa madrugada, mientras toda Ciudad Guatemala dormía, entregué las bombas a manos amigas. El contacto se realizó a unas pocas cuadras del hotel. Mientras regresaba al hotel, un rato después, creció en mí la convicción de que esas bombas nunca detonarían en La Habana; ni causarían muertes de personas inocentes.

Cuando las bombas estuvieron en manos de la Contrainteligencia cubana se comprobó la verdadera magnitud del plan terrorista: las supuestas bombas para hacer ruido contenían, cada una de ellas, 450 gramos de explosivo plástico C-4. Eran tres veces superiores, por su poder explosivo, a las que hizo estallar, meses después, el salvadoreño Raúl Ernesto Cruz León, en hoteles de ciudad de La Habana.

CAPÍTULO 9

Los vínculos con la Fundación desaparecen

Con las bombas ya en Cuba, la determinación que se adoptó fue que no podían ser detonadas. A partir de ese momento debía dilatar, ante la Fundación, la realización de sus planes terroristas y buscar una fórmula para justificar la posposición.

El 8 de diciembre de 1994 me entrevisté con Alfredo Domingo Otero, en Miami. Sus reproches no se hicieron esperar:

—¡Parece mentira, coño —exclamó indignado, apenas se encontró conmigo—, que no hayas puesto las bombas tal como se te indicó! Pepe está muy molesto. Me orientó no darte un centavo más hasta que no las hagas estallar.

Ése fue uno de los momentos más difíciles y complejos de mi labor frente a la Fundación. Ellos habían invertido grandes recursos financieros y materiales con vistas a consumir sus planes terroristas. Sin embargo, a pesar de tener la certeza de que las bombas se encontraban en mi poder, los criminales artefactos no estallaron.

Confieso que sentí temor como nunca antes lo había experimentado. No sabía, a ciencia cierta, cuál sería la reacción del enemigo ante la frustración de sus planes. Para mí era de vital importancia esgrimir una justificación aceptable. Luego de muchos análisis, encontré una solución aparentemente admisible. Quedaba, desde luego, comprobar si la misma era aceptada por los terroristas de la Fundación.

Armado de tales argumentos, me dispuse a enfrentarme a mis “socios” en Miami. Me sentía tenso pero, a la vez, confiado en que todo saldría bien. Ése fue mi estado de ánimo cuando enfrenté a Otero aquella tarde de diciembre de 1994. Por eso, sin vacilar, le respondí sin quitarle los ojos de encima:

—Otero, sabes que nunca les he fallado. Simplemente me siento muy descontento con ustedes porque, sin lugar a dudas, me han engañado.

—Eso no es cierto —dijo con nerviosismo.

—¿No es cierto? —respondí, evidentemente alterado—. Tú y los demás han dicho que las bombas sólo harían ruido. ¿No fue así?

—Es verdad —respondió.

—¡Eran explosivos de alto poder los que me entregaron! —riposté.

—Eso no puede ser cierto —dijo, todavía más nervioso.

—¿Te imaginas nuestra sorpresa cuando, al preparar las bombas, Rodolfo se percató que era C-4? —dije, simulando haber llegado al clímax del enojo—. ¡Mierda! ¡Eran cerca de 900 gramos de explosivo plástico C-4, Otero! ¿Tienes idea de la gente que hubiéramos asesinado con esas bombas? ¡Yo no soy un asesino!

—Cálmate, Percy —casi murmuró—. Te juro que ignoraba el poder explosivo de las bombas. A mí me dijeron otra cosa.

—Mejor que sea así —dije, aparentando calmarme poco a poco—. Por mi parte, para que quede bien claro, jamás pondré esas bombas en Cuba. En la primera oportunidad, las tiro al mar.

—No hagas eso, Percy —me suplicó—. En tremendo lío me involucras si no pones las bombas.

—Es a mí, y no a otro, al que han metido en un problema. Los miembros de mi célula están muy asustados. ¿Te imaginas si alguno de ellos se raja y va con el cuento a las autoridades? —acoté.

—Es prudente que recapacites —dijo persuasivo—. Si la cuestión es de dinero, prometo darte mucha plata, incluso mucho más de la prometida. Lo fundamental ahora es poner esas bombas. Si las pones, yo mismo te consigo diez mil dólares más.

—El dinero no es el problema básico en esto —respondí—. Soy un ser humano y no me gusta asesinar por gusto. Ésa es la cuestión fundamental, Otero.

—Creo que lo mejor es conversar después sobre el tema —arguyó el Gordo.

—No cambiaré de opinión —sentenció.

Luego, sin mediar palabras entre los dos, nos separamos.

Tenía bien claro que ellos no iban a quedarse cruzados de brazos. Tal como lo imaginé, en más de una oportunidad Otero volvió al ataque: insistió desesperadamente para que las bombas se hicieran estallar.

Volvimos a encontrarnos el 9 de enero de 1995. Había transcurrido un mes y no habían cesado de caer sobre mí las mismas insinuaciones y promesas de dinero. Aunque traté de rehuir los encuentros con el Gordo, éste siempre me buscaba esgrimiendo argumentos similares.

Luego de entregarle el celular, me comunicó que Pepe Hernández estaba fuera de Miami y prometió pagar otros diez mil dólares si al fin colocaba las bombas. Como dato de particular interés, cabe destacar que manipuló delante de mí una agenda electrónica de la cual extrajo un número telefónico y, posteriormente, realizó una llamada desde su teléfono móvil. Del otro lado de la línea se encontraba Guillermo Novo Sampoll, su viejo amigo de correrías, quien, en noviembre del 2000, sería detenido en Panamá, junto a Luis Posada Carriles, Pedro Remón y Gaspar Jiménez Escobedo, cuando intentaban asesinar a Fidel.

Sin ver afectados mis constantes viajes a Miami, regresé a esa ciudad el 10 de febrero de 1995. El Gordo volvió a reiterarme la necesidad de colocar las bombas en el cabaret Tropicana. Ante mi permanente negativa, volvió a prometer la entrega de una mayor cantidad de dinero. En esta oportunidad me “aconsejó”:

—Creo que estás cometiendo un grave error. A Castro le queda muy poco en el poder y esta vacilación tuya puede ser mal interpretada por mis jefes. Pepe anda recibiendo por estos días a Margaret Thatcher y me pidió que tratara de convencerte. Percy, ha llegado el momento de que decidas si estás con nosotros o contra nosotros.

—¿Me estás amenazando? —pregunté.

—No —respondió—. Sería incapaz de hacerlo. Pero me preocupa que seas tan terco.

—Mira, Otero —sentenció—, yo no pondré jamás esas bombas. Te repito que no soy un asesino. Si ustedes requieren de mi ayuda para otras cosas, pueden contar con ella. De las bombas, olvídense.

Cuando creía que la gente de la Fundación había renunciado al tema de los artefactos explosivos, fui contactado por Otero durante la visita que hice a Miami en los primeros días de marzo de 1995. Aunque no comentó el tema de las bombas, me condujo a una casa situada en las afueras de la ciudad. Sin preguntarle el motivo de nuestra visita al lugar, me dijo que allí conocería a otro alto directivo de la Fundación, el cual estaba sumamente interesado en conocerme.

No bien llegamos a la referida residencia, fue al encuentro de un individuo de complexión robusta, sesentón, cabello ondulado y canoso.

—Mi nombre es Arnaldo y también soy directivo de la Fundación —dijo, apenas se colocó al lado del auto en que me encontraba. Luego prosiguió—: Otero nos ha comentado sobre su negativa a colocar las bombas. Creo que usted debe reflexionar sobre esto.

—No me voy a prestar para asesinar a nadie —reiteré.

—Conocemos su posición —comentó—. Nosotros tampoco somos asesinos. Sin embargo, estamos conscientes que sólo de esta forma podemos propiciar la caída de Castro.

—¿Asesinando gente inocente? —pregunté.

—Desgraciadamente, debe ser así —dijo sin recato—. En esta lucha morirá gente inocente, no cabe duda. Ése es el costo de aspirar a un mundo mejor para los cubanos.

—Eso no me convence —dije—. Soy capaz de hacer otra cosa por Cuba, pero no ésa que me piden.

—Está bien —comentó—. Después conversaremos sobre ese asunto. Ahora necesito que cumpla otras tareas para nosotros en la Isla. ¿Tiene algún reparo en hacerlo?

—Ya le dije que no —respondí.

—Necesito que viaje a Cienfuegos y estudie todo lo relacionado con la termoeléctrica de esa ciudad, así como la base de submarinos y la refinería. Si es posible, debe traernos una filmación de las mismas —solicitó.

—Pierda cuidado, lo cumpliré —aseveré.

Antes de separarnos, Arnaldo Monzón Plasencia me entregó quinientos dólares para los gastos de la próxima operación. Para mí estaba claro que caminaba en una cuerda extremadamente frágil. Con independencia de haber recibido nuevas encomiendas, el grupo terrorista de la Fundación continuaría sus presiones para hacer explotar las bombas en Tropicana y otros objetivos turísticos. Maniobrar en esas circunstancias debía ser, por ahora, la forma más adecuada de actuar.

Durante los encuentros que realicé con Otero y Arnaldo Monzón Plasencia, mientras visité Miami en los meses de abril y mayo, todo permaneció inalterable. Fue un forcejeo de posiciones: ellos presionando con disímiles argumentos con vistas a que hiciera detonar las bombas y yo, firme, rehusando ese compromiso.

Por una indiscreción de Arnaldo y Alfredo, logré escuchar al primero decirle al Gordo unas palabras que en ese momento no pude precisar en su verdadera magnitud. Se refería a darle entrenamiento, con binoculares infrarrojos, a unas personas que estaban preparando para ir a Cuba. Mucho después pudo comprobarse que se referían a Santos Armando González Rueda y a José Enrique Ramírez Oro, quienes realizaron una infiltración, por la provincia de Las Tunas, usando el canal ilegal marítimo. En esa oportunidad introdujeron una tanqueta con 51 libras de explosivo C-4, así como detonadores y otros medios. Poco tiempo después ambos fueron capturados, luego de colocar una bomba de 138 gramos de C-4, que felizmente no estalló, en un hotel de Varadero. Entraron a Cuba usando pasaportes costarricenses falsos.

Como elemento nuevo en ese contexto, les entregué las filmaciones sobre los tres objetivos de Cienfuegos que habían solicitado. Luego de examinar las filmaciones, me ordenaron mantener los explosivos a buen recaudo hasta saber el uso posterior que se daría a los mismos. Pepe Hernández desapareció de la escena y Monzón pasó a ser, según el Gordo, el encargado de trabajar conmigo.

Cuando creía que mis vínculos con la Fundación comenzaban a languidecer, Otero se entrevistó conmigo el 11 de junio de 1995. Durante una visita que realicé a su residencia, me habló de una nueva tarea: distribuir dinero falso en Cuba.

—¿Recuerdas que te pedí en una oportunidad nos trajeras unos billetes de los que circulan allá? —preguntó.

—Si la memoria no me falla —le dije—, eran billetes en moneda libremente convertible; allá la gente le dice “chavitos”.

—Efectivamente —ratificó—. Queremos que lles para allá una cierta cantidad de ellos. Todos son de veinte pesos.

—¿Son verdaderos? —pregunté nuevamente.

—Por supuesto que no. Los hemos fabricado nosotros.

—¿Y no habrá dificultad en introducirlos? —inquirí.

—Ninguna —afirmó con seguridad—. Hemos preparado un container, con doble fondo, en los que estarán bien ocultos de ojos indiscretos.

—Me preocupa también la calidad de la falsificación —comenté—. No quiero ser detenido cuando los empiece a usar en La Habana.

—Creo debes usarlos en los lugares donde existe menos control, por ejemplo, en bares y centros nocturnos —aconsejó.

Al separarnos, el Gordo me entregó una lata de café en la que estaban ocultos doscientos billetes de veinte pesos. Un mes después, al retornar a Miami, volvió a entregarme quinientos veinte más. No importó que le comentara que la calidad de la falsificación no era óptima. Ante este comentario, simplemente expresó:

—No te preocupes por eso. Iremos mejorando la calidad.

El propósito de esta acción era evidente: caotizar la circulación monetaria y provocar un importante daño a la economía cubana. Esa insignificante cantidad, 14 400 pesos falsos, podría ser fatal en la medida en que los billetes no fueran detectados. Cada movimiento de los mismos duplicaría el estrago.

De más está decir que de inmediato se adoptaron medidas al respecto: el Banco Nacional de Cuba, impuesto de este plan del enemigo, alertó a todas las dependencias del país con vistas a recoger los billetes falsos. Una vez más el enemigo había fracasado.

En los próximos meses fueron disminuyendo mis contactos con los terroristas de la Fundación. Tal parece que habían perdido interés, definitivamente, en el asunto de las bombas y en mi persona. Desconocía, sin embargo, que por ese entonces la Fundación, junto a Posada Carriles y otros individuos de su calaña, se encontraban preparando planes terroristas desde Centroamérica.

En el más absoluto silencio, la cúpula terrorista de Mas Canosa fraguaba una estrategia criminal contra Cuba. Mediante la violencia más despreciable, sin importarle las víctimas que hubiera, iniciaban el capítulo centroamericano, basado en el empleo de mercenarios alquilados en esa región. Muchos fueron los factores del éxito parcial y momentáneo de sus planes.

Entre ellos podemos analizar los hechos que a continuación relaciono:

Con independencia de haber asumido un “rostro público”, la Fundación Nacional Cubano-Americana, fundada en 1981 por decreto presidencial como una organización humanitaria, con fines educativos, tuvo como verdaderos objetivos los siguientes: en primer lugar, revertir el proceso revolucionario en Cuba mediante ataques propagandísticos en el ámbito internacional. Este propósito cobró fuerza a partir de 1989, dado el contexto mundial favorable para el imperialismo y las fuerzas reaccionarias tras el derrumbe del campo socialista europeo. A ello contribuyó también la renuncia al socialismo por parte de débiles y oportunistas.

En segundo lugar, desarrollar un intenso cabildeo dentro del Congreso norteamericano, contando el dominio de las fuerzas de la ultraderecha repu-

blicana en la Cámara de Representantes y el Senado, así como con el apoyo de diversos congresistas, entre ellos Torricelli, Dan Burton, Helms, Bob Graham, Bob Menéndez, Ileana Ross Lethinen y Lincoln Díaz-Balart. Esta estrategia condujo a la aprobación de leyes extraterritoriales dirigidas al aislamiento de Cuba, como son los casos de la Ley Torricelli (1992) y la Ley Helms-Burton (1996).

En tercer lugar, buscar alianzas estratégicas con gobiernos y partidos políticos de derecha, esgrimiendo una supuesta violación de los derechos humanos en Cuba.

Paralelamente a esto, la Fundación logró consolidar un “un rostro oculto”, secreto, mediante una estructura paramilitar conocida indistintamente como Frente Nacional Cubano, Comisión de Seguridad y Grupo Paramilitar. Esta estructura contó con un Grupo de Dirección, radicado en los Estados Unidos, y un Grupo de Operaciones, radicado en Centroamérica.

El Grupo de Dirección lo integraron poderosos directivos de la Fundación, entre los cuales sobresalían Jorge Mas Canosa, Alberto Hernández, Feliciano Foyo, Francisco José Hernández Calvo, Horacio Salvador García Cordero, Arnaldo Monzón Plasencia, Roberto Martín Pérez y otros. Todos con vasta experiencia terrorista: preparados por la CIA, en algún momento, como especialistas en explosivos y contrainsurgencia.

A este grupo pertenecen algunos miembros no directivos, tales como Alfredo Domingo Otero y Gaspar Jiménez Escobedo, encargados de ejecutar las órdenes superiores. A este grupo inicial se sumaron contrarrevolucionarios como José Antonio Llamas, Enrique Bassas y otros que, junto a los directivos de la Fundación, también financiaron a organizaciones de extrema derecha, de corte terrorista, como Hermanos al Rescate, Ex Club de Presos Políticos, Alpha 66, Cuba Independiente y Democrática (CID) y muchas más. A través de ellas, se han realizado acciones violentas contra el territorio cubano en varias oportunidades.

Está ampliamente demostrado que la mafia terrorista de origen cubano cuenta con poderosos recursos financieros y el apoyo de la ultraderecha norteamericana. Durante los últimos años, sus miembros se han convertido en activos protagonistas dentro de la política interna de los Estados Unidos llegando, incluso, a influir sobre los resultados de las elecciones presidenciales en ese país. De la misma forma, hoy son los artífices de la agresiva política norteamericana contra Cuba.

El Grupo de Operaciones, por su parte, radicado en diversos países centroamericanos, cuenta, indudablemente, con la benevolencia o la indiferencia

de las autoridades de estas naciones. Estas personas han operado siempre por orientaciones del grupo de dirección radicado en los Estados Unidos. Lo ha dirigido el terrorista Luis Posada Carriles y lo integran Mario Delamico, José Álvarez, José Burgos, Francisco Chávez Abarca y diversos cubanos vinculados a la Fundación residentes en la región.

Este grupo paramilitar, la cara oculta de la Fundación, se propuso objetivos terroristas bien definidos: en primer lugar: subvertir el orden político en Cuba, mediante medios violentos. En tal sentido, han organizado atentados contra Fidel, así como sabotajes contra instalaciones de la vida pública y social de la Isla.

Simultáneamente, han llevado a cabo la difusión de propaganda contrarrevolucionaria en Cuba, con el apoyo de grupúsculos internos y una supuesta “prensa independiente”. Todo ha estado encaminado a desarrollar acciones de corte ideológico contra el proceso revolucionario.

Otro propósito ha consistido en destruir la base económica de la Isla, llevando a cabo atentados contra instalaciones turísticas, objetivos termoenergéticos y productivos, naves aéreas y embarcaciones, así como otras partes de la riqueza material cubana. En esta dirección se instrumentó la introducción de plagas para dañar la agricultura insular, así como el espionaje industrial y la introducción de moneda falsa.

Se propusieron minar, además, la unidad indisoluble de la nación cubana con sus instituciones armadas, instrumentando campañas dirigidas a sobredimensionar un supuesto descontento dentro del Ministerio del Interior y de las Fuerzas Armadas con el Gobierno Revolucionario.

Por último, intentaron crear el caos y la desobediencia social, estimulando campañas dirigidas a propiciar masivas salidas ilegales, penetración en sedes diplomáticas y otras formas de conducta antisocial.

Otro factor que propició la oleada terrorista desatada contra instalaciones hoteleras cubanas, fue la existencia en Centroamérica de condiciones favorables para el reclutamiento de mercenarios; factores entre los que se destacaron:

- Complicidad y apatía de los gobiernos de esa región.
- Existencia, en el área, de poderosos intereses económicos manejados por cubanos de ultraderecha y vinculados a la Fundación.
- Vínculos establecidos por contrarrevolucionarios cubanos con las esferas de poder de esas naciones.
- Corrupción y dependencia política respecto a los Estados Unidos y a la ultraderecha norteamericana.

- Presencia en esas naciones de personas como Posada Carriles y otros secuaces terroristas, quienes organizaron bases permanentes de ataques contra Cuba. Estos individuos cuentan con amplia experiencia en el manejo de explosivos y otras actividades bélicas.

- Extrema pobreza, agudizada por guerras y otros conflictos internos en los países de la región. Esto ha provocado la existencia de una masa empobrecida, con experiencia militar, que no ha podido insertarse en la vida pública.

- Considerables excedentes de armas y explosivos, cotizados a precios irrisorios en los mercados clandestinos de armas.

- Permanentes campañas de difamación y desinformación sobre la realidad cubana, mediante las cuales se presenta a la Isla como un régimen totalitario, caracterizado por una represión sin parangón en el mundo.

- A lo anterior, se suma la existencia de ciertas personalidades lacradas por la guerra, la pobreza, los conflictos familiares, la desinformación y el amor excesivo al dinero. Personalidades con tendencia a la violencia, el consumismo y la aventura, deformadas por los valores éticos del capitalismo y el subdesarrollo cultural.

Hoy no tengo la menor duda de la autoría intelectual de la Fundación en estos penosos acontecimientos. Participé directamente en planes agresivos contra Cuba, por indicaciones de la Fundación. Tanto mis jefes de la Seguridad del Estado, como yo, logramos precisar su participación como centro planificador, organizador y financiador de los mismos.

En 1996, al enfriarse las relaciones entre la célula paramilitar de dirección de la Fundación con mi persona, al igual que la frustración de los planes encargados a sus agentes 18 y el 22, y ocurrir la captura de Santos Armando González Rueda y José Ramírez Oro, la Fundación optó por desarrollar el llamado capítulo centroamericano de terrorismo. Contaron, entonces, con mercenarios a los que se pagó bien poco. Ya habían comprobado la relativa vulnerabilidad de los controles en los aeropuertos cubanos en esos momentos. Sumado a esto, consolidaron un grupo terrorista con base en Centroamérica, encabezado por su viejo amigo, el Bambi, quien se movía con facilidad en la región y contaba —y cuenta— con el apoyo y complicidad de altos personeros de varios gobiernos regionales.

¿Cómo se desarrolló este proceso en realidad?

El propio *Nuevo Herald*, periódico que no se caracteriza por su objetividad, publicó, el 16 de noviembre de 1997, algunos detalles de la confabulación. A grandes rasgos, expuso elementos de interés:

- Posada Carriles reclutó y envió a un grupo de mercenarios salvadoreños a Cuba, con el propósito de hacer explotar bombas en centros turísticos cubanos. (No alude a la participación de la Fundación como organizadora de los mismos.)

- El mismo personaje recibió, de manos de exiliados cubanos residentes en Miami, la cantidad de 15 000 dólares para sufragar las operaciones. (No alude a que este dinero lo desembolsó la Fundación.)

- Posada Carriles conoció a Francisco Chávez Abarca a través de su padre, con quien mantenía relaciones desde la década anterior cuando era asesor de la CIA en la base salvadoreña de Ilopango. Chávez padre fue un conocido traficante de armas en Centroamérica. De las relaciones establecidas en aquella época, surgieron vínculos que desembocaron en el reclutamiento de Chávez hijo para realizar planes terroristas en Cuba. Chávez Abarca estuvo involucrado en las actividades de una red de traficantes de autos y ladrones a mano armada.

- El propio Chávez Abarca comunicó, a los otros tres miembros de su banda, la disposición personal de participar en los atentados contra hoteles cubanos, lo que ocurrió en diciembre de 1996.

El 9 de abril de 1997, Francisco Chávez Abarca llegó a Cuba con pasaporte salvadoreño N° 816604 y declaró, en su tarjeta de turista, que se hospedaría en el Hotel Nacional. Durante su estancia de dos días en La Habana, colocó sendos artefactos explosivos. El primero en explotar lo situó en la Discoteca Aché, del hotel Meliá Cohiba. Era la madrugada del 12 de abril de 1997. El segundo artefacto, que no detonó, fue hallado en el piso 15 de dicho hotel. Contenía 401 gramos de explosivo plástico, de gran poder, conocido como C-4.

El éxito del sabotaje los envalentonó. En Miami, inmediatamente, se sintieron eufóricos los jefes de la Fundación. Ya tenían preparada, con anterioridad, una alocución de apoyo a los supuestos ejecutores del atentado terrorista, supuestamente miembros de instituciones armadas.

Después vendrían las bombas detonadas por Raúl Ernesto Cruz León, joven terrorista salvadoreño, aventurero e impulsivo, que se relacionó con Chávez Abarca a través de la actividad delictiva.

Su historia evidencia, por sí sola, su carácter mercenario: en 1991 ingresó a la Academia Militar “General Gerardo Barrios”. No soportó la disciplina de la escuela y la abandonó ocho meses después, con veintiún años de edad. En esa institución se relacionó con José Eduardo Ramírez y Víctor M. Palma, con quienes se dedicó a ejecutar asaltos a mano armada y robo de automóviles. Ya en 1994 se convirtió en un temido delincuente.

Cuatro años después, en enero de 1995, fundó una agencia de autos de alquiler. La pequeña empresa, que contaba con sólo seis carros usados, sirvió de pantalla para operaciones ilegales. En el marco de estas actividades, entabló amistad con Chávez Abarca. Le agradó sobremanera este “gordito”, que casi siempre se hacía acompañar de un guardaespaldas y solía mostrarse con una pistola al cinto.

Meses después abandonó la agencia de autos de alquiler y se dedicó a diversos oficios, entre ellos el de guardaespaldas. Para él, disponer de dinero, era lo fundamental en la vida. Su afán de aventura, su irresponsabilidad personal, su condición delincencial lo empujaron a la aventura terrorista en Cuba.

Francisco, su viejo amigo de andadas, quien se vanaglorió de haber puesto bombas en Cuba, lo entrenó y le prometió pagarle 3 700 dólares por hacer estallar dos bombas en hoteles de ciudad de La Habana. Él mismo le entregó los medios explosivos y los detonadores, así como otros componentes. También se encargó de resolver lo concerniente a pasajes y visado cubano. Todas las gestiones se hicieron a través de la agencia de viajes Joanessa. A los documentos entregados por Chávez Abarca los acompañaron 500 dólares para viáticos.

El 12 de julio de 1997 viajó a La Habana. Colocó dos artefactos explosivos en hoteles de la ciudad, uno en el hotel Capri y otro en el Nacional. No le preocuparon las muertes que podía causar. Pensó y se comportó como un mercenario.

El día 14 de julio de 1997 regresó eufórico a cobrar su paga. Envalentado, decidió volver. Lleno de euforia, confesó a varios amigos: “*Por fin siento que se me sube la adrenalina.*” Para él, en su inescrupuloso proceder, todo sería fácil a partir de ahora. Se imaginó un héroe igual a los que admiró en las películas norteamericanas. Un Rambo más.

Mientras él se preparaba para regresar a la Isla, otro terrorista salvadoreño arribó también con su carga de muerte y destrucción. Era Otto René Rodríguez Llerena. Habían transcurrido apenas veintidós días de las explosiones anteriores.

Rodríguez Llerena, de cuarenta y dos años de edad, trabajó como gerente de seguridad y protección en la firma automotriz Didea S.A. No tenía problemas económicos al involucrarse con la mafia terrorista. Fue reclutado por Luis Posada Carriles, cuando éste usaba la identidad de Ignacio Medina. Aceptó sin reparos viajar a Cuba a poner bombas. La paga propuesta fue sólo de mil dólares. ¡Poco dinero para tamaño crimen!

Todo parece indicar que su motivación fundamental fue ideológica. Otto había cursado varias escuelas militares en centros ubicados en El Salvador y en Fort Benning, Estados Unidos. En esta última institución, como señalamos con anterioridad, se preparó Posada Carriles en los primeros años de la década del 60. Obviamente, allí aprendió el salvadoreño a odiar al comunismo y se convirtió en un potencial represor.

Viajó a Cuba el 3 de agosto de 1997 con el objetivo de hacer explotar un artefacto explosivo en la recepción del hotel Meliá Cohiba. Al hacerlo, causó grandes daños. A su regreso, se entrevistó de inmediato con Ignacio Medina (Posada Carriles). Luego de recibir una calurosa felicitación de éste, recibió su “pingüe” premio.

Los atentados terroristas continuaron con la más cruel impunidad. Varios días después arribaron a La Habana los guatemaltecos Marlon Antonio González Estrada y Jorge Venancio Ruiz. Ambos estaban igualmente vinculados a actividades delictivas en su país. Sin escrúpulos, lograron detonar un artefacto explosivo, el 22 de agosto de 1997, en el hotel Sol Palmeras, de Varadero. Y escaparon a Guatemala sin ser capturados.

Ante los logros obtenidos, la mafia miamense continuó financiando nuevas acciones terroristas. Raúl Ernesto Cruz León regresó a Cuba. Con la osadía que sólo provocan la irresponsabilidad, el aventurerismo y el afán de dinero, colocó cinco bombas en un solo día, el 4 de septiembre. Todos los cubanos y el mundo entero, recuerdan las explosiones ocurridas en los hoteles Copacabana, Tritón, Chateau Miramar y en la Bodeguita del Medio. Esta vez los actos terroristas provocaron no sólo daños materiales y heridos. Hubo una víctima mortal: el joven turista italiano Favio di Celmo.

Raúl Ernesto Cruz León fue capturado de inmediato. La paciencia de los cubanos se había agotado. Rápidamente Cuba instrumentó los mecanismos para contrarrestar la oleada terrorista desatada contra su territorio.

Se desactivaron dos bombas sin explotar. La primera en un microbús dedicado al turismo. Fueron empleados cerca de 178 gramos de explosivo plástico C-4. Esto ocurrió el 19 de octubre de 1997. La segunda bomba fue colocada en la terminal aérea “José Martí”, de ciudad de La Habana, y colo-

cada debajo de un quiosco, el 30 de octubre de 1997. Ambos artefactos fueron activados por los guatemaltecos Marlon Antonio González Estrada y Jorge Venancio Ruiz.

En los próximos meses fue capturado el salvadoreño Otto René Rodríguez Llerena. Traía la misión de abastecer de explosivos al cubano Juan Francisco Fernández Gómez, con vistas a que éste colocara las bombas en lugares históricos y monumentos de alto valor político para los cubanos y los revolucionarios del mundo. Uno de ellos, el Mausoleo erigido a la memoria del comandante Ernesto Guevara, en Villa Clara. Juan Francisco fue reclutado por Rolando Borges, dirigente del Ex Club de Presos Políticos, radicado en los Estados Unidos. Ninguno de los implicados sospechó que este valiente cubano era, realmente, el agente Félix de la Seguridad del Estado cubano.

Pese a que las cosas comenzaron a cambiar, ni la Fundación, ni Posada Carriles, se calmaron. Estaban envalentonados y querían desatar, a pesar de los arrestos ocurridos, nuevas oleadas terroristas. El 4 de marzo llegaron a La Habana, procedentes de Cancún, México, los terroristas guatemaltecos Nader Kamal Musallam Baracat y María Elena González Mesa de Fernández. El primero transportó la masa explosiva; y la segunda, los detonadores. Ambos terroristas fueron capturados de inmediato. Nader fue interceptado en la frontera. María Elena, horas después. El reclutamiento ocurrió un mes antes, cuando Francisco Chávez Abarca, quien se hacía llamar también Manuel González, los reclutó bajo la promesa de pagarles 3 000 dólares a Nader y 2 200 a María Elena. El esposo de ésta, Jazid Iván Fernández Mendoza, aunque se negó a actuar en estos planes, participó en la preparación de las cargas explosivas en Guatemala, teniendo pleno conocimiento de los planes. Fue capturado días después a su arribo a La Habana. Las pruebas periciales demostraron su participación en el manejo de los artefactos explosivos.

Paralelamente a estos hechos, la Fundación y Posada Carriles organizaron otros planes terroristas. Esta vez contra representaciones de Cuba en el exterior. El 23 de junio de 1997 detonó una bomba en las oficinas de Havanatur en Nassau, Bahamas. Días después, el 3 de agosto de ese año, fue colocada otra en las oficinas de Cubanacán en Ciudad México. “Casualmente” allí se encontraba, en esos momentos, el “gordito” Chávez Abarca.

En su obcecado odio contra la Revolución Cubana, Posada Carriles mantuvo sus planes terroristas. Intentó volar aviones cubanos en pleno vuelo. Asimismo se propuso hacer estallar una nave aérea en la pista de la terminal “José Martí”. Hoy se conoce que elaboró un plan dirigido a introducir en Cuba materiales explosivos sofisticados, capaces de reaccionar con agua, y

ocultos en pomos de shampoo y en pañales desechables, que provocarían daños a las aeronaves cubanas. No se sabe cómo obtuvieron estos sofisticados explosivos de color blanco, con textura similar a la mayonesa, encontrados en tubos en los que se leía: “Industrias militares mejicanas. Sustancia extremadamente explosiva”.

Hoy, haciendo un balance de esta oleada terrorista, cabe significar a la luz de todos estos hechos el daño provocado y sus nefastas consecuencias para Cuba:

- Se introdujeron treinta artefactos explosivos, algunos de los cuales explotaron.
- Todos estuvieron dirigidos a dañar la base económica de la Isla y causar caos, destrucción y muerte de personas inocentes, fundamentalmente turistas.
- Fueron transportados, debidamente enmascarados, con vistas a evadir los controles de las autoridades cubanas. Para ello se emplearon televisores, pomos de shampoo y acondicionador de cabellos, entresuelas de calzado, desodorantes, tubos de dentífrico y otros objetos.
- Causaron, efectivamente, una víctima mortal, varios heridos y cuantiosos daños materiales.
- Usaron fundamentalmente a mercenarios centroamericanos, lo que no excluyó el empleo de cubanos residentes en los Estados Unidos, como Cecilio Reinoso, Santos Armando González Rueda y José Enrique Ramírez Oro. También emplearon en esta etapa a cubanos residentes en nuestro país, quienes realizaron visitas familiares a los Estados Unidos, como Juan Francisco Fernández Gómez, Orfiris Pérez Cabrera y Manuel Inda Ramos. Escogieron asimismo a residentes extranjeros en Cuba, como ocurrió conmigo. En una parte apreciable de los casos, todas estas personas fueron reclutadas por Luis Posada Carriles y directivos de la Fundación, como Luis Zúñiga Rey y Pepe Hernández.
- En todas las ocasiones, estos actos se realizaron con la anuencia o, al menos la complacencia, del gobierno de los Estados Unidos y otras naciones centroamericanas, en cuyas manos están las denuncias pertinentes de estos hechos. Nada hicieron por impedirlos.

Paradójicamente, mientras esto sucedía, me encontré, en Miami, con Alfredo Domingo Otero. El contacto fue breve. El terrorista estaba contento por las explosiones en los hoteles cubanos, pero no dejó de mostrar su recelo hacia mi persona. Sólo se limitó a decirme en tono de franca amenaza:

—Creo, amigo mío, por su propia seguridad personal, que a usted le conviene olvidar, por el resto de su vida, el capítulo que tuvo que ver con la Fundación.

Sólo eso. No hacía falta más para que lo entendiera. Debía callar a toda costa mi vínculo con el grupo terrorista de la Fundación o sufrir las más duras consecuencias.

Cuando recuerdo mi participación directa en estos hechos, no puedo menos que alegrarme de su conclusión. No hicieron mucho daño, es cierto, pero no pudieron cumplir sus objetivos: el turismo fue paulatinamente en aumento, el pueblo no perdió la confianza en la Revolución y los planes enemigos fueron neutralizados. Cuba salió más fortalecida de esta prueba. Sabido es que la Fundación, apoyada por la ultraderecha norteamericana, trama nuevos planes. No nos preocupa. Estamos preparados.

CAPÍTULO 10

El epílogo de una labor y el comienzo de una nueva vida

No estoy plenamente convencido de aceptar este final como un epílogo. Reconozco el fin de una labor desarrollada durante una trascendente etapa de mi vida. Pero, no es toda mi vida. Tampoco estas líneas se refieren al final de la misma. Mientras perduren en mí los recuerdos, la experiencia vivida no tendrá una conclusión definitiva. Por otro lado, mientras estén presentes las razones que provocaron mi incorporación a tan peculiar forma de lucha al servicio del pueblo cubano, no habrá descanso para mí.

Tampoco estoy seguro, es cierto, de la conclusión de los eventos a los que he hecho referencia en este testimonio. Muchas cosas han sucedido después de la narración de los mismos. Otros acontecimientos han tenido y tendrán lugar, vinculados a los personajes que participaron en ellos. La razón es simple: todos hemos sido parte de una faceta de la historia de nuestros tiempos, de una lucha permanente por vivir. Unos colocados en el lugar decoroso de los que defienden la vida. Otros, ubicados en el contexto indigno de los que tratan de destruirla.

La Fundación Nacional Cubano-Americana continúa sus planes terroristas contra el pacífico pueblo cubano. Muchas han sido las denuncias en este sentido. Nuestro pueblo no olvida con facilidad los daños ocasionados en estas décadas. En los últimos años la mano de la Fundación no ha dejado de intervenir en la mayoría de las agresiones contra Cuba. Llegaron, incluso, a secuestrar un niño. Ha estado presente, además, en todas las maniobras destinadas a recrudecer el criminal bloqueo contra nuestra Patria, a aislarnos del mundo y a hacernos centro de mentiras y calumnias. No ha faltado su participación, en contubernio con la extrema derecha norteamericana, para endilgarnos acusaciones como supuestos terroristas y violadores de los derechos humanos.

No importa que se llame Fundación Nacional Cubano-Americana o que muchos de sus directivos se hayan cambiado el disfraz, empujados por las contradicciones que les nacieron de la ambición de poder y la búsqueda de una mayor tajada dentro del negocio de la contrarrevolución. En el trasfondo de esta organización, y del recién creado “Consejo por la Libertad de Cuba”, se encuentran aglutinados los mismos terroristas de siempre. Prueba de ello es la participación de ambas organizaciones en los mantenidos propósitos de destruir al proceso revolucionario cubano. Coinciden en todo, menos en la participación en las tajadas de dinero y poder.

Pepe Hernández estuvo directamente involucrado en los frustrados atentados contra la vida del Comandante en Jefe en Isla Margarita, Cartagena de Indias y Panamá, durante la realización de las Cumbres Iberoamericanas de Jefes de Estado. Nadie lo ha tocado, a pesar de las constantes denuncias de su condición de terrorista. Desde su posición dentro de la Fundación, continúa participando en agresiones y orquestando planes criminales. Para él, las bombas y la verborrea son armas de idéntico propósito. Dijo adiós a los escrúpulos, con tal de ver redimido su anticomunismo y su odio visceral a Fidel y a la Revolución Cubana.

Horacio Salvador García Cordero y Luis Zúñiga Rey continúan organizando planes terroristas contra nuestra Patria desde el mal llamado “*Cuban Liberty Council*”. Prueba de ello son los hechos siguientes:

- El 10 de octubre del 2001, ambos participaron, junto a otro grupo de ex directivos de la Fundación, en la creación del “Consejo por la Libertad de Cuba” (CLC). Escogieron, en franco irrespeto por nuestra historia, la fecha del Grito de Yara para constituir este nuevo engendro anticubano. De la misma forma, ultrajaron la campana de La Demajagua al usarla como logo de su organización.

- También esgrimieron, en la Declaración de Principios del CLC, las mismas acusaciones que han utilizado durante su permanencia dentro de la Fundación. Sus falsedades y calumnias no han variado. Reclaman una república democrática al estilo de las que hoy violan las verdaderas libertades de nuestros pueblos latinoamericanos y entregan sin pudor la riqueza nacional a las compañías norteamericanas.

- Luego de crearse el “Consejo por la Libertad de Cuba”, ambos participaron en una reunión con el Secretario de Vivienda de los Estados Unidos, Mel Martínez, quien funge como un representante más de los intereses de esta mafia contrarrevolucionaria dentro del gobierno norteamericano.

- El 20 de octubre del 2001, se integraron a una marcha de apoyo a la política guerrerista de George W. Bush y a su agresión al pueblo de Afganistán.
- Días después, el 23 de octubre del 2001, Luis Zúñiga Rey y Horacio Salvador García Cordero se entrevistaron, junto a otros miembros del CLC, con el senador Connie Mack, representante republicano por La Florida y furibundo anticubano.
- Tanto Luis Zúñiga Rey como Horacio Salvador García Cordero se han dedicado a financiar y atender directamente la actividad de grupúsculos contrarrevolucionarios en Cuba durante los últimos meses.
- En diciembre del 2001, Luis Zúñiga Rey y Horacio Salvador García Cordero sostuvieron un encuentro con Roger Noriega, embajador de los Estados Unidos ante la OEA. El propósito fue simple: aislar a Cuba.

Ellos tampoco han sido molestados por funcionarios de las autoridades norteamericanas, pese a ser mundialmente conocidos como terroristas. Zúñiga Rey, desde el foro de la Comisión de Derechos Humanos, en Ginebra, participó hasta hace poco en las oscuras confabulaciones contra Cuba.

¿Puede este connotado terrorista arrogarse el derecho de hablar por las supuestas víctimas de la represión en Cuba cuando él, directamente, participó en planes de asesinatos y atentados contra nuestra población? ¿Es que acaso realmente le preocupa nuestro pueblo trabajador? Todos conocemos la verdad: no.

Arnaldo Monzón Plasencia ya falleció, no sin que antes su nombre se enlodara, no sólo por ser un terrorista consumado, sino también por dedicarse a diversos negocios ilícitos. Tuvo que salir apresuradamente de los Estados Unidos por estos hechos.

Alfredo Domingo Otero fue el eslabón débil de toda esta cadena. Alguien debía de cargar las culpas. Sin duda, debe estar en su casa, doliéndose, por este fracaso. Al gordo Otero le tocó el triste papel de chivo expiatorio.

Otros protagonistas, como Luis Posada Carriles y Gaspar Eugenio Jiménez Escobedo, aguardan por la justicia panameña en una cárcel de ese país. ¿Podrán, como siempre, escapar de la condena con la ayuda de la Fundación? Muchas maniobras para liberarlos han sido denunciadas. Pero, al menos, no podrán burlar jamás la censura de quienes respetan la paz y condenan al terrorismo.

Los Estados Unidos de América, escenario de casi todos los sucesos narrados en este testimonio, han permanecido indiferente a las denuncias constantes de nuestro gobierno. Este país, supuesto amante de la democracia y la legalidad, permite desde dentro de sus fronteras la conspiración y la

agresión contra otra nación. Cabe preguntarse, entonces: ¿por qué no se aplica la ley Logan contra la Fundación? ¿Por qué el gobierno de George W. Bush no hace justicia a su publicitada campaña mundial contra el terrorismo y aplica la Ley contra los criminales que fraguan y realizan atentados contra Cuba?

No ha sido fácil para mí, no lo niego, asumir la inserción en esta nueva realidad en la que vivo actualmente. Me ha tocado guardar los hábitos de Fraile y convertirme en un hombre cotidiano.

Para no dejar de ser sincero, reconozco preferir aquella vida anónima en la que me acostumbé a caminar entre las sombras. A veces me aburre sentirme aparentemente inactivo y me invade una dolorosa intranquilidad. Son momentos de tristeza íntima que comparto solamente con algún amigo. Entonces salgo a caminar por las calles, sobre todo en la noche, y busco encontrarme con la gente sencilla del pueblo. Siempre me sorprende encontrar en ellos, a la larga, la admiración que muchas veces no encuentra plenitud en la palabra. Sólo así uno es capaz de soportar el cambio. Sólo así comprendo que el respeto de la gente puede compensar mi propia frustración por no sentirme tan útil como antes.

Mi batalla actual es adaptarme a las condiciones de la nueva realidad en que vivo. Sé, estoy seguro, que venceré nuevamente.

Al concluir este libro pienso en los que ya no están físicamente con nosotros. Murieron sin que se proclamara su pertenencia a esta gloriosa masa de revolucionarios. Ellos lucharon como nosotros, aunque no vieran el final del combate. Pero siempre supieron que ese era un riesgo aceptado, una posibilidad latente en la lucha. Tal vez por eso fui privilegiado entre todos ellos: por llegar al final. Lo supe aquel 11 de marzo de 1999, cuando me paré ante el tribunal del pueblo en el que se juzgaba a varios terroristas centroamericanos como autores materiales de sabotajes contra instalaciones turísticas en Cuba. Ese día el pueblo conoció a Fraile. Y ése fue mi privilegio.

Entré despacio a la Sala del tribunal; seguro y confiado. No me percaté de todas las miradas dirigidas hacia mí. Comencé a denunciar los planes terroristas urdidos contra Cuba por la Fundación Nacional Cubano-Americana. Aunque estaba nervioso, traté de ser preciso. Expuse cómo me captaron aquella noche de noviembre de 1993. Hablé de Luis Zúñiga, Otero y Pepe

Hernández. Denuncié cada uno de los planes terroristas contra Cuba, incluso sobre las bombas entregadas por Posada Carriles y Gaspar Jiménez Escobedo. Puse al descubierto la tentativa de asesinar a decenas de turistas extranjeros en Tropicana.

Hablé también de cuestiones éticas y morales. Aproveché esta singular oportunidad para denunciar a la Fundación como responsable de organizar, planificar y financiar los planes terroristas contra nuestra Patria. Estaba convencido de ello, pues lo había vivido. Había sido un aparente instrumento de los terroristas y, a la vez, un testigo directo. Tal vez por eso, nadie mejor que yo para decir la verdad.

Con lágrimas en los ojos y mucha rabia en el pecho, hablé del dolor que sentía al ver juzgados a varios compatriotas como culpables de este crimen contra Cuba. Sin embargo, supe que ellos no eran representantes de mi gente. Mi pueblo centroamericano, humilde, sencillo y agradecido, nunca escupe la mano amiga que le ayuda. Lo dije con convicción, pues lo sabía en el alma.

Me referí, además, a la paradoja de estar allí: en un juicio donde se juzgaba a terroristas centroamericanos. Me vi, entonces, representante de la mayoría de mis coterráneos, de los que aman a Cuba. En ese momento no tuve vergüenza alguna. Jamás fui parte de los capaces de dañar a un hermano por un poco de dinero.

Por último, al concluir mi denuncia, miré a Raúl Ernesto Cruz León. Lo miré a los ojos con dignidad. No como se mira a un enemigo. En él observé al compatriota y al hermano no merecedor de serlo. Reconozco haber sentido lástima por ese hombre, a qué negarlo, por su probada condición de instrumento de criminales todavía más condenables. Sabía que la Fundación y Posada Carriles eran mil veces más culpables. No pude menos que hablarle con el corazón: *“A Raúl Ernesto Cruz León debo decirle: no hay riesgo más hermoso que el que se contrae por construir y preservar la vida. Ése es mucho más heroico, que el que se asume para destruirla.”* Después, ambos sollozamos: en mi caso por rabia; en el suyo, de pena por su culpa.

Los días siguientes han sido inenarrables. No he visto sentimiento más hermoso a no ser el agradecimiento y la admiración del pueblo. En cada calle, en cada esquina; en fin, en todos los lugares donde paso, lo encuentro. Hombres y mujeres sencillos me abrazaron. Vi en sus ojos la sana envidia. Confieso no haber sentido más reto para la modestia que en este tiempo.

He sabido aceptar ese reconocimiento no sólo para mí y, por tanto, lo comparto con mis oficiales. Ellos son los verdaderos merecedores de la gloria. Ellos, que todavía siguen luchando y resistiendo con valentía y desinterés, merecen el respeto ofrecido a mi persona. También lo acepto como tributo hacia mi pueblo, hacia su amor sincero por Cuba.

Días después, confieso, viví uno de los momentos más hermosos de la vida. El 26 de marzo de 1999 se celebró el 40 Aniversario de los Órganos de la Seguridad del Estado. Villa Marista se encontraba llena de alegría y optimismo. El locutor leyó, con evidente emoción, la orden del Comandante en Jefe mediante la cual se condecoraba a cuatro agentes de la Seguridad con la Orden “Eliseo Reyes”, de Primer Grado. Entre ellos, estaba yo. Se me colocó en mi pecho la honrosa distinción. Después, Raúl se acercó a mí y me abrazó. Una oleada de confundidas emociones me invadió el pecho y sólo atiné a murmurar:

—¡Cumplí con mi deber!

No pude articular otras palabras. Quisiera haber podido aprovechar esta oportunidad, única en la vida, para decirle todo lo que sentía en el corazón. Decirle, por ejemplo, cuán orgulloso estaba de servir a Cuba y a mi pueblo, pero las palabras no salieron. Tal vez fue porque, al mirar a sus ojos, sentí sobre mí la mirada de mi padre. Tal vez fue sólo eso.

Al día siguiente, la mañana del 27 de marzo, visité la tumba de mis padres. En un gesto de sin par solidaridad, me acompañaron el Coronel, los agentes condecorados y otros compañeros de combate callado y anónimo. Uno a uno fueron depositando, sobre la tumba, las flores recibidas en la ceremonia del día anterior. Así me lo habían prometido.

Ahora sí podía decirle a mis viejos quién había sido yo en realidad; expresarles cuánto amé su causa. No importó la ausencia física de mis seres queridos en esos momentos. Aunque no pudieran abrazarme, nunca antes los percibí más cercanos a mí. Descubrí que ahora, inobjetablemente, podía mirarlos sin sentir vergüenza.

Después que mis compañeros se marcharon, deambulé por el cementerio. Caminé, en silencio, buscando las calles de La Habana. Sabía que en cada una de ellas estaba la vida, esperándome. La misma vida que yo había defendido durante tanto tiempo y que me recibía ahora con orgullo.

